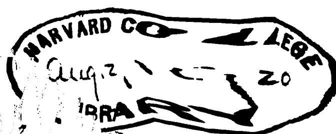
BIBLIOTECA PICARESCA

I

AVENTURAS DEL BACHILLER TRAPAZA



MADRID: 1905

IMPRENTA DE LA SUCESORA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS

en Madrid; pero sí á la que dos años después ilustró las fiestas de la canonización del mismo santo. Escribió en ésta cuatro composiciones, unas décimas y un soneto, bajo su propio nombre; otras décimas y un romance, bajo el seudónimo del *Licenciado* y el *Bachiller Lesmes Díaz de Calahorra*. Fué premiado su romance en tercer lugar, y dice la lista de los premiados: «En el romance: el tercero á Lesmes Díaz, treinta ducados aparte». En la relación panegírica de los poetas justadores que escribió Lope, dice de D. Alonso:

«Pero diréis que os halláis
turbadas, viendo que quiero
hablar luego en Lesmes Díaz,
si bien fué nombre supuesto.
Don Alonso del Castillo
fué de aquellos versos dueño,
en cuyo ingenio sabroso
vive un panal de los cielos.
Las tres gracias le destilan,
y como sale compuesto
de la variedad de flores
de su entendimiento hibleo,
recógela el alba misma,
que en vasos de cristal terso
presenta á Apolo por néctar
conque inmortaliza ingenios.»

Este pomposo elogio y el que más tarde apareció en el poema *Orfeo en lengua castellana* (1624), publicado como de Pérez de Montalbán, aunque no ha faltado quien lo tenga por obra del mismo Lope, demuestran que ya entonces Castillo Solórzano era bastante conocido y renombrado.

Dicen así los versos que se encuentran en el *Orfeo*, alabando á D. Alonso:

¡Oh tú, que tienes al Parnaso en peso,
Atlante de sus círculos dorados!
En don Alonso del Castillo admira
gracia, donaire, ingenio y dulce lira.

Fiestas del jardín, que contiene tres comedias y cuatro novelas. Valencia, por Silvestre Esparza, 1634.

Epítome de la vida y hechos del Rey Don Pedro de Aragón, III de este nombre. Zaragoza, por Pedro Dormer, 1639.

Historia de Marco Antonio y Cleopatra, última reina de Egipto. Zaragoza, 1639.

Los alivios de Casandra. Barcelona, por Jaime Romeu, 1640.

Sala de recreación. Zaragoza, 1649.

La quinta de Laura, que contiene seis novelas entretenidas. Zaragoza, 1649.

Á esta relación hay que agregar dos libros que se citan sin indicación de l. ni a.:

Patrón de Alcira, el glorioso San Bernardo del orden del Císter, (poema).

Lisardo enamorado.

Limitándonos á decir algo de la curiosa, interesante y casi desconocida novela con que inauguramos esta BIBLIOTECA PICARESCA, comenzaremos por copiar lo que Salvá dice al dar noticia de las dos ediciones (Zaragoza, por Pedro Verges, 1637, y Madrid, por D. Pedro José Alonso y Padilla, 1733) en el «Catálogo de su Biblioteca»:

«Las fechas de las licencias y aprobaciones (de la primera) son de Zaragoza de 1635. Nicolás Antonio no conoció esta novela de Castillo Solórzano, y Barrera y Leirado no hace mérito de esta edición; pero cita una de *Valencia* de 1634.»

«Contiene algunas poesías esta novela y el entremés de *La Castañera*. El autor promete al fin de ella una *segunda parte* intitulada *La hija de Trapaza*, que, según una advertencia del librero Padilla, es *La garduña de Sevilla*.

»Barrera y Leirado tampoco habla de la impresión de Padilla, la cual debe ser *cuarta* y no *segunda* (como dice la portada), si existe una de 1635.

La fecha de la licencia es en Zaragoza á 26 de Octubre de 1635.

Á esta reimpresión nuestra de las *Aventuras del Bachiller Trapaza* seguirá la de su SEGUNDA PARTE, *La garduña de Sevilla:* de modo que los lectores de esta BIBLIOTECA podrán tener completa una obra de que generalmente sólo se ha publicado diferentes veces en el siglo pasado la parte segunda, como obra independiente.

EL EDITOR.

pues ficciones semejantes son avisos prevenidos á los daños que suceden.

Su autor te ruega no mires á la corteza de él, sino al fondo que tiene de aprovechar; suple sus faltas con tu cuerda disimulación, para que se aliente á servirte con otro trabajo más á satisfacción tuya. VALE.

las voluntades de muchos de su oficio, que se congregaban en la casa de un rico mercader. Era el gallo entre todos; el que componía las pendencias, el que como oráculo era obedecido; de manera que, así por esto como por lo bien cuidadosamente que asistía á trabajar, que era lo más importante, el mercader le estimaba y hacía de él más confianza que de todos: de modo que le hizo su capataz.

Entre las labradoras que acuden á Segovia, de sus aldeas circunvecinas, á vender lo que en ellas cultivan ó crían para el regalo de los de la ciudad y provecho suyo, acudía los más de los días á casa del mercader Olalla, una labradora de Zamarramala, con frescas natas, que traía á vender. Era la moza rolliza de carnes, alta de cuerpo, buena cara, y, sobre todo, mujer muy jovial y de más despejo que de aldea. Pasaba á la casa de este mercader por donde los oficiales trabajaban en sus paños, y quien más solemnizaba su brío, su donaire y las partes de la moza era nuestro Pedro de la Trampa, diciendo de ella muchas alabanzas, victoreándola con grandes voces, á cuya imitación todos sus compañeros hacían lo mismo.

No hay mujer, por humilde que sea, que, si ha nacido con razonable cara, no tenga por ella alguna vanidad, que la dé presunción; ésta se fué aumentando en Olalla, aplaudida de los oficiales de la carda y celebrada en particular del capataz de todos ellos. No quiso pecar en desagradecida por no granjear nombre de ingrata.

Y así, viendo que Pedro era el polo por quien aquella máquina cardadora se gobernaba, era quien movía sus aplausos, quien comenzaba sus hipérboles, cobróle un poco de afición, que le manifestó en traerle á escondidas de sus padres los días que venía á Segovia tal vez natas y tal sabrosos requesones, que á hurtadillas

viera al ruego de Pedro, no hubiera uniones de los Trampas y Tramoyas. Díjole el origen de esta afición, dónde se había comenzado; y como el labrador fuese amigo del mercader, partióse luego á la ciudad y dióle cuenta de la desgracia de su hija, pidiéndole que, en la mejor forma que viese, se tratase de ella, con fin de casamiento, que él venía muy confiado en que, teniéndole á él de su parte, acabaría conque Pedro no rehusase el casarse con su hija, pues tan bien le estaba.

Llamó el mercader al mozo, encerróse con él á solas en su aposento, díjole cómo había sido aquella afición y el efecto que había tenido, la queja del padre de Olalla, cómo venía en que se casase con su hija, y que, de no lo hacer, estaba determinado de llevarlo por justicia.

No se turbó Pedro á lo que le dijo su amo; antes con gentil despego negó no deberle nada á Olalla, á quien afirmaba no conocer en más particularidad que cuando venía á vender sus natas; que otro de sus compañeros habría hecho el daño que á él le atribuían.

De nuevo le rogó el mercader no rehusase cosa que le estaba tan bien como el casamiento de Olalla, afeándole el que negase una cosa que era tan pública entre sus compañeros, como festejarla y ser regalado de ella; que él le ofrecía de su parte no faltarle jamás mientras viviese, y demás de esto ayudarle para su casamiento en todo cuanto pudiese, por la afición grande que le había cobrado.

Ninguna de estas ofertas movieron en el pecho de Pedro para desdecirse de lo que había dicho. El padre, que estaba oyendo todo esto en otro aposento más adentro de aquél, visto que Pedro negaba lo que tan sabido era, salió adonde estaban los dos, diciéndole al mercader:

—Señor, trapaza, trapaza es esta; este hombre es el autor de la trapaza; la moza la confiesa. V. m. vea el

otros seis cómplices en desear la libertad (que el que menos sentencia tenía era Pedro, porque los más la tenían de muerte), trataron de descolgarse en el silencio de la noche.

No faltó quien de esto diese aviso al alcaide de la cárcel, el cual quiso cogerlos en el hecho; y así, previno gente para que los recibiese en la parte que se descolgasen. El primero que por fuerza le cupo salir fué á Pedro; era mozo algo rollizo de carnes y pesado, y aunque ágilmente se descolgó, la cuerda no era tan fuerte como requería el peso que sustentaba: á la mitad del trecho se rompió, conque nuestro hombre dió en el suelo una mala caída, rompiéndose las dos piernas y un brazo; y fué tan grande el dolor que sintió, que comenzó á dar grandísimas voces quejándose. Acudió el alcaide y demás gente, así por la parte de afuera como dentro de la cárcel; por allá recibieron los delincuentes, por la calle vieron á Pedro con el destrozo de su cuerpo que se ha dicho. Pidió luego confesión; llevároule á casa de un cirujano que caía cerca de allí, donde fué curado; confesáronle, y, sabiendo el confesor por lo que estaba preso, le persuadió que cumpliese con la obligación que le debía á Olalla, por que Dios le diese salud.

Estaba tan fatigado, que antes de amanecer le dieron todos los sacramentos; y venido el día, siendo avisados Pascual y su hija, vinieron á la ciudad, donde se desposaron delante del párroco y testigos. Esta boda tuvo el fin en mortuorio, porque á medio día murió Pedro, que, como fué ofensor de quien tenía nombre de Tramoya, salióle tan mal la de su libertad, que quebró como las demás tramoyas á costa suya.

Quedó Olalla viuda antes de velada y con la costa de hacer á su marido el entierro, que ella dió por bien empleado á trueque de quedar bien su honra.

tencia; que pues tenéis buen entendimiento, ya echaréis de ver que mis amonestaciones se enderezan á vuestras medras.

Oyó atentamente Hernando la plática de su anciano abuelo; prometióle de seguir sus provechosos documentos, enmendándose en el juego y aprovechándose en los estudios; conque se dispuso su partida para Salamanca antes que se llegase el tiempo de comenzar el curso, por prevenir posada y lo necesario.

de dos tratantes de ganado mayor, que eran obligados de dos carnicerías é iban á emplear su dinero en bueyes y vacas para el abasto de ellas, llevando muy gentil dinero. El diablo es sutil: el dinero hacía cocos, y armóse un juego de pintas en el mesón, con que no hubo cuerdo á caballo. Ese fué el Lotos (1) de nuestro flamante licenciado; porque con el brindis de una baraja no se acordó de los consejos de su abuelo, y así se dispuso á hacerles tercio en el juego. No eran los tratantes muy astutos en él y hacíales ventaja nuestro Hernando, conque en menos de dos horas les ganó á los dos más de mil y quinientos escudos en oro y plata.

Dejóse de jugar, y ellos, viendo que un mozuelo les hubiese ganado mucha parte de su caudal, con que habían de conservar su trato y crédito, quisieron atribuir lo que fué ventura á destreza de flor (2); y así, encerrándose con él en un aposento, le dijeron:

— Señor galán, V. m. se ha valido hoy más que de su buena suerte, jugando con ventajas; de esto se han visto muchas muestras, y la mayor es durarle la dicha tanto sin disminución. Bien pudiéramos dar cuenta á la justicia de lo mal que nos ha ganado nuestro dinero, mas no queremos hacerle daño; lo que pretendemos es que V. m. dé ese dinero que ha ganado (sabe Dios cómo) y se lleve para el camino cien escudos y lo demás nos lo vuelva, y esto sin altercar con nosotros razones ni contradecirnos; y mire que le estará mejor tomar lo que le ofrecemos en paz, que no tener dudoso lo que le sacaremos por guerra.

Á otro de menos despejo que Hernando turbaran las razones de los perdidosos; mas él, que siempre tuvo buen despejo, no le faltando aquí, les dijo:

(1) ¿Será Lete ó Leteo, aludiendo al río infernal, cuyas aguas producían el olvido en el que las bebía?

(2) Fullería.

Hubo algunas voces sobre esto, y casi estu
á riesgo de sacar las espadas.

Temieron los tratantes perderlo todo, qu
muy de la hoja, y así, se reportaron, ofre
mitad del dinero al ganancioso.

Antes que él respondiese tomó la mano el
de armas, diciendo que ni un maravedí se les h
volver; conque se retiraron cada uno á su aloja

Y no tuvieron á poca suerte los de la pérdida
así de la cuestión, porque el defensor de He
atemorizaba con la vista y estaba con mucha
colérico, y el mozo de mulas no lo mostraba me

Los dos y Hernando se entraron en su apose
el licenciado agradeció al hombre de armas el
que le había hecho, y en recompensa de él l
(demás del barato que le había dado cuando era m
del juego) treinta escudos, por haber acudido con t
cuidado á su defensa, y al mozo de mulas le dió vei

Durmió nuestro ganancioso poco aquella noc
discurriendo sobre qué era lo que haría de aquel
nero. Era vano y muy quimerista, y parecióle que de
de entrar en Salamanca con otro porte del que pe
saba tener, pues la fortuna le había sido tan favorabl
y, mudando de camino, volvió atrás, yéndose á la nob
Valladolid, adonde hizo hacer dos vestidos muy ga
lanes de camino y compró también una vuelta de ca
dena, tomó un criado, y con nuevos bríos no quiso
pasar plaza de Hernando de Quiñones, sino que añadió
á esto un don, que no le tenía de costa más que el po-
nérsele, y dijo ser un caballero de la casa de los Qui-
ñones de León, si bien nacido en Canarias, donde tenía
á su padre. Para desconocerse más se puso anteojos y
comenzó á cecear un poco. De esto no dió parte al
mozo de mulas, porque en Segovia no lo publicase;
mas despedido de él y pagado en Salamanca, comenzó

acompañado de sus criados. Vió á la puerta de ella uno de los ancianos escuderos que acompañaban á aquel serafín, al cual le preguntó quién era la dama, y él le dijo llamarse doña Antonia María de Monroy, hija de don Enrique de Monroy, caballero de Salamanca, de la familia más noble de aquella ciudad, cuyo padre había un año poco más que era muerto, y ella era heredera de un rico mayorazgo suyo.

— Pues ¿cómo no se casa? — preguntó el aficionado mozo.

— Porque aun tiene edad para esperar á eso—dijo el escudero;—porque mi señora desea que el que fuere su esposo, concurran en él las partes que debe tener un perfecto caballero, pues su merced las tiene de tan perfecta dama.

— Así es — dijo don Fernando, alias Trapaza — que tal me ha parecido á mí.

No quiso saber más del escudero; conque entró en la iglesia, y, buscando en ella á la dama, la vió sentada cerca del altar mayor, donde está la Virgen, porque allí se esperaba que saldría presto misa. Tomó asiento en un banco enfrente de la dama, y ella puso los ojos en él con alguna atención, no poco contento el galán de verse mirar, porque venía muy para ello; que llevaba un bizarro vestido de lama noguerada, muy cuajado de golpes de galones de oro, que le hacían muy vistoso, aderezo de espada dorado, con tahalí bordado, sombrero con plumas nogueradas y negras, y cabos negros y noguerados de jubón, medias y ligas. Los dos criados iban de librea verde y parda, muy conformes y muy cerca de su amo, que la puntualidad de los intrusos á la caballería apetece esto.

Poco atento estuvo el galán á la misa por estarlo mucho á la dama, pesándole de que el rebozo le quitase gozar del bien que el descuido le dió; pero con todo, con

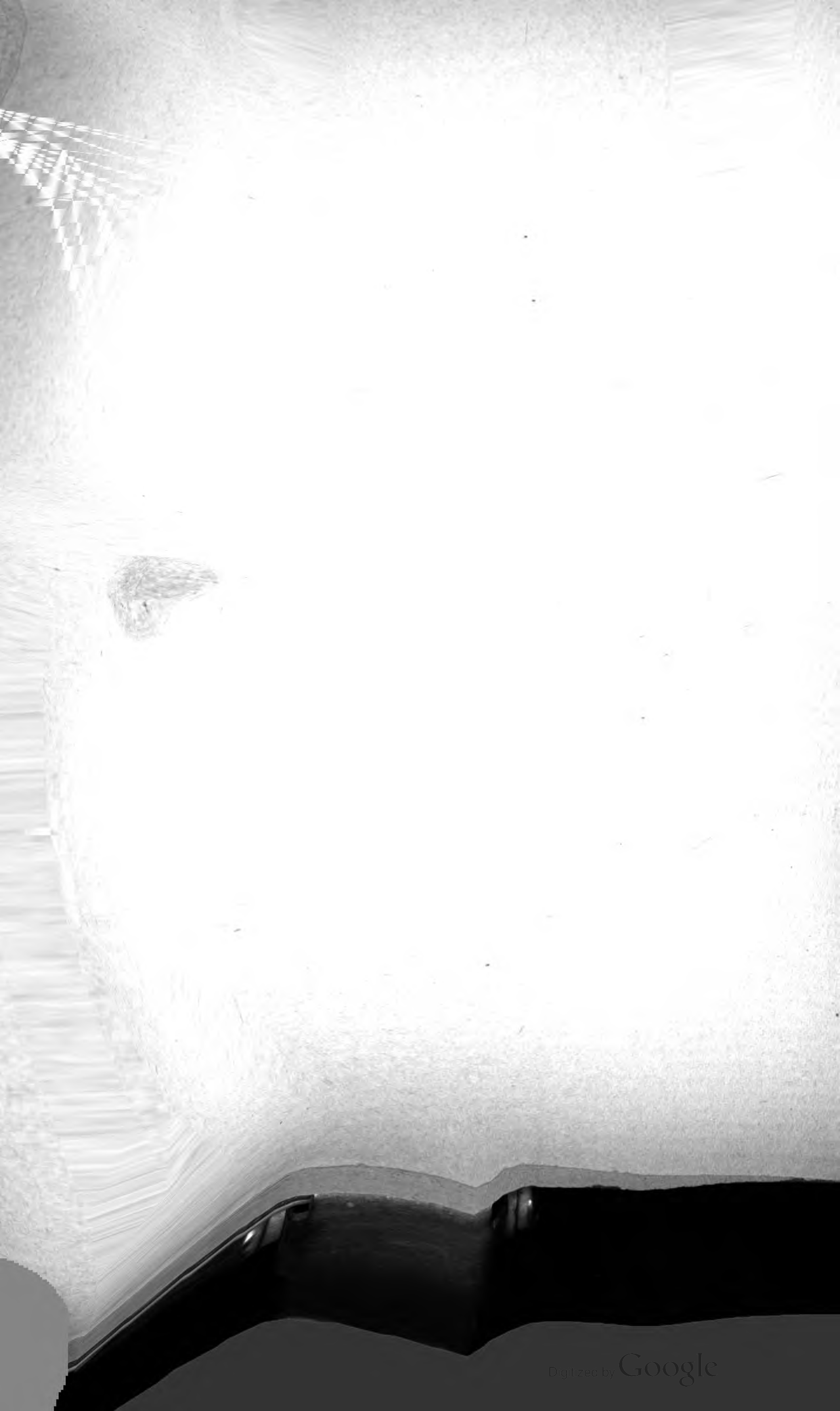
aguardaba donde había de comer y dormir, habiéndola hecho prevención de los mayores regalos que hallaba; esto sin verla en todo el camino, conque la fué obligando de manera que en la dama despertó una inclinación que casi iba caminando á ser amor, y lo fuera si, enterada por otra relación, viera conformidad con la que había hecho el criado. Remitíalo para Salamanca, y así pasó por sus jornadas bien regalada, hasta llegar á su patria. A la entrada de la ciudad se manifestó su amante precursor y de nuevo le dió las gracias de su cortejo y finezas, prometiéndole, á importunación suya, que le avisaría cuando hubiese ocasión para visitarla, porque ésta no la había todas veces por tener deudos principales á quien debía guardar respeto; conque se despidió el galán muy contento y con muy verdes esperanzas de ser favorecido de la dama.

Tal fué la vanidad de este Ícaro segoviano; querer volar con débiles alas á esfera que le había de causar precipicios. Desde aquel día comenzó á servir á esta dama con grande secreto, acudiendo también á regalarla.

De nuevo hizo información ella de quién era el fingido caballero, y halló la misma que le hizo el criado á su escudero, por haber corrido así la voz en Salamanca.

En todas aquellas vacaciones se dió nuestro amante un lindo verde de Caballería, acompañándose con lo más granado de la ciudad, y no dejando perder ocasión alguna en que saliese doña Antonia María sin seguirla. Esto con grande disimulación: de modo que tuvo suerte esta señora en que fuese servida con tanto recato y disimulación, cosa muy poco usada en estos tiempos.

Atrevióse el cuidadoso amante á escribirla y á hacer negociación; como uno de sus escuderos la diese el papel, argentóle de prosa muy culta y crespa; imploró auxilio en su pena, significóla bastantemente; mas sir-



Viendo esto, le determinó su osadía á un empeño, de que salió muy mal, que fué querer saber de boca de la dama qué causa le obligaba al desdén que padecía; y así un día se fué acompañado de sus dos criados á su casa, y pidiendo licencia para visitarla, le fué concedida de la dama para desengañarle en ella de que no se cansase más en servirla. Entró á la pieza del estrado, y diera turbación á otro que no tuviera tanto despejo el verse en la presencia de tanta beldad; diéronle silla, y, habiendo preguntado por la salud á la dama y sabido de ella que la tenía buena, le dijo estas razones:

—Si amor, señora mía, no disculpase atrevimientos, yo había delinquido en éste de manera que era muy grande la pena que debía corresponder á él; él me ha forzado á pisar osadamente los umbrales de esta casa, y á saber qué causa ha podido estorbar que mis castos deseos no prosigan con servicios, habiéndome puesto límite á mis pasos y advertimiento á mis peligros. En lo primero me recato por gusto vuestro, y también en lo segundo me refreno por lo propio; que si no, valor tengo para oponerme á los mayores riesgos que se ofrecieran, sabiendo ser gusto vuestro que os sirva. Esto me ha obligado á quererlo saber de vuestra boca, haciéndoos esta visita; merezca yo que me digáis lo que os pregunto, para que lo que me dijéredes sea definitiva sentencia de mi muerte ó aumento de mi vida.

Hizo aquí pausa, y la dama le respondió á sus razones de esta manera:

—Es tan hidalgo el amor, señor don Fernando, que cuando se conoce fino en un sujeto, aunque sea humilde, no se desprecia de mujer ninguna; porque ser querida no sé que á nadie le pueda estar mal, si ya no es que esto lleve intentos descaminados, como querer un inferior, por este medio, ascender á mayor estado, y

noce. Vos, hombrecillo vil y bajo —dijo volviénd
á él,—¿no sabéis que soy de Segovia, lugar donde n
cisteis, y sois hijo de tan humildes padres que la m
yor honra que tuvo el vuestro fué ser pelaire, y vue
tra madre vendernos natas de Zamarramala, su patr
lugar de pocas casas? ¿Pues con qué fundamento qu
réis en esta ciudad haceros caballero y ostentar nobl
za? Si esta intención se enderezara á valer más, siend
humilde, conquistando con eso voluntades, pasáramo
por ello; pero mostrar bríos, mentir nobleza y aficio
naros de quien no merecéis ser lacayo de su casa, e
cosa para que se os castigue; y porque me está mal ha-
cerlo en la presencia de quien estimo y quiero tanto,
os dejo libre con advertimiento de dos cosas, de que
vais avisado. La primera es que no paseéis esta calle,
pena de que os matarán á palos los lacayos de esta casa
y los míos; y la segunda, que tengo de decir á la nobleza que en Salamanca estudia, que no sois don Fernando de Quiñones, caballero de Canarias, como habéis publicado, sino Hernando Trapaza, hijo de Pedro de la Trampa y de Olalla Tramoya.

Ya estaba en pie el cuitado Hernando, oyendo esto tan cortado de miedo que no tuvo esfuerzo para replicar en nada al enojado D. Enrique; y así, callando, tomó la puerta del aposento, escalera y la puerta de la casa, reventando de pena. Halló allí á sus criados, que conocieron su disgusto, y, sin hablarles palabra, se fué á su posada confuso y avergonzado. Bien pensaron sus criados que de algún disfavor ó desprecio le procedía aquel disgusto, y así, como súbditos, callaron y le siguieron.

Lo primero que hizo en llegando á casa fué decir á uno de ellos que le buscase luego otra posada en barrios apartados de las escuelas, donde él estuviese solo, porque por unos días no determinaba ir á oir

para no ser engañados aprenden algunos, que después se valen de ella cuando necesitan de ventura.

Con haber salido tan diestro el amo, quiso con su criado (que se llamaba Domingo de Vargas y Varguillas ordinariamente) verse en algún juego.

Ofrecióse haberle en un mesón cerca de su posada, de aquellos que están á la Puerta del Río, donde se hallaron unos hombres que habían vendido cantidad de carneros y habían hecho de ellos mucho dinero.

No quiso acudir aquí nuestro licenciado con el hábito de estudiante, sino con un vestido de color, coleto de ante, sombrero valón, espada y daga de guardamano, valona caída; todo á lo soldado.

De esta manera entró muy casualmente en la posada al aposento donde jugaban los dos ganaderos y un clérigo forastero. Era el juego largo y de pintas, y jugaban los tres liberalmente. Estúvose un rato nuestro escolar viendo los toros desde afuera, y por lo que ya sabía de su criado Varguillas, vió cuán cándidos tahures eran los que estaban en la palestra de Juan Bolay.

Entróse por un lado, abriendo un bolsillo en que tenía treinta doblones de á cuatro, conque hizo cebar los ojos de los tahures. Contólos primero, y luego comenzó á parar de poco; perdió algunas suertes de industria, en que le ganarían cosa de doscientos reales, y fingiéndose picado, en la primera vez que le tocó tener el naipe pidió que le parasen largo (1); era ya dueño del armandijo, como dicen (2), y comenzó con su flor á hacer suertes y los tahures á picarse, de suerte que en aquella encartada ganó lindo dinero.

Perdió el naipe y pasó á otro, conque se fué desde

---

(1) *Parar:* apuntar, hacer puestas á determinada carta ó jugada.

(2) *Armandijo* ó armadijo, en su acepción natural, es la trampa que se pone en el campo para cazar pájaros ú otros animales.

dano (que se aderezó con ricas colgaduras y cama para el propósito) fué llamado nuestro barbero, diciéndole antes quién era el que le llamaba y que en él tendría un lindo parroquiano.

Acudió con diligencia, llevándole su plata un criado y todo lo que era necesario para hacerle la barba; entró adonde le estaba Trapaza aguardando y en la primera sala fué detenido de cuatro estudiantes, que hacían papeles de criados aquel día; quitóse la capa y aguardó á que saliese el caballero que esperaba, entreteniéndose con los estudiantes, á quien dió cuenta de las personas calificadas á quien afeitaba en la corte, que, según iba diciendo, no había título ninguno á quien no hubiese sobarbado.

Todo lo estaba escuchando Trapaza y esto le daba mayores ganas para que saliese burlado de sus manos.

Salió en la forma dicha á la sala, y haciéndole el italiano grandes sumisiones, como todos los de su nación las saben hacer (hablo de la gente humilde), ocupó una silla y mandó que le sacasen un peinador. Estaba ya prevenido, que se había buscado prestado, muy conforme á la persona que representaba Trapaza. Antes de ponérsele, le dijo con mucha gravedad:

—Maestro, ¿háse lavado las manos? Que yo soy muy asqueroso y deseo que en este ministerio me vengan muy limpios los maestros.

—Estóilo tanto—dijo el barbero—que esta mañana, sin haber hecho barba ninguna, me he lavado dos veces las manos para venir aquí.

—Veamos—replicó el socarrón.

Mostróselas y él dijo:

—¡Jesús, Jesús! *¡Vade retro!* Lávese, lávese. ¡Hola! Dadle al maestro recaudo para que se lave, no me llegue con esa basura al rostro.

Corrióse el italiano y le dijera algo; pero como le

de suceder por poco confiado; porque como mirase l
moneda que le habían dado y viese ser solamente
cuarto, presumió que el criado le hacía aquella bu
aprovechándose de lo que su amo le había mand
dar y que le salía cara, tras de haber trabajado c
horas largas y sacar de allí quemadas las manos.

Volvió y, subiendo á la sala, encontróse con
gador de la barba y díjole:

—Señor galán, v. m. me ha dado por mi
este cuarto; debe de haber sido yerro. Suplícol
dé lo que su dueño mandó darme.

El bellacón le respondió muy en sí:

—Señor maestro, lo que don Guacoldo, m
ha mandado dar, le di, y aquí no hay yer

—Pues ¿cómo — replicó el barbero — á
un cuarto por una barba tan prolija como
de hacer?

Salió á este tiempo el señor don Gua
muy airado:

—Sí, maestro; y aun os la he pagad
yo no doy más que dos maravedís por
afeitan. ¿Es poco que podáis tener
puestas mis armas y, á título de ser
de comer, sino quererme llevar lo c
bástaos la honra de hacerme la bar

—Muy bien medraré con eso —
menzando á conocer la burla que

—¿Cómo?, ¿cómo?,—dijo don C
contra mis barbas? ¡Hola, famili
punido de vuestras manos.

Apenas dijo esto, cuando cu
gorrones sacaron de adentro u
ella el pobre italiano, le come
fresco y, de camino, á que se
del techo.

Acudía muy de ordinario á su casa Trapaza, y como le tenía D. Lorenzo por alentado, según corría fama en Salamanca, escogióle para su acompañante en un martelo que tenía sirviendo á una dama de mucho porte en aquella ciudad, de quien estaba muy enamorado. Era de ella correspondido, más por los regalos que la hacía y dádivas que le daba, que por su talle y persona, porque demás de ser muy corto de vista y obligarle esto á traer anteojos, era tan pequeño que apenas salía del suelo; tanta era su pequeñez, que era señalado por ella en Salamanca.

Era Trapaza el tercero de estos amores, quien llevaba los presentes, quien le acompañaba de noche, y por quien se gobernaba en todo D. Lorenzo. Pues como acudiese á la casa de la dama muchas veces, enamoróse de una criada que tenía, de buena cara, llamada Estefanía, que también era tercera de estos amores, y á dos coros andaba este amor. Concertáronse los sirvientes y trataron de cercenar los presentes al galán caballero, y así, de todo lo que él enviaba á su dama le quitaba la mitad. No se descubrió esto hasta un día que, habiendo D. Lorenzo sacado una pieza entera de tabí de aguas (1) azul á su dama, para que se hiciese un vestido, y de lo que sobrase unas enaguas guarnecidas con finos pasamanos de Milán, parecióle á Trapaza hacer una sangría á este presente, dejando de la pieza lo necesario para un vestido, y todo lo demás que quedaba aplicarlo para dádiva de la señora Estefanía. Comunicólo con ella y vino en que se quitase, como había ordenado su amante Trapaza, y así se hizo.

Comunicáronse después los amantes, y vínose á descubrir la sangría, que le estuvo muy mal para la salud

(1) *Tabí:* cierto género de tela antigua, como tafetán grueso prensado, cuyas labores sobresalían haciendo aguas y ondas.

Condenado está un pequeño,
aunque de ingenio presuma,
á ser hongo racional,
pues de varón tiene dudas.

Para buscar uno de éstos,
que le derribó su mula,
fué necesario acribarle
entre la arena menuda.

Á su cama se ligaba
uno de éstos, y era astucia,
porque le sacó una noche
por una oreja una pulga.

Á un pigmeo que le ofende,
un sastre en su casa busca;
mas él pudo en un dedal
tener su persona oculta.

Parar puede aquesta gente,
que no embaraza ni abulta,
por ser de materia poca,
entre sabandijas muchas.

Y quéjense los pequeños
de ser cortos de ventura,
pues, naciendo para hombres,
se quedaron á ser chufas.

Apenas acabó el último verso el músico, cuando Trapaza, que estaba atento, aguardando esta ocasión, dijo á voces (disimulando la suya):

— ¡Víctor D. Lorenzo Antonio!

De nuevo se alborotó el patio con esto, mirando al caballero que estaba en un aposento oyendo la comedia, y fueron tantos los silbos de la gente de á pie, que se hubo de retirar adentro para que se acabase la comedia, que faltaba de ella una jornada.

Quedó el caballero picado, y acudió al músico á saber quién le había dado su sátira. Nególo al principio; mas con un doblón confesó que el bachiller Trapaza había sido el autor de ella.

Trató desde aquel día de vengarse de él, conociendo

no haberla hecho menos que dirigida á su menguada persona, y valióse para esto del estudiante burlado, contrario de Trapaza, que se ofreció á darle dos cuchilladas, porque en lo de muerte no vino bien D. Lorenzo, por si llegaba á ser sacerdote no tener que pedir dispensación.

No estaba Trapaza tan falto de amigos que luego no le diesen aviso de lo que se le trazaba, y aconsejándolo que, pues el curso se acababa de allí á un mes, se fuese y no pareciese donde le sucediese algún peligro.

Vió que le aconsejaban bien, y por no irse solo persuadió á Estefanía que le acompañase.

Queríale bien la moza y no lo rehusó, con lo cual dejaron á Salamanca un sábado en la noche, tomando la derrota á Sevilla con el dinerillo que Estefanía tenía guardado.

alegría y desenfado provocaban deseos de romper este decoro, y en el médico más que en ninguno, que le había parecido bien la moza. Ella era la levadura de las conversaciones, quien las movía, el regocijo de todos, porque su buena voz deleitaba y entretenía el cansancio de un carro, que es cosa bien intolerable aguardar á la flema con que camina y á la prolijidad de los carreteros y mozos de él.

Para entretener este tiempo, quiso el médico divertir los caminantes compañeros suyos, y así les dijo:

—En un camino largo, y que lo es más con la caballería que llevamos, ha de haber de todo para divertirnos; tiempos hay para cantar, tiempos para rezar y tiempos para la conversación. Cuando tal vez esto falta por ser cosa de novedad, se suele variar esto con referir algún suceso ó leído en verdaderas historias ó en libros ingeniosos que la inventiva formó para recreo de los ánimos y divertimiento de las ocupaciones. Yo me ofrezco los ratos que faltaren los discursos que de diferentes pláticas se movieren, á entretener ese rato con algún cuento ó novela con que pasemos el camino; que como he leído tanto, así de lo italiano, en que tantas se han escrito, como en español, que de poco acá los han sabido imitar y aun exceder, no faltaré á lo que aquí prometo con mucho gusto.

Todos le agradecieron el deseo con que procuraba quererles divertir y le estimaron; y así, para comenzar á cumplir con su promesa, oyéndole todos atentos, y más Estefanía, á quien deseaba agradar, dijo así:

NOVELA

«Gobernaba el imperio de Roma el invicto Valeriano, cuyo esfuerzo era temido de sus enemigos, y cuya afabilidad amada de sus vasallos.

Por esto no quiso admitir los halagos amorosos de de la hermosa Octavia, desviándose de todas las ocasiones que se ofrecían por venirle á estar tan mal el esperarlas, conque la dama aumentaba sentimientos, pues veía de conocido que huía de ella y pasaba todas las noches á continuo desvelo, no perdiendo del pensamiento á Claudio, de quien estaba firmemente enamorada.

Sucedió salir un día á caza el emperador por divertirse, y hallóse en ella su hermana con sus damas, y Claudio, que no faltaba del lado del César. Pues como la caza se comenzase, que era de venados, cada uno discurrió por la parte que más gusto tuvo.

Claudio hubo de seguir la vereda que Octavia había tomado, por tener orden del César que no se apartase de su lado. Descubrieron los sabuesos por allí el rastro de un ciervo, al cual hallaron á muy pocos pasos; siguiéronle, y tras él Octavia y Claudio, llevando la dama intención de apartarse cuanto pudiese de aquel puesto, para lograr la ocasión que deseaba.

Alcanzaron los perros al ciervo, y, haciéndole trofeo de sus presas, dieron alivio á su cansancio en el cristal de una fuente que se les ofreció. A su imitación, Octavia, que vió muerto el ciervo, se apeó en brazos de Claudio, y, atando los caballos á una encina, se sentaron en la verde yerba, margen de aquella clara fuente, adonde Claudio no pudo rehusar el venir por mandárselo el Emperador, que bien sabía por las acciones de la hermosa Octavia que se había de hallar muy atajado con ella.

Después que hubieron los dos hablado gran rato en algunas cosas, Octavia le dijo así:

—Maravillada estoy, Claudio, de una cosa que, si no la oyera platicar en Roma, no la creyera; y es que siendo en esta ciudad la persona más lucida de ella, la

esto motivo, acciones que tú has visto en sus ojos.

—Mi desconfianza—dijo él—me ha hecho poco advertidos los míos, y así habrán pecado de groseros en no haber reparado en tanta dicha.

—No la debes de juzgar por tal—dijo Octavia—pues has hecho poco caso de ella, pues no es persona la que se ha atrevido á tal que ha ensayado estos papeles en otra parte, porque su estado y autoridad se lo defendieran, y aun para lo que ha hecho (que es demasía) le ha costado harto en vencer antes su pasión.

Finalmente, de palabra en palabra Octavia vino á declararse con Claudio; y aunque él estimó mucho el sobrado favor que le hacía y ponderó con hipérboles su estimación, la dijo cuán contra el gusto de su hermano sería el favorecerle, pues sabía de S. M. cuán diferentes propósitos tenía, pues le había comunicado el empleo que quería hacer de su persona en Decio, su primo, y que sobre ello le había ya escrito.

Mostró Octavia disgusto á este consorcio por no ser Decio muy conforme á su voluntad, que era hombre soberbio y no muy bien querido. Por esto, de nuevo le mostró con resolución deseos de que la sirviese, facilitándole que por aquel camino subiría á ser colega de su hermano; pues Amor había hecho otros mayores milagros.

Con este ánimo que le puso á Claudio, desde aquel día comenzó á gozar lícitos favores de Octavia, hasta llegar á verse á una reja de un jardín muchas noches; pero siempre Claudio la servía con una grande desconfianza de poder alcanzarla por esposa, sabiendo que su casamiento se trataba con veras y casi estaba ya concertado, que por estar España con algunas alteraciones no venía Decio de ella á acabarlo de efectuar.

En esto estaban los dos amantes: muy enamorada Octavia, y Claudio muy dudoso de lograr aquel empleo,

Octavia, con quien también se comunicaba, sin faltar noche alguna del jardín, adonde se veía con ella y era favorecido en lo lícito y honesto.

Llegó, pues, Claudio á tanto con Porcia, que, favorecido de ella, no se acordaba si había Octavia en el mundo para amarla; si bien por razón de estado la hablaba, que temía que, de no hacerlo, le podía descomponer con el César su hermano.

En este tiempo murió Atilio, padre de Porcia, dejándola muy rica; hiciéronse las exequias á la usanza de su gentilidad. Porcia se retiró algunos días de comunicarse con Claudio; mas pasado el sentimiento, él llegó á entrar en su casa, dándole primero la mano de esposo, conque pudo llegar á los brazos de su amada Porcia y gozarse con ella. Esto con secreto siempre, por el temor que tenía de Octavia, de cuya afición había Claudio dado parte á su esposa, y con su licencia no desistido del galanteo, asegurándola que había de durar poco, pues esperaba presto la venida de Decio, su primo.

En tanto que pasaban estas cosas, Camilo, un fuerte capitán y experto soldado que gobernaba la Panonia superior, que hoy es Hungría, se rebeló contra el César, queriendo hacerse dueño y señor absoluto de aquel reino.

Tuvo aviso de esto el emperador y quiso en persona partir de Roma á castigar este desacato, sin bastar ruegos de su hermana para que no hiciese esta jornada.

Convocó sus legiones, y con ellas y nuevo ejército que en breve hizo, partió de Roma á toda prisa por no dar lugar al rebelde para se fortificase con su tardanza. En la jornada hubo de ir Claudio, porque el emperador jamás le apartaba de sí para que le aliviase las cosas del gobierno.

Mucho sintieron Octavia y Porcia su ausencia; con

esto de propósito por no ir luego á Palacio á verse con Octavia; y así se fué á casa de su esposa, donde contar el contento que recibió con su vista fuera alargar más este discurso. Estuvo aquella noche y otras dos, encargando á los capitanes que también asistiesen encubiertos, mientras él hacía muchas galas con que ver á Octavia. Algunos de ellos sabían que no le faltaban para hacer lucidamente su visita, sino que esto era ocasión para gozar de su esposa, que ya ellos sabían muy bien su secreto consorcio; y así como eran doce, entre ellos hubo alguno tan poco sufrido que quiso pasear por Roma, contraviniendo la orden de Claudio.

Fuéronle con estas nuevas á Octavia, y mandó llamarle; supo de él por extenso la victoria de Hungría, y aun más de lo que quisiera; pues le dijo cómo Claudio la traía y la causa de habérsela encubierto dos días, que era por haberse visto con su esposa.

Tiernamente sintió esto Octavia; despidió al capitán, diciéndole que no dijese á Claudio que ella sabía su venida, y con la pena que le había dado esta nueva, se retiró á su cuarto, donde á solas comenzó á manifestar con llanto su sentimiento, culpando de ingrato y fementido á Claudio, y todo el amor que hasta allí le tenía, con lo que supo de su empleo, se le convirtió en odio.

Entre tiernos suspiros y sollozos la halló Publio Emilio, un anciano cónsul á quien había dejado el César por gobernador de Roma, entre tanto que volvía de Hungría, y éste asistía siempre en Palacio. Ya él sabía la venida de Claudio y extrañaba la detención suya en dar las buenas nuevas á Octavia, sin penetrar por qué había hecho esta tardanza. Pues como Emilio hallase á Octavia llorando, pidióle la causa de eso; y ella, fiándose de él, se la dijo, ponderándole el grande amor que le tenía á Claudio y cómo deseaba que su

hermano el César viniese en que él fuese esposo suyo, no obstante que lo trataba con Decio, su primo. Finalmente, ella le pidió parecer en lo que debía hacer en aquel caso, vengándose de Claudio y su esposa.

El consejo que Emilio la dió fué que en su persona de Claudio no se vengase, por ser la privanza de su hermano y en quien todo el pueblo romano tenía puesto los ojos; pero que venido á su presencia, le hiciese llevar preso con guardia hasta la casa de su esposa, adonde le obligase el rigor á que la quitase la vida, para, quedando libre, pudiese después casar con él como deseaba.

Parecióle bien á Octavia este consejo; y así, aguardó á que viniese Claudio á verla, dando orden á Emilio de lo que había de hacer conforme lo tratado.

Vino, pues, Claudio acompañado de sus capitanes con toda la bizarría que pudo ostentar y fuéle dada entrada donde estaba Octavia, que le recibió debajo de su dosel con grande severidad. Hízole relación muy por extenso del suceso de la victoria; dióle cuenta cómo al César le dejaba con buena salud y con deseos muy grandes de dar la vuelta brevemente á Roma.

Lo que á esto respondió Octavia fué levantarse de la silla en que estaba y decir á Claudio:

—Cuando los monarcas gustan de que se guarden sus órdenes y mandatos, es inobediencia grande no seguirlos con toda la puntualidad que les mandan las ejecuten. Ya esta nueva la tenía sabida dos días há y fuera razón que el primero que me la dijera fuérades vos, sin deteneros adonde sabéis y todos sabemos.

Con esto le volvió las espaldas, dejando á Claudio admirado, así de esto como del airado semblante conque esto le dijo, como de que ya supiese su empleo. Pesóle extrañamente de haber excedido del mandato del César y de que por esto se manifestase su empleo, que

era bien, antes de haberle hecho, darle razón de todo á dueño que tanto le favorecía.

Volverse quería á su posada, cuando Emilio entró donde estaba y apartándole aparte de aquellos capitanes, le dijo estas razones:

—Señor Claudio: prudencia vuestra fuera, cuando tanta dicha habíades tenido en ser favorecido de la hermosa Octavia, agradecer su favor y saber conservaros en su gracia, pues vemos que amor suele igualar estados con matrimoniales uniones y ser disculpa de graves yerros. Octavia tenía intento de haceros dueño suyo persuadiendo al César, su hermano, á esto, y de no venir en ello, no dar la mano á Decio, su primo, porque vos viniérades á poseerla. Habéis pagado ingratamente su amor casándoos de secreto con Porcia, lo cual tiene sabido; y para castigo de esto, traigo orden de su alteza que cincuenta soldados que afuera os aguardan, os lleven preso á la casa de Porcia, donde Mario, que es quien viene por cabo de esta gente, os fuerce á que por vuestras manos deis la muerte á vuestra esposa. Esto bien sé que se os hará duro si la tenéis amor; pero habráse de hacer, pena de perder vos y ella las vidas.

Con esto, sin aguardar respuesta de Claudio, el anciano Emilio le volvió las espaldas. Entraron aquellos soldados, guiados de Mario, y, quitando la espada á Claudio, le llevaron á su casa.

No esperaba la hermosa Porcia tener tan mal día como tuvo; la cual, viendo á su esposo (que entró primero solo, dejando la gente atrás) le recibió con los brazos abiertos y muchas caricias; á ninguna mostró Claudio semblante afable, cosa que le causó novedad á su esposa; y preguntándole la causa de su mesura, no acertó á responderla palabra, sino sólo lo que hacía era levantar los ojos al cielo y dar tiernos suspiros. De

nuevo instó Porcia con blandos ruegos á que la dijese la causa de aquella novedad que en él hallaba, y él le resistía el decírsela, hasta que las lágrimas de Porcia rompieron el silencio de su esposo, el cual la dijo todo lo que pasaba, el mandato de Octavia y el orden que Mario traía para que luego se ejecutase.

Lo que respondió la valerosa matrona á esto fué (sin hacer mudanza de nuevo sentimiento) decirle:

—Quiéroos tanto, querido esposo mío, que viendo que de mi muerte resultan los aumentos vuestros, aumentando con esto la esperanza de mejoraros de esposa, que en vez de defender mi inocente vida, os ruego que apresuréis mi fin. Aquí estoy, sacad el puñal y dad principio á vuestra dicha. ¡Ea!, ¿en qué dudáis? Dadme la muerte, que como sea por vuestra mano, dulce ha de ser para mí; no os turbe el amor que me tenéis para estorbar la ejecución de ella; bien mío, de rodillas os lo suplico.

Esto decía aquella hermosa romana con tanto afecto, que no sólo enternecía á su esposo, pero á algunos de los soldados que venían al cumplimiento de esta rigurosa acción, que les estaban escuchando por orden de Mario.

Claudio oía á su esposa estas cosas tan absorto, que parecía un mármol en el movimiento; sólo no tenía de piedra el derramar lágrimas, que de hilo en hilo bañaban su rostro, impidiéndole la pena el poder hablar á su esposa.

Resultó, pues, en no ser ejecutor de tal ofensa y de morir antes mil muertes que hacer la de su amada esposa. Estaba abrazado con ella, llorando entrambos, cuyo espectáculo enterneciera á un risco.

De esta suerte estuvieron una larga hora: de suerte que Mario, cansado de esperar (por ser poco afecto á Claudio), entró donde estaban, diciendo:

—Señor Claudio, ya es mucho durar en lo que se os tiene mandado; yo deseo volver presto á Octavia á darle las nuevas de que habéis muerto á Porcia. Resolveos luego en quitarla la vida, si no queréis perder la vuestra.

Aquí se enfureció Claudio y loco de cólera, sacando el puñal, acometió á Mario diciéndole:

—Primero, viles ministros de tan sangrienta ejecución, veréis en vosotros hecha la que deseo, que mi esposa pierda el vivir.

De poco le sirvió esto; porque mandando Mario á sus soldados que se abrazasen con Claudio sin ofenderle, él, excediendo de su comisión, se abrazó con su esposa, y para abreviar con su muerte, sin oir ternezas suyas, viendo una galería que caía al claro Tíber (río que atraviesa á Roma) la arrojó por ella á él, saliendo donde estaba Claudio, á quien dijo lo que había hecho. De nuevo se enfureció el lastimado caballero, deseando perder la vida á manos de aquellos soldados; mas ellos se la guardaron, llevándole á una torre hasta ver qué era lo que mandaba Octavia que se hiciese de él.

Volvió Mario con la nueva de lo que había hecho. Octavia le agradeció su resolución y mandó que con Claudio se tuviese mucha cuenta, de modo que no le faltasen personas que guardasen la suya, porque no se quitase la vida.

El pesar de ver muerta á Porcia le volvió el juicio, de modo que sin él andaba por las calles de Roma diciendo mil males de Octavia y lastimándose de la pérdida de su esposa, la cual fué el cielo servido que, sustentándose en las aguas con las basquiñas (1), pudo ir

(1) *Basquiña:* saya ó falda que usan las mujeres y cubre desde la cintura á los pies, con pliegues para ajustarla sobre las caderas.

la corriente del Tíber abajo hasta venir á dar enfrente de una amena quinta del César, de donde salieron dos hortelanos suyos que la libraron del peligro de las aguas y la recogieron en su casa en compañía de dos hermanos suyos. Allí, en hábito tosco de villana, se estuvo hasta ver en qué paraban sus desventuras, no diciendo á nadie quién era, ni aun á los restauradores de su vida.

Volvió el César de su jornada, y una milla antes de llegar á Roma supo cómo Claudio, su privado, había perdido el juicio, cosa que sintió en extremo, porque le amaba tiernamente.

La causa de este accidente le dijeron haber sido una caída que había dado corriendo las postas; que á los reyes suele ocultárseles lo más público, cuando no salen á saber lo que pasa en sus estados.

No quiso aquel día llegar á Roma, y quedóse en aquella quinta donde estaba Porcia, á quien fué fuerza ver; y, aunque adornada de pobres paños y con la tristeza de saber que su esposo había perdido el juicio, todavía su hermosura no se pudo encubrir. Contentóle al César mucho y deseó ocasión para hablarla á solas. Dispuso esto Fausto, un caballero romano de la Cámara del César, porque, despejando la gente de la quinta, dió lugar á que el emperador se fuese por el jardín hacia la parte donde Porcia estaba, á quien halló componiendo un ramillete de las flores que de un hermoso plantel cogía; y viéndola el César en este curioso ejercicio, la dijo:

—Hermosa villana, ¿para qué os cansáis en fabricar de flores ese oloroso ramillete, si ellas sobran donde están las rosas de esas mejillas, el azahar de esa frente, los claveles de esos labios y los jazmines de vuestras manos? Dejad esa ocupación, y en esa clara fuente ved que todo lo que os digo está con la perfección que la

Divina mano quiso poner en ello, para que todo junto fuese imán de voluntades y rendimiento de corazones.

Desentendida se hizo Porcia de estas razones, respondiendo al César con algunas toscas y simples, no al propósito que él se las dijo.

Volvió de nuevo á darla alabanzas y á encarecerla primores; mas de todo se reía Porcia, haciendo de la simple, conque al César le pareció que con tan rústico sujeto (en quien estaba mal empleada tanta hermosura) eran excusados hipérboles en su alabanza; y así, pagado de lo hermoso cuanto desazonado de lo grosero de su entendimiento, quiso librar en fuerza lo que no había de alcanzar por persuasiones, presumiendo que tales sujetos nunca por finezas se vencen, como incapaces de entender ni estimar tales agasajos. Ejecutar quiso esto; mas halló en Porcia notable resistencia, hablándole siempre toscamente; temió que diera voces, y así la dejó con pensamiento de hacer que Fausto de su parte la regalase y con dádivas ablandase aquella rustiqueza. Aquella noche durmió en la quinta, y esotro día hizo su solemne entrada en Roma con un grandioso triunfo, como acostumbraban los emperadores que venían victoriosos de ganar provincias y reinos. Llegó con este majestuoso acompañamiento á Palacio, donde le esperaba la hermosa Octavia, su hermana, alborozada con su venida, si bien temerosa algo de que no se supiese el castigo de Porcia, de quien procedía el delirio de Claudio.

Luego que el César supo de la buena salud de su hermana, estando los dos hablando de la pasada guerra, oyeron unas descompuestas voces en la antecámara de Palacio con los porteros de ella. Preguntó el César qué ruido era aquél y fuéle dicho que Claudio, llevado de la furia de su delirio, porfiaba á querer entrar en su cuarto contra la voluntad de los porteros.

su esposa, imaginando que en espíritu volvía al mundo á verle, la dijo:

—¡Oh tú, beldad superior, espíritu de aquella hermosura que adoraban mis ojos para llorar su desdichada muerte, dime si vienes por orden de los soberanos dioses á consolar mi aflicción, á dar salud á mi perdido juicio! Que no dudo que por hacerme este bien, compadecido de mí, te hayan dado licencia para que, rompiendo los claros cristales del Tíber (sepulcro funesto de tu inocente vida) has venido á ser alivio de mis penas, descanso de mis congojas y sosiego de mi inquietud.

Íbasele acercando Claudio; y temiendo Porcia que si se le descubría, pudiera ser, en vez de su sosiego, rematar del todo con su juicio, quiso llevarle el humor de condescender con su tema, y así le dijo:

—Claudio, yo soy tu esposa, que por mandato de Júpiter he dejado mi solio de cristal (donde me colocó desde que Mario fué mi homicida) para darte consuelo. Esto ha permitido el dios supremo; no me toques, que será profanar mi pureza; sólo te consuela con verme, y si acaso pasas el límite de la compostura, tocándome tus brazos, no dudes que se ofenda aquella excelsa deidad y que no consienta que yo te consuele más.

Mucho sintió Claudio el impedimento que le ponía y por no ser transgresor de los mandamientos de Júpiter, se abstuvo de gozar siquiera de los brazos de su esposa.

En este tiempo fué echado menos de su guarda y así bajó al jardín á buscarle dándole voces, las cuales oídas de Porcia, dijo á su esposo:

—Buscándote vienen, Claudio; no conviene que otro que tú me vea, porque se enojará Júpiter; queda en paz, que yo tendré cuidado de verte á solas.

Encarecidamente se lo rogó que esto hiciese Claudio,

Acertó á venir por allí Claudio y vió al César con el espíritu que juzgaba ser de su esposa, de aquella manera y con voces, comenzó á decir:

—¿Qué haces, invicto emperador? No profanes con tus violencias la beldad de su espíritu, que goza ya de más perfecta vida. Mira que ofendes á los dioses.

Vió Porcia que en tal lance no era bien aventurar á su esposo contra el César, á quien tanto debía, y así le dijo:

— Supremo monarca, invicto emperador del orbe, refrena tu intento, que no conoces quién soy y dame atentos oídos para que me escuches lo que después de sabido te ha de admirar.

Ya lo estaba el César de ver un nuevo semblante de la que juzgaba por villana y las compuestas razones con que le hablaba; y juzgando de esto misterio, se apartó de ella y dió lugar á que lo más sucintamente que pudo Porcia le hiciese relación de los amores de Octavia y Claudio y cómo por no ofender á S. M. él intentó casarse, sabiendo que su estado no era justo igualarle en su grandeza; que sabido esto de Octavia, había procedido con el rigor que se ha dicho. Cómo Mario la arrojó en el Tíber; cómo el cielo había permitido que no pereciese en él, debiéndole la vida al jardinero de aquella quinta.

Finalmente, le contó todo lo sucedido hasta entonces, declarando con esto la causa de haber perdido el juicio Claudio, y arrojándose Porcia á sus pies, le suplicó se sirviese de que no perdiese á Claudio, mas que antes le permitiese que hiciese vida maridable con ella.

Admirado dejó al César la relación de Porcia, de la que él estaba tan ajeno. Vió en Claudio diferente semblante, pues con saber que Porcia estaba con vida y era aquella que tenía presente, se le asentó el juicio, volviendo á su ser primero.

«Al portador (que es el ordinario de Sevilla) he encargado lleve ese arca á V. m.; no lleva la llave de ella; pero yo doy licencia para que V. m. la abra y ponga en cobro todo lo que dentro encierra, que brevemente nos veremos en esa ciudad y conocerá V. m. en mí un verdadero amigo y servidor.—*Leonardo de Pisa.*»

Confuso le dejó al ciudadano el no conocer á aquel que le escribía; y por qué el carretero pedía el recibo y porte de su arca, que no se le había pagado el que se la dió en Salamanca, quiso el ciudadano saber si en el arca había valor de treinta reales que le pedía por haberla traído; y así delante de él pidió un martillo y quitando la cerradura del arca, alzando la tapa de ella, halló (¡cruel espectáculo!) no menos que á un hermano suyo muerto á estocadas, vestido en hábito de estudiante y cubierto el cuerpo con algunas hierbas olorosas, que éstas y el ser en tiempo de invierno preservaron al cuerpo de no venir con mal olor.

Luego que el ciudadano conoció al difunto, con el dolor de tal objeto, comenzó á dar voces, asiendo del carretero, á las cuales se llegó alguna gente de la vecindad y, entre ella, un alguacil, que se suelen aparecer en tales ocasiones, trayéndose de runfla (1) un escribano y dos corchetes. Vieron éstos el difunto, y sabiendo que el carretero tenía mosca, por ser muy conocido en aquella tierra, agarraron de él y pusiéronle en la cárcel, con ver que la misma acción de haber traído allí la arca manifestaba su inocencia. Con todo, por convenir que se supiese de él quién era el que le había encomendado la arca y qué señas tenía, fué puesto á la sombra, y sabiendo de él qué personas había traído en su carro y dónde se habían apeado, fueron á prenderlos á todos.

(1) *Runfla:* reunión de muchas cartas de un mismo palo.

aquel camino), había llegado á él un estudiante alto de cuerpo, moreno de rostro, preciado de mostachos, acompañado de otro estudiante, que le pareció ser el que estaba preso con él (esto dijo por nuestro Trapaza), y que concertó que le llevase, hasta aquella ciudad, una arca de ropa, por la cual le pagarían treinta reales en Trujillo. Tomó recibo de la arca, dióle aquella carta y trújolo todo á quien venía el sobrescrito de la carta.

Esto dijo; con todo llevó el tormento muy cruel; mas no le pudieron sacar otra cosa. Fué llevado de allí, y puesto en su lugar, al bachiller Trapaza, bien ajeno de lo que le estaba esperando. Fuéle preguntado de dónde era: dijo que de Segovia; dijo su nombre propio y postizo, conque el alcalde mayor coligió que debían de convenir sus costumbres con lo de Trapaza; confesó la facultad que oía en Salamanca, y llegado á lo que le culpaba el carretero de venir acompañado con el estudiante que trujo la arca al carro, lo negó como quien no se había hallado en tal concierto. Por lo que el carretero dijo no se libró Trapaza del tormento, y así se le dieron más cruel que al otro. Era animoso el pobre, y sufrió el dolor con grande tolerancia, y en vez de quejas, comenzó á brotar sátiras contra los escribanos y jueces. Ya el lector podrá entender qué tecla tocaría, si seguía la opinión vulgar el atormentado, no la verdad que pasa; pues hay escribanos legalísimos y jueces rectos, limpios de manos, á pesar de la malicia de los que, por ver uno diferente de éstos, piensan que todos son unos.

Finalmente, el Sr. Trapaza se llevó un lindo tormento, conque le dejaron muy mal parado y casi estropeado; pero con negativa, que no confesó nada de lo que le preguntaban.

También con los demás presos procedieron, si no con el rigor del tormento, con las amenazas de él; mas

mino para Sevilla escarmentando en no recibir otra vez ropa alguna sin mirar primero lo que era, porque no le sucediese otro trabajo como éste. Despidióse de Trapaza, que ya se habían reconciliado de lo que le culpó, y, porque no quedase quejoso, le dejó á la partida veinte reales para que comiese.

Ya el buen Trapaza estaba muy apurado de vestuario sin saber que hacerse, lastimado de no saber de Estefanía ni su fiel compañero Varguillas. De lo que se valía era de su buen gracejo, con el cual campaba entre los presos.

Fué dicha suya estar preso entonces un caballero, por no quererse casar con una dama que alegaba haberle quitado su honra con palabra de casamiento; era rico; defendíase con decir que uno y otro era falso; el pleito era largo por tener contrarios poderosos, y así estaba en la cárcel á buen recaudo.

Este dió en gustar de los donaires de Trapaza, de las graciosas burlas que á los presos hacía, y era quien le sustentaba.

Dejémosle de esta suerte y volvamos á decir lo que sucedió á los dos ausentes que se escaparon de la justicia en el mesón.

CAPÍTULO VII

De lo que sucedió á Estefanía y Varguillas luego que se huyeron de la justicia, y la traza que dió Trapaza para vengarse del hermano del difunto y salir de prisión.

Luego que la justicia salió del mesón con los presos, Estefanía y Vargas, pareciéndoles que no les estaba bien asistir allí, se salieron aquella noche de Trujillo, yendo Estefanía en un jumento del mesonero que se le prestó y Vargas á pie. Caminaron tres leguas aquella noche, llegando á una pequeña aldea, adonde iban dirigidos por orden del mesonero, que se aficionó á la moza, para que en ella una tía suya, mujer anciana, los albergase y tuviese en su casa hasta que las cosas de Trapaza parasen en bien. Esto hizo el mesonero, con fin de tener por cuenta suya á Estefanía, ausente de los ojos de su mujer é ir á verla de cuando en cuando. Era marraja la hembra y conoció al mesonero por motolito (1) y aficionado, el primero boquirrubio de los de su profesión; y así la suya fué darle con la entretenida, dilatándole el favorecerle y no dando ocasión á que él la viese sola, sin estar Varguillas delante, á quien llamaba hermano.

Las esperanzas que le daba eran muchas, conque el mesonero gastaba francamente en el sustento de la

(1) *Motolito:* fácil de ser engañado ó vencido, por ser poco avisado ó falto de experiencia.

moza y su compañía, esperando el día que llegase á ser favorecido de ella. Cada día era avisada Estefanía de lo que se hacía de su Trapaza, á quien también llamaba hermano.

Mucho sintió la moza que por su cólera quedase segunda vez en la prisión, estando tan en víspera de salir de ella; y como le quería bien, parecióle que, habiendo dos meses que su fuga pasó, podía ir seguramente á verle; y así, dando parte de esto al mesonero, la acompañó de la aldea en que estaba hasta la ciudad, y á prima noche, antes de cerrar la cárcel, se llegó á una reja de ella, y, preguntando por Trapaza, salió á hablarla.

Lo que se holgó el preso bachiller con su hembra no se puede referir con palabras; dióle en breve cuenta adónde estaba y cómo la sustentaba el mesonero, y tratando los dos qué sería bien hacer en orden á su libertad, le pareció á Trapaza que no sería tan presto, por estar el enfermo herido todavía de peligro; mas, en tanto, dióle á Estefanía una instrucción de lo que debía hacer, que, tomada muy en su memoria, sólo la contradijo en cierto particular, hallando por inconveniente que, para el designio que tenía, le era estorbo el mesonero, de quien había de ser conocida. Echó de ver Trapaza que era buena la objeción y por entonces no se determinó á más de que se estuviese en la aldea, como se estaba, hasta ver en qué paraba el herido. Volvióse con Vargas á ella, agradeciendo Trapaza al mesonero el favor que á su hermana hacía, que duró poco, porque habiendo el tal hecho una fianza á un cuñado suyo de cierta cantidad de dinero que no era poca, fuéle pedida por la justicia, y no teniendo por el presente con qué pagar, húbose de ausentar.

Con el desamparo del mesonero se hubo Estefanía de valer del consejo de Trapaza, en que estaba instruída, y así un día, alquilando una cabalgadura, acompa-

en un campo, adonde caían las ventanas de la casa de mi tia; de allí veía yo estas competencias, oía las alabanzas del que en ellas se señalaba, y como veía que vuestro hermano era el que se llevaba las ventajas á todos, puse en él mi afición, de modo que antes que de Alba se partiese se lo di á entender por un papel que le escribí. La sustancia de él era que una dama aficionada á sus partes le pedía que antes de salir de Alba se viese con ella á las diez de la noche, dejándose llevar de la portadora del papel, que acudiría á irle guiando.

El respondió muy cortés que haría lo que le mandaba; y así, volviendo mi criada por él á la hora señalada, le di entrada en un jardín, donde si me enamoró bizarro en los ejercicios de agilidad que he dicho, me dejó rendida su discreción.

Detúvose por mí ocho días en Alba, en los cuales, como amor fomentaba las dos aficiones, dispúsolas de modo que, dándome palabra de esposo, yo le di entrada en mi aposento, y no sólo paró en esto mi libertad (que agora confieso ciega en quererle bien), sino que me fuí con él á Salamanca.

Esto se hizo volviendo de allí á quince días por mí por no dar nota con su vista entonces, que pudieran atribuirle este robo por haberse allí quedado.

Llegué á Salamanca, donde me buscó casa en que estar, acompañada de una señora anciana conocida suya.

Bien se habrían pasado dos meses que él gozaba la posesión de marido, acudiéndome cumplidamente con todo lo que había menester, cuando acertó á verme en un templo un caballero, hijo segundo de un título de los más ilustres de España, y aficionándoseme á mí, supo mi posada y dió en frecuentar mi calle con notable asistencia. Envióme regalos, ofrecióme dádivas; pero

Imitóle D. Fernando, oyendo á Hortensio estas razones, en mudar el semblante, perdiendo el color del rostro, y lo que le respondió á tanta resolución fué decirle:

— Yo he ignorado hasta ahora que esta señora tuviese respeto, y á cualquiera, que le conociera, que me pidiera cortésmente que no la hablara, le diera gusto; mas hélo oído de vuestra boca con tanta arrogancia, que me obliga á no os lo sufrir; y así, de hoy en adelante, si me diere gusto de hacer lo que hasta aquí, lo haré sin temer que ose nadie estorbármelo, siendo quien soy, pena que tengo criados que le harán dejar la afición con muchas cuchilladas y no será poca honra.

—La que á mí sobra—replicó Hortensio—me obliga á no sufrir demasías de ninguno, por noble que sea; y así, si el señor D. Fernando gusta de darme por su persona esas cuchilladas, me holgaré de ver cómo me las da en el campo de San Francisco, que allí le aguardaré desde las diez de la noche en adelante con mi espada y broquel.

Aceptó D. Fernando el desafío, saliéndose con esto uno y otro de mi posada, sin volver á verme Hortensio, cosa que me puso en notable cuidado.

Lo que resultó de la pendencia fué morir Hortensio, todo mi consuelo, y quedarme yo sin él.

Esto se hizo con tanto secreto, que no fué sabido aunque se echó menos. No me atreví á descubrir el homicida, por ser persona tan noble; quedé sin esposo, y sólo supe de este mancebo que me acompaña, y se halló en la pendencia, que se acompañó el caballero de algunos criados suyos para mi desdicha. El cuerpo de Hortensio no pareció, ni yo supe qué se hizo.

Á pocos días de su muerte me hallé más desconsolada, viéndome preñada; aconsejáronme algunas personas de la ciudad, á quien conté mis ansias (sabido lo

Regalábanla con mucho cuidado, y dentro de pocos días libró en ella su cuñada el gobierno de la casa (como la vió tan cuidadosa y solícita), fiándola las llaves de ella, cosa que Estefanía deseaba en extremo, que eso era á lo que tiraba.

Varguillas servía de criado al ciudadano, y no dejaba de acudir á la cárcel á dar á Trapaza nueva de todo lo que sucedía. El herido estuvo bueno y con visura (1) de médicos dado por tal, con lo cual Trapaza fué libre de la prisión y del destierro. Había cobrado en ella grandes amigos, por serlo de aquel caballero preso, y así, hoy con uno y mañana con otro, comía todos los días, no le faltando por lo bufón cuanto había menester, mejor que si fuera un hombre necesitado y de buen proceder.

Ibase entre los tres disponiendo la partida en la forma que Trapaza la tenía ordenada, que era con algún famoso hurto hecho al ciudadano que le había puesto en la cárcel, y los avisos de todos llevaba Vargas. Hecho el concierto de la noche que Estefanía había de faltar, tres días antes Trapaza se ausentó de Trujillo, despidiéndose de aquellos caballeros y de algunos otros amigos, los cuales, á la partida, todos le dieron donativo.

Con este dinero y más el que Estefanía le envió (como quien gobernaba y tenía debajo de su mano todo cuanto poseía el ciudadano), compró en una aldea cerca de Trujillo dos rocines de paso muy buenos, cosa importante para su fuga que pensaba hacer, y trayéndolos á la ciudad la noche que tenían concertado, Estefanía y Vargas dejaron dormir á todos los de casa, y habiendo tomado el dinero que pudo haber en oro y

---

(1) *Visura:* examen ó reconocimiento para poder dar informe ó testimonio por vista de ojos.

tos reales en plata. Estos siguieron á los perdidos, y picado Trapaza de verse ganar cuando se tenía por uno de los únicos en la flor, volvió á enviar por más dinero; negóselo la dama, y porfiando con su recaudo Vargas, halló el mismo despacho que con el primero; con lo cual enfadado, Trapaza dejó el juego, y acudiendo al aposento donde estaba su hembra, la pidió con caricias más dinero. Correspondióle con enfados, como señora del que había hurtado al ciudadano, é hízose fuerte en no dárselo, con lo cual, perdida del todo la paciencia, se atrevió Trapaza á la grosería de manotearla el rostro con algunas bofetadas.

Alzó el grito, creció la mohina en el perdidoso tahur; acudió con más, derramándose el poleo y vertiéronse las mayas, como dicen, que es alterarse la paz en buen romance; conque porfiando ella á salirse con la suya, alborotó con voces toda la venta, obligando esto á dejar el juego los tahures y entrar á ponerse en medio de la rencilla.

Compusieron á los amantes, y siendo hora de caminar, Trapaza se puso á caballo y su gente, y tomaron el camino de Córdoba, donde iban aquella noche á dormir, yendo Estefanía con un capote de un palmo, y á las ancas de su rocín, Varguillas.

No había Trapaza llegado al dinero por ver que el juego se había deshecho con su pendencia; y así Estefanía se le llevaba en una balija de cuero delante de sí. Los que estaban en la venta seguían el mismo camino de Córdoba é iban todos en compañía; toda era gente moza y de grajante humor (1). Trapaza no lo era menos; iban todos diciendo donaires y contando cuentos graciosos, conque no se sentía el camino.

---

(1) *Grajante:* no conocemos el significado de esta palabra. ¿Será errata, por *gracejante:* burlón, festivo, chistoso?

dos cuantos tenía la ciudad no halló quien le supiese dar nueva alguna de ella por las señas que daba.

Fuése, desesperado de pesar, á posar en un mesón, con determinación de levantarse de mañana y no dejar en toda la ciudad rincón en que no la buscase, porque aunque desde la pesadumbre de la venta quedó receloso de su voluntad, no se persuadía á que la mudaría dejándole, ni tampoco que Varguillas se lo consintiera. No estaba en lo cierto, porque, sentida Estefanía de que la hubiese maltratado en la venta, todo el tiempo que gastó en llegar á Córdoba, vino concertando con Varguillas irse de la compañía de Trapaza; y como viesen tan buena ocasión de meterse á poner paz en la cuestión dicha, quedáronse fuera de Córdoba con ánimo de volverse del camino y dar con sus personas en Madrid, adonde Varguillas procuró inclinar á Estefanía con ánimo de ser allí adelante su respeto y obligarla para que lo quisiese.

No fueron menester muchos ruegos, porque es natural en las mujeres escoger lo peor, y así, ofendida Estefanía del manoteado de Trapaza, quiso vengarse en dejarle é irse con Varguillas, escogiéndole por galán. Así tomaron su derrota á Madrid, donde á su tiempo se hablará de Estefanía, por volver á Trapaza, que quedó aquella noche metido en varios pensamientos de lo que había hecho Estefanía, nunca determinándose á culparla, por tener de sí confianza de que era amado de ella.

Vino el día, y levantándose de mañana nuestro Trapaza, con el cuidado de buscar su moza de nuevo, volvió á no dejar posada en Córdoba en que no preguntase por ella; no halló las nuevas que deseaba, ó ninguna por decir mejor: sólo en una le dijeron que la habían visto pasar la puente é ir camino de Sevilla, dando algunas señas de las que pedía Trapaza. Esto le

forastero pleiteante de quien ya sabían el nombre.

Sucedióle bien esto, porque el muchacho sacó el rocín y dijo lo que le advirtió Trapaza; llevóle hasta el río, adonde le esperaba su dueño; allí se le tomó, y enfrenándole brevemente se puso en él, y tomó el camino de Sevilla.

Al tiempo de volverse el muchacho por el mesón ya el forastero había venido á él y entrado á la caballeriza á ver su rocín; y como no le hallase en ella, preguntó con no poca alteración al huésped por él; él le dijo que un muchacho, por orden suya, le había llevado á beber al río.

—Yo no mandé tal—dijo el forastero.

Replicaba el huésped afirmando habérselo dicho así el muchacho, y él porfiaba que tal no había mandado.

Estando en esto, volvió por allí el muchacho; y como fuese conocido de algunos que le habían visto llevar el rocín, le llamaron. Preguntóle el pleiteante por él y él dijo de plano toda la verdad, juntamente con el advertimiento de Trapaza, conque dieron por constante que se le llevaba; íbale la reputación al huésped en no dejar pasar así aquello por no descontentar al pleiteante, porque también se iba Trapaza sin pagarle dos camas y otras cosas que había tomado de su casa. Era hombre ágil, tenía un rocín grande andador, y puesto en él, y dando otro de un forastero al pleiteante, en breve tomaron el camino de Sevilla en seguimiento del ladrón de Trapaza, bien prevenidos de armas de fuego.

Caminaba Trapaza con cuidado, pero no le tuvo en dejar el camino real con la confianza de pensar que se podía alejar mucho de ellos primero que echasen menos el hurto. No le sucedió así, porque los ofendidos siguieron el camino á toda priesa, galopando los rocines, de modo que en un llano le alcanzaron, y apeándo-

le del rocín, con los arcabuces le molieron á palos, le quitaron el rocín y cuanto dinero llevaba, y le dejaron allí, tendido en el suelo, lamentando su desdicha. Esto le sucede á quien se vale de lo ajeno por tales medios. Con la similitud de los rocines, el forastero no desconoció el que había tomado; dejémosles, que allá lo averiguará ó como mandare, y volvamos en otro capítulo al lastimado Trapaza.

CAPÍTULO IX

De cómo Trapaza se acomodó en un car ta Sevilla, cómo un estudiante les ent con una novela y la mala obra que á T y á otro caminante les hizo el carret cómo se vengaron.

Tendido en la verde hierba (así comienza mance antiguo) estaba el lastimado bachiller Tr despojado de su rocín y de los mal adquiridos d de la venta del ajeno, que esto hizo el meson oficio á título de cuadrillero de la Santa Herma no fué muy humano en la caridad con el desp mas todo lo había merecido su término. Entre el ro que le dieron de la venta del rocín, fueron cua reales de á ocho, y estos se puso en un aforro d bón, de manera que éstos le quedaron para con de su angustia.

Tomó, pues, el trote, y, como era ligero, en espacio llegó á medio día á un lugar seis legua Córdoba, donde, al irse á un mesón, vió que e para partirse un carro para Sevilla. Concertó c carretero si le quería llevar en la compañía de que en él llevaba, y concertado su flete le dió en s un real de á ocho, montándose más que reservó á gar en Sevilla. Con esto se acomodó en el carro; en él dos estudiantes de Córdoba, un maestro de mas de Ciudad Real, un clérigo de Adamuz y un m

cebo de Almodóvar, de edad de diez y seis años, muy bien vestido y con su daga y espada.

Comió Trapaza y aguardáronle á que comiese los demás, de quien fué muy alegremente recibido en el carro por compañero; conque partieron de allí.

En breve supo Trapaza de dónde eran los compañeros y él también dijo su lugar y que le obligaba á llegarse á Sevilla tener un hermano enfermo. En lo de ir á pie dió la salida de habérsele muerto un rocín en Córdoba, y tuvo razón, que el forastero se le afufó (1) de su poder y aun el dinero del suyo el mesonero.

Alegres iban todos por su camino tratando de varias materias; sólo Trapaza no llevaba muy buen humor con lo que le había sucedido, así con Estefanía como con el mesonero. Quiso un estudiante de los dos divertirlos un rato porque no se les hiciese pesada la jornada, y tomando licencia de todos, les refirió esta novela.

NOVELA SEGUNDA

Bramaba el mar Tirreno, y con sus soberbias olas amenazaba á las estrellas, pareciendo á la vista que quería turbar su luciente esplendor; la furia de dos encontrados vientos era grande, de manera que ella levantaba montañas de espuma en el salado golfo de Neptuno, causando horror ver desde tierra el cielo oscuro, tronando las nubes y de cuando en cuando mostrar entre lo oscuro de sus opacos senos los relámpagos anunciadores de los tremendos rayos. Todo era confusión, todo espanto, aun de los que se hallaban en

(1) *Afufar* es huir, escapar, pero en este caso parece estar usado en la acepción de quitar, llevar.

tierra. ¿Qué sería quien fluctuaba con las aguas y pasaba recia tormenta?

Cerca del puerto de Mesina, entre esta confusión de olas, derrotó un hombre que arrojó el mar de sí, como á una de sus algas á la orilla; venía abrazado con una gruesa tabla, que fué quien le libró de la muerte. Vieron su salvamento, desde una quinta vecina al mar, unas damas que estaban solazándose en ella un mes había, y mandaron á un criado que fuese á socorrer á aquel hombre.

Hallóle ya besando la tierra en agradecimiento de haberse librado del mar. Era un joven de veinticuatro años, hermoso de rostro, buena proporción de cuerpo, y venía con sola una ropilla de lama (1) de oro verde y en calzones de lienzo que el conflicto de la tormenta no le dejó con la priesa desnudar del todo.

A éste, pues, llegó á hablar el criado diciéndole cómo unas damas que habían vístole venir por el mar batallando con sus olas, compadecidas de él, le habían enviado á que lo socorriese. Agradeció el buen deseo y estimóle con razones discretas y de hombre prudente.

Traía orden el criado de llevarle á la quinta, y así se lo dijo; él aceptó la merced que se le hacía, y para ir allá más encubierto, arrojó de sí la ropilla y jubón, quedándose con sólo la camisa y calzoncillos de lienzo, qne por ser verano se pudo tolerar.

Advirtió en esto el criado, y dejándole ir delante, á otro compañero suyo (que acudió también allí) le dijo en secreto que se llevase aquella ropa á la quinta; no advirtió en esto el naufragante, y así se hizo sin saberlo él.

Llegaron, pues, á la quinta, donde halló en la pri-

(1) *Lama:* tela de oro ó plata en que los hilos de estos metales forman el tejido y brillan por su haz, sin pasar al revés.

mera entrada de ella tres damas que le estaban esperando, todas de singular belleza; pero una de ellas se aventajaba á las dos en esto con grandes excesos, en quien puso el recién venido los ojos admirado de ver tanta hermosura. Ella y las demás preguntaron al recién derrotado cómo le había sucedido aquella desgracia y de dónde era; á que respondió en su misma lengua siciliana (que él sabía muy bien) que era un mercader veneciano, que venía con una nave de mercadurías de Venecia, su patria, para Sicilia, y que con una recia tormenta se había abierto el vaso y perecido á más de la gente que traía con toda la ropa, y que había sido gran suerte suya poderse desnudar y echarse al mar abrazado á una tabla, en que había aligerado el peso de su persona y salvado la vida en tierra de cristianos, adonde lo primero que había experimentado en ella era su caridad, de que les daba las gracias.

Pagadas las dejó á las damas la persona del forastero y sus razones. Preguntáronle su nombre y dijo llamarse Filipo, con cuyo nombre le llamaremos de aquí adelante.

Aquella dama. superior á las dos en belleza mandó al criado que le había traído que le llevase consigo y que en la recámara de su padre le vistiese de algún vestido lucido de los de su merced. Hízolo así el criado; vistióse Filipo desde la camisa hasta todo lo demás, y mientras se vestía preguntó al criado que por cortesía le dijese quiénes eran aquellas damas. El le dijo que la más hermosa era hija del duque de Calabria, única heredera suya, y las otras sus primas. El nombre de su señora era Lucendra y los de las primas (que eran hermanas) el de la mayor Laudomira y la otra Lineydas.

Holgóse mucho el forastero de que aquella dama fuese de tanta calidad como le decían, que estando en su casa no podía dejar de recibir merced de ella.

Acabóse de vestir un vestido de color, de lama de oro parda, guarnecido con alamares bordados; dióle aderezo de espada y daga dorada, sombrero con muchas plumas pardas y doradas, y muy á lo soldado se volvió á presentar á los ojos de las tres damas, que se holgaron sumamente de ver cuán galán era, en particular la hermosa Laudomira, que puso en él los ojos con alguna amorosa y casta afición.

Allí dió las gracias á la hermosa Lucendra de la singular merced que recibía, y ella le dijo:

—Yo espero aquí brevemente al duque de Calabria, mi padre, que no se holgará poco en saber lo que he hecho contigo; en tanto, te puedes estar y descansar en esta quinta, y si del trato de su Excelencia y casa te pagares, no teniendo por el presente otra comunidad, te puedes quedar hasta dar aviso en tu tierra á tus parientes y amigos de lo que te ha sucedido.

A esto respondió Filipo:

—Hermosísima Lucendra, á mí me sobra la merced que en vuestro ofrecimiento me hacéis y es mayor la comodidad que yo merezco, y de suerte que, olvidada mi patria, gastaré lo que me quedare de vida en servicio del duque, mi señor y vuestro, no saliendo de vuestra casa, pues tal amparo he hallado en ella.

Deseó Lucendra saber qué letra hacía y mandóle escribir; hízolo, y aunque no era muy asentada, le pareció sería bastante para ocupar el oficio de secretario suyo, que hacía poco que se le había ido á España el que tenía.

Con esto se le señaló alojamiento, y por acercarse la noche le mandó Lucendra recoger. Ella quería hacer lo mismo, cuando el criado que le había traído allí entró en su cuarto, y diciendo que la quería hablar aparte, se apartó con él á otra pieza, donde la dijo:

—Vuesa Excelencia sabrá que cuando quise traer

á vuestra presencia á Filipo él traía vestida una ropilla y jubón que son los que aquí veréis (y mostróselos), y éstos se quitó y arrojó de sí, y yo, viendo que en tanta necesidad y aflicción hacía aquello, lo extrañé y encargué á Leonela se lo trajese secretamente.

Vió Lucendra la ropilla y jubón, y, como está dicho, la ropilla era de lama de oro verde, muy guarnecida de alamares de plata y oro; el jubón era de ámbar, bordado también de oro, con matices verdes, cosa que puso en grande admiración á la dama.

—Pues no para en esto—dijo el criado;—que sin advertir en ello, con el susto terrible de su derrota, dejó al ojal del mismo jubón esta bolsa de reliquias, que no la he abierto hasta que vuesa Excelencia lo haga.

Era la bolsa de cuero de ámbar, toda ella era bordada, algo crecida; en ella estaba metido un relicario de oro y diamantes, y en dos puertecillas que le cerraban había dos retratos, uno de dama de mucha hermosura y otro de un caballero parecido á Filipo, el cual tenía al cuello el Toisón de Oro que da el rey de España, insignia bien conocida de Lucendra; conque se acabó de admirar y de tener al forastero por persona de mayor porte que el que había publicado, y si hasta entonces había dormido la voluntad aunque le había visto, desde aquel punto despertó para amarle con alguna pensión de celos que le daba el hermoso retrato que vió en las puertecillas del Agnus, porque se presumió (como era cierto) ser de alguna dama que tuviese.

Encargó mucho á Camilo (que así se llamaba el criado) que no dijese nada á nadie de aquello que había visto, hasta averiguar del todo quién fuese aquel forastero.

Con esto se retiró á cenar con sus primas, y con el cuidado grande que le daba el recién venido, cenó poco y durmió menos, que una pasión recién nacida inquie-

Él dijo que en su servicio estaba, y dispuesto desde aquel día á agradarla, que era sobrada ocupación á su poca calidad y suficiencia; pero que sus fuerzas procurarían ajustarse á su ánimo, que era de no faltar á su gusto.

En esta y otras materias diferentes que se trataron hallóla discreta y hermosa. Lucendra muy capaz á Filipo; de manera que se acreditó desde aquel día de bien entendido.

Llegaron á esto las primas, y Laudomira, con la demasiada atención que puso en el forastero, descubrió su voluntad á quién penetraba ya los pensamientos, que era Lucendra, como interesada en quererle, y así, habiendo tenido intento de descubrir el secreto de las prendas qne le hallaron á su prima, viendo esto, propuso celarse de ella de allí adelante.

Mostrábase tan contento Filipo de estar en servicio del duque, que no hablaba en otra cosa con los criados, estando ellos no poco envidiosos de verle en tan breves días con tanta privanza con la hermosa Lucendra, que es muy propio de los palacios de príncipes y grandes señores no faltar en ellos muchas envidias de las medras de otros, ó de las ventajas y favores con que se ven excedidos en el entendimiento, porque son elegidos á mayores puestos de los señores.

Vino el viejo duque de la corte de Sicilia; recibióle su hija con el contento que se puede creer de quien tan de veras le amaba; presentóle á Filipo, díjole su desgraciado naufragio, exageróle su talento, y el anciano duque confirmó la elección que había hecho su hija en hacerle secretario suyo.

Desde aquel día comenzó Lucendra á hacer averiguación de la calidad de Filipo, enviando á Venecia, su fingida patria, á saber si tal mercader había en aquella gran ciudad, de quien se publicase la pérdida de su nave, señalando el día de ella.

Esto se cometió al embajador del rey de Sicilia que asistía en aquella poderosa República; pero aunque hizo con todo cuidado la averiguación posible, no halló que tal hombre hubiese en Venecia, sino uno que asistia allí, ni se supo tampoco entre los navegantes y mercaderes tal pérdida, que es de ordinario quien más presto lo sabe, porque ninguno parte á otro reino á vender su hacienda que no se lleve las de otros amigos encomendadas, y, faltando éstas, era cierto saberse la tal pérdida.

Con esto, tuvo aviso Lucendra de ser falsa la relación de Filipo, aunque tuvo en breve otra del reino de Nápoles, en que el príncipe de Salerno, habiéndose embarcado y tomando la derrota para Sicilia, se había anegado en el mar, y que aquel Estado había quedado sin sucesor por ser mozo, y le pleiteaban dos damas primas suyas, aguardando la sentencia á su favor quien más derecho tuviese á él de las dos.

Por esto le hizo á Lucendra pensar que fuese éste el fingido Filipo, y así anduvo con algún cuidado por hallarse en ocasión con él, en que por cifra supiese de ella que sabía era más de lo que había manifestado antes de verse en ella. El criado, que le mostró la joya, reveló á Laudomira este secreto y cómo lo sabía Lucendra, conque la dama entregó del todo la voluntad al amor, y para darle motivo á que comenzase su galanteo, un día que estaba en un retrete Filipo respondiendo á unas cartas que le habian escrito á la hermosa Lucendra (estando él de esto muy descuidado), por entre la puerta, que estaba medio abierta, le arrojaron un papel; vióle caer, y levantóse con mucha presteza á ver quién se lo había arrojado; mas por mucha que se dió en salir del retrete, se le escondió Laudomira, que era quien se atrevió á esta acción por no fiarse de nadie.

Alzó el papel del suelo y en él leyó estas razones: «Una dama de su Excelencia desea que paséis una mala noche por ella, fiando que vuestra cortesía sabrá pasar muchas por quien le sepa obligar con favores. A la ventana última de la galería que cae al jardín, os espera después que la gente esté recogida. El cielo os guarde.»

Determinóse Filipo á ir á verse con esta dama á la hora concertada, no presumiendo que fuese Laudomira la que le llamaba ni su hermosa hermana, sino alguna dama de Lucendra.

Volvióse á la ocupación que tenía, y estando en ella, fué llamado de Lucendra por una dama suya; acudió á su cuarto á ver lo que le quería y hallóla escribiendo. Pidióle una carta que le había dado para que se la consultase después, y con la turbación de ver su hermosura, Filipo le dió envuelto con la carta el papel que poco antes había recibido, sin reparar en ello; tomólo todo Lucendra y mandóle que acabase de responder á las cartas que tenía á su cargo, conque dejó su presencia.

Bien echó de ver Lucendra el otro papel que turbado le había dado sin ver lo que hacía, y por eso le despidió luego, que quiso ver si era suyo para ella. Pues como quedase sola, abrióle y conoció ser la letra de su prima, cosa que sintió en extremo, dejándola los celos abrasada.

Quiso gozar la ocasión, y así aquella noche ocupó á su prima de manera que, dejándola con su hermana y á las dos cerradas en su aposento, ella salió á la media noche á la galería; desde ella vió á Filipo que estaba esperando ser llamado de ella, hízole una seña, conque llegó á ponerse debajo de donde estaba la ventana.

Lucendra, disimulando la voz, le dijo:

—Mucho habréis sentido, Sr. Filipo, la mala obra

que os habré hecho en dejar la quietud de la cama por el sereno; mas de quien es tan galán como vos me prometí que al mandato de una dama vendríades muy obediente, como yo lo experimento, sin sentir perder las comodidades de la cama y sueño.

—Habéis acertado en conocerme la condición—dijo Filipo,—que es siempre de servir á las damas, y por la primera vez fuera grosero término no venir aquí muy de voluntad.

—¿Y por la segunda?—replicó ella.

—De la segunda no os digo nada, que yo soy tan leal criado de la hermosísima Lucendra, que todo aquello con que sé que se ha de disgustar huyo de delinquir en ello; sé que hace confianza de mi persona; véome indigno de merecer este favor que recibo; sé que mi humildad no se debe colocar en empleo tan superior con el fin de matrimonio, y así, conociendo todo esto, veo que para pasar tiempo me pongo á riesgo de desdecir de la opinión en que me tienen, y así esta noche sabré lo que me mandáis en qué me ocupe de vuestro servicio, y lo que de él más se os ofreciere me lo podréis avisar por el modo conque me avisasteis que viniese aquí.

—¿Por qué modo fué?—dijo Lucendra (como ignoraba de la suerte que le habían dado el aviso).—Que yo encomendé á una amiga que os diese aquel papel.

—Arrojándomele—dijo él—en el retrete donde escribo.

—Ya quedo advertida—dijo ella,—pero agraviada de que seáis tan poco cortesano que á la primera noche me desahuciéis de que no volveréis á hablarme. ¿Qué sabéis lo que traigo que deciros en vuestro favor?

— Cualquiera cosa — dijo él — que sea, será para entreteneros conmigo, como nuevo en esta casa, y no me habéis de persuadir á otra cosa.

—Y si yo fuese tercera — dijo Lucendra — de unos

amores ocultos de que vos no tenéis noticia, ¿qué me diríades?

—A mucho os aventuráis—dijo él,—y sois muy moza para tomar eso por vuestra cuenta.

—¿Cómo echáis de ver que lo soy? —dijo ella.

—En que vuestra palabra—dijo él—me asegura que esto es verdad, y que siendo anciana, no buscárades horas incómodas para hablarme.

—Veis cómo voy echando de ver—dijo ella—que habéis sentido el sueño que os he quitado; pues á media noche os parece hora fuera de costumbre, ¿qué más dijera una delicada doncella?

—No me afrentéis—dijo él,—que no sabéis lo que yo sé hacer cuando me importa, y el sueño que pierdo cuando quiero bien.

—¿Habéis tenido amor—dijo ella,—que dudo de esto?

—Sí, he tenido—replicó Filipo,—y tanto que no quisiera hablar en este particular por la pena que siento tratar en él.

—Yo os daré un buen despique—dijo ella;—sabed que una dama de mi señora desea que la comuniquéis mucho, si bien con secreto, por esta ventana ó por otra parte por donde fuéredes avisado, y esto hace aficionada á vuestras partes; mal galán haréis si temores os hacen dejar esta empresa, en que os aseguro una gran dicha si llegáis á lograr este empleo.

—Muy mal galán haré con la voluntad sola, desdiciendo de mi condición, que es servir á mi dama no sólo con finezas de afición, sino con presentes y regalos, que en esto se conoce el verdadero amor; de esto carece un forastero recién llegado á este reino, sin conocimiento de nadie, arrojado de la fortuna en esta tierra, que parece segundo nacimiento el mío, pues salí desnudo á la orilla del mar.

— ¿No os quedó alguna joya siquiera de vuestros naufragios? — dijo Lucendra maliciosamente.

Aquí reparó Filipo, que hasta entonces no se había acordado, que en el jubón que arrojó cuando salió del mar, iba el relicario de diamantes con los dos retratos, y presumió si acaso lo habían hallado y aquello se lo decían por esto, y así respondió: qué joya había de sacar quien se quisiera desnudar del pellejo por venir más ligero á ser posible.

— Ahora bien — dijo Lucendra enternecida, — no os piden dádivas, ni esas galanterías aquí, sino que améis firmemente, y así por esta noche sólo os pido que no faltéis la que vendrá, no hablándome aquí, sino á una reja baja de ese jardín, y esto ha de ser más tarde.

Ofrecióselo así Filipo, conque se despidió Lucendra muy contenta con esperarle la futura noche. Diferente gusto tenía Laudomira, su prima, pues con la ocupación en que la puso y el ver la puerta de su aposento cerrada, se le malogró el verse con Filipo, conque no pudo dormir de pena, sospechando si Lucendra llegó á saber algo del papel, á que no podía persuadirse; y así quiso asegurar á su prima por unos días sin avisar á Filipo.

La siguiente noche acudió á la hora señalada Filipo, y halló á Lucendra en la reja que le había avisado que acudiese, habiéndose fiado de una dama, su privada, que le hacía centinela, temiéndose de Laudomira.

Hablaron en varias cosas, declarándose Lucendra ser ella la dama que deseaba ser servida, cuyo nombre no le decía por entonces hasta ver conocido de sus finezas que le mereciese saber, y porque no sintiese hallarse imposibilitado para servirla, ella no quería más de él que una firme fe y una pura voluntad Ofrecióle Filipo tenérsela, y al despedirse aquella noche, Lucendra

le arrojó un lienzo en que iban envueltas joyas de mucho valor.

No vió lo que le daba Filipo con la oscuridad de la noche; y así en su aposento, desdoblando el lienzo, vió las joyas, cuya riqueza le admiró y puso en grande confusión, no sabiendo quién sería la dama que dádivas de tan grande precio le había dado, porque dudaba que fuese de las que servían á la hermosa Lucendra, y persuadíase á que sería una de sus dos primas. Estas joyas mandó comprar Lucendra en la ciudad para dar á Filipo, porque las suyas no fuesen conocidas.

La Corte estaba entonces en Mesina, dos millas de aquella quinta, y el duque de Terranova, deseando que su prima volviese á la Corte, publicó un torneo para el día de San Juan, del cual quiso ser mantenedor. Previniéronse galas é invenciones, no dudando ninguno de cuantos entraban en él de gastar; como eran enamorados, lo hacían con mucho gusto.

Luego que se supo la publicación del torneo en la quinta, esa noche, viéndose Filipo con la encubierta dama, que aun no le había dicho su nombre, trataron del torneo, diciéndole ella cómo era fuerza que su señora Lucendra fuese á la Corte á verle, pues por su causa se hacía; cosa que ella sentía mucho, por dejar la comodidad de la quinta y el verle.

Filipo, llevado de su inclinación generosa, y no acordándose de la profesión y ejercicio que publicó tener cuando allí vino derrotado, dijo que, á no hallarse forastero y solo, él se holgaría de tornear.

Mucho gusto recibió Lucendra de oirle esto, porque ya en ello descubría su ilustre sangre, pues era cierto que siendo mercader no se levantaran los pensamientos á tal ejercicio, propio de los caballeros generosos, y así le dijo que si él quería tornear tendría ella mucho gusto de ver cómo lo hacía, y que porque se le cum-

queréis encubrir. Por vida mía, que yo sea desengañada y que alcance de vos el saber esto, y creed que si me sale mi sospecha cierta (como lo espero), podéis vos esperar mayores aumentos.

Confuso se halló ahora Filipo, viendo que la que le hablaba ahora conocidamente era Laudomira, diferenciándose en la habla mucho de la otra dama; veía que instaba en que la dijese quién era; pero satisfecha de su relación, veía que le daba luz de las prendas que había dejado en la ropilla y jubón, y que daba su riqueza indicios de ser más que mercader y de Venecia, cuya República pone la mira de su buen gobierno en que ninguno de ella traiga costosos trajes, principalmente la gente de pueblo, como él había fingido ser, y sin esto, temía que el perdido relicario no manifestase en su retrato el porte de su gran calidad.

Lo que respondió á la dama fué:

—Hermosísima Laudomira: yo no puedo negar que esas prendas las arrojé de mí al tiempo del venir á esta quinta, no porque hallasen indicios de mayor calidad, que esa no la tengo más de la dicha, sino porque lo mal tratado del agua no diese asco á quien me viese, y aunque yo sea veneciano, guardaré los estatutos de mi república en ella; mas fuera de mi patria, si no lo niego, por lo menos por mi porte quiero ser tenido en más que mercader, y así me vestí costosamente. Mas llegado á preguntarme la verdad, y más una tan gran señora como vuestra hermosa prima, hiciera muy mal en negarla donde esperaba amparo y el favor que ahora recibo. Esto es lo que os puedo decir á lo que me preguntáis, y si más fuera, por dejaros segura de vuestra sospecha lo supiérades de mí.

Bien echó de ver Laudomira que se quería encubrir, y por entonces no quiso apretarle más en aquel particular, sino pedirle que viniese allí la noche siguiente

gaño, estimando el gran favor que le hacía y ponderando que á sus cortos méritos era exorbitante. Encargóle el secreto y por ningún caso manifestase con acción pública que ella le favorecía que en aquel punto perdería su gracia, y aun la vida. Así se lo prometió, conque estuvieron pasando la noche en varias pláticas.

Y volviendo á tratar del torneo que se esperaba, le preguntó Lucendra si estaba con intención de entrar en él, como lo había dicho; él dijo que sí.

—Pues si es así—dijo ella,—tomad ese papel y adiós, que es tarde.

Dióle un papel y fuése, el cual visto después á la luz vió ser una cédula de un mercader, en que decía á otro para quien iba dirigida que á la persona que aquélla entregase le diese mil doblones en oro. Admiróse Filipo de esta fineza y advirtió que estas galanterías nacían de ser en algo conocida su persona, porque su buen talle no humanara á una señora á hacer aquellas finezas; no obstante que era tan discreto que su confianza no le desdecía de esto, presumiendo poco de sus partes miradas sin su calidad, dejó hacer al tiempo, teniendo siempre en propósito de no descubrirse hasta ver el fin de aquel torneo.

Ibase disponiendo la fiesta á toda priesa, y sólo faltaban tres días para el señalado, conque siendo convidado el duque á ella y su hija, hubieron de dejar la quinta é irse á sus casas á Mesina. En aquel breve tiempo, Filipo, con el mayor secreto que pudo, fué previniendo sus galas y vestidos de sus cuatro padrinos, que habían de salir de embozo, fiándose de esto de un criado napolitano que había recibido, el cual sabía quién era y de él había fiado aquel secreto, ofreciéndole tenerle siempre, hasta que fuese su voluntad de hacer otra cosa.

Mientras el duque estuvo en Mesina, no pudo hablar

con Filipo Lucendra de noche, como acostumbraba, ni tampoco Laudomira, cosa que las dos damas sentían mucho, porque estaban muy aficionadas á él.

Llegóse el día del torneo en que el duque (1) se prometía que, acabado, había de dar la mano á Lucendra, con la voluntad del duque, su padre, porque ya se había dado cuenta al rey y tenían la dispensación de Roma, traída.

Habiendo, pues, acabado de comer, el rey salió al balcón de su palacio, que caía á una gran plaza, la cual estaba cercada de tablados ricamente adornados de varias y vistosas telas; en medio había otro tablado de cien pies en cuadro para tornear. Tenía cuatro entradas para hacerlas los combatientes. A un lado de él estaba una rica tienda de campaña; ésta era de brocado para que descansase en ella el mantenedor, su ayudante y padrinos con todos los caballeros que torneaban.

Vino á la plaza la hermosa Lucendra y sus primas, bizarrísimas de galas; acompañaban su carroza todo lo lucido y noble de los caballeros de la corte; subieron á palacio y ocuparon un balcón largo de él, donde había otras muchas damas, no menos bizarras y hermosas.

Llegó la hora, y oyéndose grande cantidad de varios instrumentos, vieron entrar por la una parte de su plaza cincuenta cajas y pífaros (2), vestidos todos de tela de plata verde, guarnecida con muchos pasamanos y alamares de oro, sobre pestaña leonada, que eran estas las colores de la hermosa Lucendra. Seguíanse á éstos doce padrinos vestidos de tela riza verde, bordados los vestidos con torzales de oro y leonados. Detrás de éstos salió el mantenedor, de lo mismo que los padrinos; calzones y tonelete guarnecidos de luceros de plata,

---

(1) De Terranova.
(2) *Pífaro:* s. ant., pífano.

armas blancas listadas de verde y un grande penacho verde y leonado, puestos por empresa, un bordón de plata y encima un lucero grande de plata.

La letra era esta:

Yerra aquel que peregrina
Sin aquesta luz divina.

Hizo su entrada airosamente, púsose en su puesto, y dejando la pica de guerra con que entró, le dieron una de combatir.

Siguióle luego su ayudante, que era un título de Sicilia, que no salió menos lucido, así de colores como de cajas, padrinos y todo lo demás.

Su empresa, la de los que le sucedieron y las galas de todos, dejo de expresar por menudo; sólo diré que el torneo se comenzó.

Había estado al principio viendo la entrada Filipo, cosa que extrañó Lucendra viendo el sosiego con que estaba, juzgando de esto que la había engañado con decir que quería entrar en el torneo. No se había aguardado hasta aquel punto en balde Filipo, sino sólo para hacer una treta á Lucendra, y era que, como ella se había fingido Laudomira, su prima, aquella noche quiso darle un picón (1), con su mismo engaño, y así, poniéndose en puesto donde pudo dejarse ver de Laudomira, le hizo una seña de cómo iba á armarse; esto sin mirar por entonces á Lucendra.

No le entendió Laudomira por no haberle avisado de esto, y así le dió á entender que ignoraba lo que le decía. De nuevo le hizo la seña, partiéndose de allí, dejando con esto á Lucendra casi fuera de sí de pena, sintiendo que ella misma se había hecho el daño en

(1) *Picón:* el chasco, zumba ó burla que se hace para «picar» á alguno.

haberle dicho que era su prima, y no veía la hora de deshacer lo que había hecho sin declararse.

Bajóse Filipo del balcón, y fuese á una casa donde le estaba aguardando su criado con ocho cajas y cuatro padrinos, vestidos todos de tela riza azul con alamares de plata color, que era de Laudomira. Él sacó unos calzones y tonelete de tela azul, bordados de ojos de plata y negro; el manto, que le arrastraba por el suelo, gran parte era de la misma tela y bordadura; el penacho, de plumas azules y blancas, y por empresa un sol cercado de lucientes rayos, y decía la letra:

Cobarde es quien se retira,
Puesta en vos siempre la mira.

Aludió al fin del nombre de Laudomira. Con estas galas entró Filipo en la plaza, bizarrísimo, excediendo á cuantos habían entrado, de modo que se llevó los ojos de todos, alabando su gala y su buen aire.

Llevó calada la vista (1) por no ser conocido, y así no lo fué sino de sola Lucendra, pero con sentimiento de ver cuán á la clara se manifestaba por de Laudomira, su prima, maldiciendo entre sí su mal acuerdo en haberle engañado, pues sólo había servido de empeñarle en aquella afición y favorecerle contra sí. Si excedió á los torneantes en gala Filipo, no lo hizo menos en el combate, pues tocándole verse con el duque le ganó precio (2). Éste dió á la hermosa Laudomira con que de nuevo atravesó el corazón de Lucendra, que cada cosa de éstas era saeta que le penetraba las entrañas.

(1) *Vista:* aquí está empleada esta palabra en la acepción anticuada de *visera*.

(2) *Precio:* el premio ó prez que se ganaba en las justas. Eran varios los premios: el de pica, el de mejor espada, el de la folla, el de más galán y el de mejor invención.

Llegóse el tiempo de la folla (1); en ella corrió la valla dos veces, á pesar de uno y otro puesto, y así se llevó después de ella dos precios: uno de folla y otro de más galán.

Estos dos dió juntos á la hermosa Lucendra, poniendo esto cuidado á Laudomira; pero aun con ser señora de ello Lucendra, no perdió del todo el recelo que de su prima tenía, culpándose á sí en ser ella la causa de él.

Acabóse el torneo de noche, y cuando todos se habían prevenido de hachas, Filipo excusó esta prevención, y encubriéndose de los ojos de todos por la confusión que había, sin toque de caja ni pífaro, se volvió á la casa donde se había armado.

No fué tan á su salvo que no le siguiese un pajecito por orden y mandado de Laudomira, que estando ella incierta de quién aquel caballero fuese, se lo mandó, y así el muchacho anduvo tan diligente en servirla que la trujo nuevas cómo era el secretario del duque su señor, el combatiente; juraba haberle visto desarmar.

Esto se publicó por la casa del duque, de modo que cuando Filipo volvió de desarmarse ya todos lo sabían; pero era cosa increíble para todos, por haberle visto estar al principio del torneo allí y saber que no podría tener con qué lucir de aquella manera.

Los que esto deshacían eran los envidiosos que tenía, que no querían que aun se dijese tal de Filipo, el cual, cuando le vieron, á modo de fisga le comenzaron á dar la enhorabuena de lo bien que había torneado. El se halló al principio confuso y tardó en responderles, admirado de que se hubiese sabido tan presto que él

---

(1) *Folla:* lance del torneo, en que después de haber torneado cada aventurero con el mantenedor, divídense en dos cuadrillas, luchando una contra otra, sin orden ni concierto.

había torneado; mas, por si hablaban en duda, lo echó en chacota, y en burlas admitía las enhorabuenas que le daban, con una falsa socarronería; de modo que dejó con esto deslumbrado á los que tenían por el pajecillo alguna luz de que había torneado.

Al volver acompañando á Lucendra á su casa, una dama de las suyas, que era la privada, le dió un papel á la salida del cuarto de Lucendra. En él leyó esto:

«Esta noche os aguarda quien sabéis, á una reja baja del jardín; no faltéis de verla y adiós.»

Leyó Filipo esto y luego se pensó que sería Lucendra, á quien determinó dar un lindo picón aquella noche, llevando el engaño adelante.

Llegóse la hora, y acudiendo Filipo á la señalada reja, halló en ella á Lucendra, la cual le dijo muy contenta:

—Filipo, no hay que negaros que estoy muy agradecida de que hayáis en mi servicio salido al torneo, donde tanto habéis lucido; no creyera que los mercaderes de Venecia sabían usar tan bien, en los actos militares, de las armas.

—Todo lo ejercemos allá—dijo Filipo, muy falso,—y en mí no era mucho que me esforzara el deseo que llevé de serviros, que ese me hizo salir bien del torneo, cosa que la he practicado poco; mas quien es aficionado á las armas, como yo, con un ensayo que vea, tengo harto.

—También os agradezco—dijo ella—el premio que me enviasteis; si bien estoy quejosa de que salió mejorada mi prima en tercio y quinto, pues se llevó dos de vuestra mano.

—Hícelo—dijo él—por dos cosas: la una por el disimulo, y la otra, porque, á ser conocido, era fuerza que echara de ver que, en reconocimiento de dueño mío, la servía más que á otra dama.

—No sabéis—replicó Lucendra—cuán poco la debéis.

—¿Qué tanto? — dijo él.

— Que si ella supiera que yo estaba aquí, y más con vos — dijo ella, — os dijera mañana tantas pesadumbres que os obligara á dejar su servicio, y á mí no me viera la cara en un mes con afabilidad.

— ¿Qué, tan terrible condición tiene? — dijo él.

— Es insufrible — dijo ella.

— Pues haga lo que mandare — replicó Filipo, — que ya que desea estorbaros de que os divertáis, por mi parte no se le logrará ese intento; que amándoos firmemente y pagándome mi amor vos con favorecerme, irá en aumento cada día.

— Lo que podrá culparme — dijo ella — es que favorezca á un hombre desigual mío; pues de él no sabemos más de que es mercader veneciano.

— Por eso no os acobardéis — dijo él, — que si hasta ahora lo he dicho, ha sido porque me pareció, cuando aquí llegué, encubrirme; mas ya os digo que tengo más calidad de la que pensáis.

— Pues ¿quién sois? — dijo ella muy contenta de que iba descubriendo tierra en lo que tanto deseaba saber.

— Soy un caballero español — dijo él — de la más ilustre familia de Cataluña y mi nombre es D. Hugo de Cardona.

— He oído ese apellido — dijo ella.

— Es el más conocido y estimado de España — dijo él, — de cuya casa hay algunos títulos, y yo soy hijo segundo de uno.

—Ahora habladme español — dijo ella, — veré si me tratáis verdad.

— Yo os la trato, hermosa Laudomira, como persona que desea tanto vuestro empleo — dijo él, hablando esto en español, que lo sabía hablar sin acento alguno italiano.

saber del príncipe y á que le trujesen un retrato, y esto lo tenía secreto, aguardando esta ocasión para declararse con él; no pudo el fingido Filipo (ya Rugero) negar á Lucendra la verdad, y así confesó ser el príncipe de Salerno. Quiso saber la causa de su salida de Nápoles la dama, y para contársela de espacio, él tomó asiento á su lado en aquel cenador, diciendo así:

—«Servía en la cámara de Arnesto, rey de Nápoles, á quien su Alteza hacía tanta merced, que era yo el archivo de sus secretos; entre los que me descubrió, fué decirme un día que se hallaba enamorado de la princesa de Orbitela, que era la que á todas aventaja en hermosura en aquel reino. Deseara yo que no me diera parte de esta afición ni de otras, pues no servía de más que hacerme inquieto, llevándome á ver estas damas todas las noches, cosa que la reina, su madre, sentía mucho. Esta dama era bizarra, como he dicho, y de lo más calificado de Nápoles; su estado era riquísimo, y así tenía algunos príncipes por pretensores que la galanteaban para casamiento. A ésta me mandó el rey que visitase de su parte y la dijese cuán aficionado le estaba y que permitiese dar lugar á que una noche la visitase. Fuí con este recaudo; recibióme Casandra (que así se llama la princesa) afablemente; oyó el recaudo, y á su respuesta dijo estas razones:

—A venir el recaudo, Sr. Rugero, de vuestra parte y no de la del rey, le estimara en más, porque de ella me venía á estar bien, granjeando en vos un gran príncipe que me sirviese para ser mi esposo, antes que un rey que me pretenda para ser su dama, tan á costa de mi opinión. Bien sé que esto, así como os lo digo, no se lo habéis de decir á su Alteza; pero diréisle que soy su sangre é hija del mayor soldado que ha tenido la Corona de Nápoles, de quien fió siempre el gobierno de la guerra contra sus poderosos enemigos. Murió sirviendo, y no

suyos en que me enviaba á llamar; vime con ella, y no halló en mí la correspondencia que quisiera, todo por causa del rey.

Pensó ella que yo tenía alguna dama en Nápoles, y á esto atribuía mi remisión en servirla.

Gustó el rey que yo fuese mantenedor de una justa, fiesta que trajo por servir á Casandra; yo previne galas, saqué invenciones y dispúselo todo para el día señalado. Uno antes me envió Casandra una banda bordada y un relicario, en cuyas puertecillas envió su retrato junto con uno mío que hizo sacar de otro de mi casa. Yo estimé el favor, y el día que me estaba armando, habiéndoseme olvidado, le pedí para llevar conmigo. Fué por él el conde Alfrido, que me ayudaba á armar, y desde donde le tomó hasta dármele, pudo su curiosidad abrirle y ver en él el retrato de Casandra, cosa que le admiró.

Era el conde compañero mío en la cámara del rey, y estaba envidioso de mi privanza, y, para descomponerme, dió, después de la fiesta, cuenta al rey del favor que él dijo, aun sin saberlo, ser de Casandra. Alborotóse el rey con esto mucho, y atribuyó su desprecio á que estaba aficionada de mí. Disimuló por entonces su pena, y trató con el conde de ver el relicario mío; esto se lo facilitó con decirle que pues los de la cámara hacían la semana que les tocaba servir, durmiendo en palacio, que entonces procuraría quitarle de la cabecera de la cama. Así sucedió, viendo el rey por sus ojos lo que no quisiera. Volvió el relicario á su lugar, y un día que me halló á solas, me dijo que ya sabía la causa por que Casandra no le favorecía. Yo le pregunté que por qué, y él entonces me dijo cómo el galantearla yo estorbaba no hacerle favores, y que él sabía que me los daba de su mano, declarándose hasta decirme lo del relicario. Yo, sin turbarme nada, le dije:

— Señor, vuestra Alteza me culpa ahora, y si supie-

—Rugero, ¿qué causa os ha movido á encubriros en mi tierra sirviendo?

El, algo turbado, le dijo que había salido de Nápoles tan en desgracia del rey, que no quería que supiese dónde estaba.

Quiso saber el de Sicilia por qué se había venido de Nápoles. Díjoselo Rugero sin faltar nada, de que se admiró el de Sicilia. Aquí halló Rugero buena ocasión, y le dijo cómo pensaba naturalizarse en Sicilia, quedando en ella por vasallo suyo como su Alteza gustase, que él casase con la hermosa Lucendra, hija del duque de Calabria, de quien era muy favorecido.

Admiróse el rey que tan pronto hubiese hallado tan buen empleo, y prometióle facilitar con el duque su casamiento, si bien veía lo que estaba concertado con el duque de Terranova; mas si Lucendra no tenía gusto de esto, era cansarse su padre en balde.

Aseguróselo así Rugero, con lo que el rey, mandando llamar al duque, le dijo todo cuanto había en esto y cómo su hija amaba á Rugero. Persuadióle á que la casase con él, pues esta afición estaba tan adelante, y acabó con el duque que, sabida la voluntad de su hija, se haría luego el casamiento. Súpola y declaróse con su padre, diciendo que amaba á Rugero y que no sería otro su esposo sino él.

Viendo, pues, que el duque de Terranova quedaba quejoso, quiso Rugero contentarle con ofrecerle á una prima suya, princesa de Conca, por esposa. Efectuáronse las dos bodas con muchas fiestas, con que los novios quedaron muy contentos con sus esposas, en quien tuvieron felice sucesión.

A todos dió contento la novela que había referido el estudiante á los compañeros del carro, los cuales, gus-

mar á los caminantes á almorzar y hacer luego poner las mulas al carro.

Al querer subir en él los estudiantes, dijeron al carretero que no era razón dejar ir á pie á los compañeros, habiendo concertado flete con ellos. Juraba el carretero que no habían de ir con él, pues habían tenido tan grosero término en no haberle socorrido viéndole perdidoso.

Todo lo oían Trapaza y Pernia, y estaban quietos escuchándolo, jurando Trapaza que se lo había de pagar el carretero ó no sería quien era.

Partió el carro, dejándolos á pie dos jornadas de Sevilla, con muy poquito ó casi ningún dinero á los dos, porque haciendo Trapaza alarde del que traía, sacó tres reales que solos le habían quedado del último real de á ocho que trocó. Pernia no tenía más que cinco cuartos.

Al fin, por aquel día, vieron que era suficiente el dinero para poder comer los dos, y levantándose, pagada la cama, almorzaron y pusiéronse en camino apostólicamente. Iba Trapaza echando rayos de cólera contra el carretero, maquinándole alguna burla para que se acordase de él. De esta suerte caminaron con buen aliento, tratando de varias cosas, hasta que descansando á medio día en una sombra de una alameda, comieron allí lo que habían sacado de la posada, y habiendo dormido un poco, se levantaron á proseguir el camino. Topáronse al carro y por no encontrarse con él, rodearon un poco y pasáronle delante, de modo que antes que él llegase con más de dos horas, ya ellos habían llegado á Villanueva del Río, donde preguntando Trapaza si allí había familiares ó comisarios del Santo Oficio, le dijeron que sí.

Fuése á casa del comisario, que era un sacerdote anciano muy buen cristiano y escrupulosísimo. Á éste dijo Trapaza:

Turbóse el carretero viendo tan impensado prendimiento y hallándose inmune de delito contra la fe; que él nunca pensó que el jurar y blasfemar era caso de Inquisición, sino requisito de la carretería, que era forzoso usarle, pena de ser mal carretero. Lleváronle á la cárcel preso, y luego volvieron por la gente que venía en el carro, que llevaron á casa del comisario, donde les fueron tomados sus juramentos y hecho las preguntas que á Trapaza y á Pernia. Lo que en sus deposiciones dijeron, fué que muchas veces le habían visto jurar despechadamente, con poco recato y muy á menudo, explicando con esto algunos juramentos de los más abultados, conque escandalizaron los oídos de nuestro comisario; pero no de manera que le pareciese que era para remitirle á los señores del Santo Oficio de Sevilla.

Quedóse aquella noche preso el buen carretero, que no fué poca venganza para los dos que hizo apear de su carro viendo que le obligaban á detención.

Pasó aquella noche, y los dos á la mañana, pidiendo licencia al comisario, que los regaló muy bien, partieron á Sevilla muy aliviados de dinero.

El carretero estuvo preso tres días y la gente aguardándole este tiempo; salió con sentencia, dada por el comisario, de cincuenta escudos para los pobres vergonzantes del lugar. No tenía con qué pagarlos, y así dejó una de cinco mulas que llevaba empeñada; conque prosiguió su camino, jurando que se la habían de pagar los dos que había despedido del carro, que bien echó de ver que le habían hecho la buena obra.

la Monja alférez, una señora que, inclinada á lo bélico, pospuesto el hábito mujeril, hizo en las Indias cosas notables por la guerra, hasta merecer alcanzar por sus puños una bandera; no sé si á vuestra noticia ha venido esto.

Pernia respondió que él había oído las prodigiosas cosas que le refería.

—Pues habéis de saber —dijo Trapaza—que si mal no me quedaron impresas las especies del retrato que vi en mi idea, le parecéis mucho, y ha sido esto nuestro remedio, porque en estos cortos lugares (comarca de Sevilla), podemos fingir que sois la Monja alférez, y encerrándoos en una posada, habiéndose primero publicado vuestra venida, fingiré que vais á los galeones de la carrera de Indias, y deseando que os entren á ver, pondremos precio á la entrada y ganaremos dinero.

—Bien estoy con eso—dijo Pernia—si no hubiese algún justicia tan curioso que quisiese ver si yo soy la verdadera Monja alférez, haciéndome desnudar; como lo llegue á averiguar con violencia somos perdidos.

—Bien está replicado—dijo Trapaza;—mas para todo hay remedio; que como yo digo que voy con necesidad, vos no consintiendo mi ganancia y viniendo mal en ella, no os dejaréis ver, cuanto más que excusaremos ese lance todo lo posible.

Algunas más réplicas le hizo Pernia; pero es tan mala la cara que hace la hambre, que por no la pasar, hiciera otra cosa peor.

Con esto llegaron á Tocina, seis leguas de Sevilla, lugar de quinientos vecinos; era día de fiesta, acababa la gente de salir de misa de una iglesia que está en la plaza, por donde pasaron los dos. Venía Pernia instruído por Trapaza, que en viendo gente se embozase. Hízolo así, cosa que causó novedad en cuantos les mira-

tante milagro de nuestra España y aun puedo decir de las extranjeras naciones. Tiene por objeto á quien, degenerando de su flaco sexo, influyendo en su sujeto el quinto planeta, ha seguido su profesión con tal afecto, que ha sido el pasmo de sus adversarios, el asombro de los infieles y el espanto de los opuestos á las banderas filípicas.

Todo este discurso arrojó en la calle Trapaza sin fruto alguno, porque sabía más el alcalde de tomar el timón del arado y el azadón á su tiempo, rompiendo con uno y otro la tierra para beneficiarla, que de pasmos, prodigios, portentos, objetos y quintos planetas. Y así se vió en su respuesta, diciéndole:

—Señor galán, yo soy muy amigo de que me hablen clarificadamente, porque no le he entendido cosa de cuantas me ha dicho de prolijo, portamiento, pasmo ni aniversario; declárese por su vida, y dígamelo más á la pata la llana para que yo le responda.

Mucho fué no reirse Pernia y echar á perder la maquinada traza; harto disimuló la risa volviendo el rostro á otra parte.

Bajó la clavija de lo crespo Trapaza, y en humilde estilo, yéndose á los atajos, dijo:

—La persona que vuesa merced mira, señor alcalde, es la señora Monja alférez, si acaso la ha oído decir, aquella que con el valor de su ánimo militó debajo de las banderas de nuestro rey en las Indias hasta tener una bandera.

Había pocos días que Morales, autor de comedias, había hecho en unas octavas del Corpus de aquel lugar la comedia de *La Monja alférez* que escribió Belmonte Bermúdez, poeta andaluz, con mucho acierto (1); y

(1) *La Monja alférez,* comedia que aquí se dice ser de Belmonte, corre impresa con el nombre de Pérez de Montalbán.

venía desacomodada de dinero, por causa de haber salido de la Corte con priesa, por un hombre que en ella dejaba herido.

De nuevo se admiraron, y por ver el deseo que de verla tenían cumplido, cada cual ofreció su parte de dinero, y así de estas y otras personas del lugar, se juntaron casi doscientos reales, depositándolos en poder del alcalde, que se los llevó luego, acompañándole más de cien personas, todas deseosas de ver á la Monja alférez.

Entraron en la posada los que pudieron y los demás aguardaron vez para cumplir su deseo; á todos habló Pernia con lindo despejo y grande cortesía, admirándoles el ver en hábito de varón una mujer que tenía fama de valiente por sus hazañas.

Hizo el alcalde una plática como se podía esperar de su ingenio, y paró en disculparse de no haber podido juntar más que aquel dinero; dióselo, y tras de esto le rogó mucho que por aquella tarde no se fuese del lugar, que todos los de él deseaban verla por lo que habían visto alabarla en su comedia. Él dijo:

—Bien pudiera el poeta que la hizo informarse primero de mí, que yo le dijera hazañas verdaderas mías, y excusara ponerlas fabulosas, como lo ha hecho. Pero ¿quién ha de poder contra poetas, que son tantos, que cuando me desagraviara de uno, salieran á la defensa un millón?

Con esto salió acompañando al alcalde hasta la puerta del mesón, adonde se dejó ver de la gente que la esperaba muy á su gusto, y aquella tarde hizo lo mesmo en la plaza y en el baile, contento de que hubiese surtido tan bien la quimera de Trapaza, su amigo. Algunos presentes le hicieron personas particulares del lugar, aficionados suyos, con que quedó muy agradecido Pernia.

alegró más con su llegada, y nuestro Trapaza conoció por hombre de humor al D. Tomé.

Acabóse la conversación por acudir á misa; el galán figura se quedó solo, paseando por Gradas, á quien se llegó Trapaza, y con una gran cortesía, le dijo:

—¿Vuesa merced, señor mío, necesita de sirviente, que el que presente tiene se halla con voluntad de servirle?

Miróle el D. Tomé atentamente, y dando un paseo, cuando volvió á emparejar con él, volvióle á dar otra miradura; de esta suerte fueron tres veces las que le miró, y después de bien aojeado, le dijo:

— De buena gana os recibiré por mi doméstico, porque vuestra fachada me indica benévolo aspecto y apto para cualquiera cosa. ¿Cuál es vuestra nativa patria?

Hablaba por estos términos el D. Tomé, con que se canonizaba por figura.

A lo cual respondió :

— Yo soy de la ciudad de acuñamoneda, forjapaños, y cría finísimos hijos.

— Ya, ya — dijo él, — Segovia, Segovia; refinísimo me parecéis.

— A servicio de vuesa merced — dijo Trapaza.

— ¿Y el propio y apelativo nombre? — dijo D. Tomé.

— Hernando del Parral — dijo Trapaza, que quiso entonces mudar de apellido, tomándole de aquel insigne convento de San Jerónimo de Segovia.

— Buen racimo ha criado el tal Parral — replicó don Tomé, — así dé buen vino en su servidumbre.

— Yo lo prometo — dijo Trapaza.

— Ninguna cosa de cuantas he visto en vos — dijo D. Tomé — me satisface más que vos que me hayáis hablado á mi modo, porque yo soy exquisito en el dialecto, y así gusto que quien más me comunicare tome

Volvieron á la sala, que adornaban tres sillas rotas y un taburete derrengado, una mesilla pequeña con un tapete de arpillera; no había cuadro que adornase las paredes de esta sala meñique, si no era un espejo que en tiempo antiguo lo fué con luna llena y ahora estaba en el postrer cuarto de menguante, porque si no era un pedazo de ella, no había otra cosa, sirviendo sólo el encaje, que parecía ser de peral, aunque al juramento de don Tomé sería de ébano; del clavo mismo donde estaba colgado, pendían peine, escobilla, bigotera, hierro de bigotes, atenacillas y calzador para zapatos.

Luego que don Tomé hubo hecho alarde de su casa á Trapaza, le dijo:

—Mira, alumno mío, mi mansión; no es alcázar ni es palacio del Duque de Medina, ni el de Alcalá; pero es un juguete donoso, un brinco habitable, un retiro quieto, y, finalmente, una vivienda apacible para un caballero como yo, que gusta de estos retiros, separado del bullicio de esta ciudad.

Desde aquí me enfrasco en él cuando quiero, y cuando no, vivo aquí con sosiego, aunque ahora poco hallara en mí por padecer una intolerable inquietud, un continuo desvelo, una pasión amorosa que atormenta mi alma, si bien padecida por causa que merece más que esto. Amo, adoro, quiero á una beldad divina, á un prodigio de hermosura, á un imán de voluntades, á una dama, la flor de esta ciudad, la nobleza de ella, con el mayor dote que hasta hoy se ha visto; es hija de un perulero riquísimo descendiente de aquellos antiguos caciques, muy deudo de Atabaliva.

Cuando esto dijo ya Trapaza tenía el nombre en sus tripas, pues con la hambre que padecía le rugían de modo que parecía tener en la barriga atabales, y así tomara, en lugar de esta relación, alguna cosa comestible; y para que dejase don Tomé la plática, le dijo que de su

Estando en esto entretenido en el primero pastel, llegóse á él don Tomé y dijo:

—Bien huele lo que comes; ¿qué has comido?

Trapaza le dijo que pasteles.

—Veamos—replicó él.

Mostróle el pastel que le quedaba. Y dijo:

—Debe de haber más de un año que no los como. ¡Háse visto y qué grandes los hacen los de á cuatro!

Tomó el pastel y con dos bocados se le hizo invisible diciendo:

—Cierto que debe de ser de buen pastelero, pues mi estómago se ha atrevido, con su delicadeza, á comerlo, no acostumbrado á tales asaltos; mas no es mucho que tu gracia en comer me ha brindado.

Bien quisiera Trapaza no haberle parecido tan gracioso y que él se pagara más de hacer versos que de darle asalto á su breve comida. Hubo de sufrirse, con ánimo de no parar en aquella casa si no se mejoraba de manducación.

Acabó su poesía don Tomé, y dijo á su nuevo criado:

—Mira, amigo, á quien me sirve jamás le encubro nada de mi pecho: tú has de ser el archivo de mis secretos, y así te quiero comunicar unos versos que acabo de hacer á mi dama, á un suceso que le pasó habrá dos días. Asiste en un ameno jardín, adonde una siesta quiso pasarla durmiendo á la sombra de unos mirtos, y habiendo eclipsado á aquellos hermosos soles el sueño, para que Febo tomase aliento y en su ausencia hiciese una atrevida abeja pensando que eran claveles sus hermosos labios, que cogió la flor de ellos con tal vigor, que la despertó. Costóle esta osadía la vida, pues rendidas las armas á tanta beldad, perdió el vital aliento á sus pies. Dichosa muerte, á trueque de haber tocado tan divinos labios, que la estoy yo envidiando. Á esto he escrito estas liras, que aun están en borrador

su amo, pues no imaginara que entendimiento racional se pusiera á pensar tales modos de escribir, usurpando el poder á los frenesíes de modorras y tabardillos, pues para tenerlos no les deja que decir.

—Esto se usa—dijo D. Tomé,—Hernando amigo, no te admires, que se hace figura quien se singulariza.

—Ello bien puede ser bueno—dijo Trapaza;—pero á mí no me lo parece, que no hay cosa como la claridad. En los versos, no digo yo que sean tan humildes que no se levanten del suelo; pero los que tienen las voces graves, significativas y bien colocadas siempre son estimados, y este no es uso, sino una fullería de jerigonza que han aprendido los mal oídos poetas para que el vulgo los aplauda y celebre, que, como no lo entiende, hace misterio de lo que no lo es, celebra á ciegas lo que se escribió con ojos ciegos de la razón. No aconsejaría á V. m. que prosiguiese en este modo de versificar, porque sería echar á perder su buen natural; los cultos ó incultos, por mejor decir, escriban así, hablen frases bárbaras, hagan transposiciones, encajen una metáfora en otra como cesto sobre cesto, para que el mismo demonio no lo entienda, y V. m. se ría de ellos dándose á la pura claridad, á lo grave y bien colocado, haciendo la fuerza en el concepto y no en el exquisito modo del decir.

Admiróse D. Tomé que su criado hablase tan peritamente en la censura de sus versos, y de allí adelante le tuvo por hombre de más caudal, y así le dijo:

—Huélgome, Hernando, que seas hombre de tan buen juicio, que des tu voto en la aprobación de los versos y más tan bueno. Debes de visitar las musas de cuando en cuando; di la verdad, por vida mía.

Confesó Trapaza que hacía versos, que fuera singular modestia y exquisita mortificación en un poeta negar la gracia que el cielo le había dado.

Entre los caballeros que salieron de la comedia iba uno anciano, á quien casi todos hablaban con mucho respeto. Éste, así como vió á don Tomé, le dijo:

— Señor don Tomé, ya no puedo sufrir tantos días de ausencia; tres han sido los que hace falta su persona en mi quinta, y así no permito que lleguen á cuatro, ni pasará por ello Brianda, mi hija, que cada instante pregunta por V. m. Háse de venir conmigo sin replicarme en nada.

Don Tomé estimó el favor que le hacía, y más el que oyó decir de la dama, y por aquel día se excusó, prometiendo ir al siguiente por la mañana, y de esto le dió palabra y mano, que le tomó don Enrique, que así se llamaba el caballero anciano.

Con esto se despidió de él, y, con Trapaza detrás, se fué á una casa de juego, donde los más caballeros de Sevilla, mozos, acudían á entretenerse, que era habitación de otro caballero que, por estar enfermo, le entretenían.

Vió en un patinejo Trapaza muchos caballeros, de ellos jugando, y de ellos hablando en diferentes materias. Llegóse don Tomé á las mesas del juego diciéndoles chanzas y donaires, de que todos se reían, siendo estas sanguijuelas de su dinero, pues ninguno hubo que no le diese barato aun sin ganar; tácito socorro en paños de donativo á su pobreza.

Quedóse Trapaza algo lejos, de donde pudo ver esto, y juntándose con un criado de otro caballero, como que no era el criado de D. Tomé, le preguntó que quién era aquel personaje á quien daban barato. Esto con ánimo de acabar de saber la enigma de su nuevo amo, que cada instante le nacían nuevas dificultades en su inteligencia, sin penetrar el verdadero sentido de lo que fuese, porque tal vez en la comunicación con gente noble le tenía por caballero, y tal vez en la risa y

Corrido quedó Trapaza de que hubiese elegido tal amo, viendo que su renta no era fija sino al vuelo, y que tal vez se había de acostar sin cenar. Quiso por entonces servirle algunos días, y también por ver en qué paraba, que como él era también abufonado, secretamente le había cobrado un cierto cariño como á persona de su profesión.

Aquella noche hubo bien que cenar, porque luego que de allí se fué, D. Tomé dió á su criado dinero para que de lo que hallase ya guisado trajese que cenar. Trujo una polla y un pastelón, pan, y vino, y fruta, y alegremente cenaron los dos, que como hubiese moneda, aun le habían quedado las reliquias de pródigo á D. Tomé y no reparaba en gastos.

Aquella noche se pasó bien de cena, pero no de cama, porque la de D. Tomé se cifraba en un colchón prensado, en una sábana rota y una manta tundida del tiempo, que es el mayor acusador que se conoce. La cama que tuvo Trapaza aquella noche fué en una arca muy vieja, grande; fué tender su capa, y sobre ella reclinar sus miembros y dormir á sueño suelto, como dicen. No se congojó poco D. Tomé de que su criado no hallase cama para él en su casa; disculpóse por lo soldado, y con tanto cada uno apartó rancho, dando esperanzas de cama á Trapaza, que era muy poco religioso para desear mortificaciones.

que guiara á la iglesia mayor, que quería oir misa primero que ir á la quinta.

Guió, donde le mandó, el cochero, y habiendo oído misa con mucha devoción (era muy buen cristiano), tornó á ponerse en el coche y caminaron á la quinta, que era hacia San Juan de Alfarache.

Fué en ella recibido de D. Enrique y de D. Alvaro, su sobrino, con mucho gusto, y llevado donde estaba la hermosísima doña Brianda haciendo labor con sus criadas.

Así como D. Tomé la vió, volviéndose á su criado, le dijo:

—Mira, Hernando, si tengo justamente colocados bien mis pensamientos, mira si al objeto de mi amor puede haber alguno que le iguale, así en beldad como en otras muchas gracias. Ésta sí que es hermosura natural, no artificiosa como la que vemos en estos tiempos, donde la nieve es accidente y la grana la que fabrica Guadix (1). De esta manera se ve esta purpúrea rosa siempre; así la halla el alba y la noche. Bien me pueden tener los mortales envidia de que soy favorecido de esta belleza, y tú puedes de hoy en adelante, si me ha de tener por dueño suyo, maquinar hipérboles con tu claro ingenio, decir alabanzas, que todas serán cortas para tan gran sujeto.

Mientras D. Tomé decía esto con grande afecto á su criado, D. Enrique, su hija y cuantos estaban presentes, se caían de risa de oir esto.

Bien echó de ver Trapaza que hacían burla de su amo; mas también consideró que cuanto decía de la

---

(1) *Color de Granada*, llamábase el arrebol con que las damas de aquel tiempo se pintaban. Vendíase en papeles y en salserillas á propósito, y se fabricaba en Granada, y, como aquí se indica, en Guadix.

[illegible]

D. Enrique, D. Alvaro y D. Tomé. D. Enrique [illegible] había conocido el lustre antiguo de los [illegible] D. Alvaro y D. Tomé le [illegible] doña Brianda, quisieron saber [illegible] Trapaza, á ver qué gusto tenía, y él, con [illegible] razones que se le ofrecieron, probó que España debía conservar su traje, pues era el más galán del orbe, y no admitir el extraño.

Tantas cosas dijo sobre esto, que le confirmaron todos por hombre de capacidad é ingenio. Él, para dar remate á lo dicho, pidió una guitarra (que quiso deberle aquella gracia más), y habiéndosela traído del cuarto de la señora doña Brianda, dijo, en habiéndola templado:

—Esta letra que pienso cantar, señores, la hice en Salamanca, dándome motivo á hacerla, ver la primera dama con guardainfante tan á lo francés.

Todos dijeron que gustarían de oírla, y él cantó así:

«Al comprar un guardainfante
un marido á su mujer,
estas razones le dijo,
poniendo la vista en él:

Uso nuevo de los diablos,
[illegible] Lucifer

está ya tan valido y acostumbrado en toda España, que sólo falta hablar la lengua francesa y llamar á las mujeres madamas para ser del todo francesas.

Ya Trapaza había participado de semejante invención y uso, en haber contribuído y pagado unas enaguas á la señora Estefanía cuando la servía en Salamanca, y abominaba del uso, porque traer más ó menos coste en el traje español, parece que se puede tolerar; mas acogerse al extranjero es desnaturalizarse del suyo.

Sobre este moderno uso se movió una plática entre D. Enrique, D. Alvaro y D. Tomé. D. Enrique, como había conocido el lustre antiguo de los trajes, reprobaba éste. D. Alvaro y D. Tomé le alababan mucho, ayudándoles doña Brianda; quisieron saber el voto de Trapaza, á ver qué gusto tenía, y él, con las más fuertes razones que se le ofrecieron, probó que España debía conservar su traje, pues era el más galán del orbe, y no admitir el extraño.

Tantas cosas dijo sobre esto, que le confirmaron todos por hombre de capacidad é ingenio. Él, para dar esmalte á lo dicho, pidió una guitarra (que quiso descubrir aquella gracia más), y habiéndosela traído del cuarto de la señora doña Brianda, dijo, en habiéndola templado:

—Esta letra que pienso cantar, señores, la hice en Salamanca, dándome motivo á hacerla, ver la primera mujer con guardainfante tan á lo francés.

Todos dijeron que gustarían de oirla, y él cantó así:

«Al comprar un guardainfante
un marido á su mujer,
estas razones le dijo,
poniendo la vista en él:

Uso nuevo de los diablos,
embuste que Lucifer

Cuando encubres á las flacas
eres un trasunto fiel
de empanada de figón,
gran bulto y sin qué comer.

¡Cuántas partidas de tabas,
que cubren delgada piel,
crujen en ti como en bolsa
de trebejos de ajedrez!

Y á ser, como eres de esparto,
de metal de una sartén,
por cencerro bien tocado
pudieras servir á un buey.»

Con notable gusto oyeron todos á Trapaza el bien cantado romance, sátira contra los guardainfantes, holgándose mucho D. Tomé de que su criado tuviese aquella gracia más, que no le trocara por otro alguno con dineros encima, aunque necesitaba de ellos; tanto se agradó de Trapaza. Lo mismo hicieron todos, alabándole.

Quiso D. Enrique que su hija pagase aquella letra con otra, y haciendo que le bajasen la arpa de su aposento, templándola con suma destreza, cantó así, acompañada de una criada:

«—¿Dónde va por el prado la niña,
pisando sus plantas, de flor en flor?
—Siguiendo al amor.
—Déjale, váyase, huya de ti si acaso temió,
que si pruebas el oro en sus flechas,
lástima tengo de tu corazón.

¿Para qué quieres seguir
á quien has visto temer?
—Por la gloria del vencer
al que á todos hace huir.
—Y ¿si vuelve á resistir?
—Venceràle mi rigor.
—Déjale, váyase, huya de ti si acaso temió.

Llegaron con esto unos hombres y bajaron del carro el bulto, poniéndole en la primera pieza baja de la quinta; esto en la misma forma que había de estar en la capilla.

Era la figura de alabastro de un venerable viejo, de estatura más que mediana, armado á lo antiguo, de todas armas y en el pecho la roja insignia del patrón de España, que había tenido. A sus pies estaba la celada entre dos perros, tan al vivo obrados, que mostró bien el artífice su primor.

Enternecióse D. Enrique viendo la imagen de su buen padre, y con muestras de obediencia, le besó aun en mármol la mano, cosa que pareció bien á los presentes.

Ya D. Tomé había bajado á este tiempo; preguntáronle qué le parecía del bulto, él le alabó mucho, cuanto vituperó el antiguo traje, haciendo gran donaire de los folladillos antiguos y martingala con que estaba, diciendo:

—¿Es posible que tan gallardos talles inventasen tan poco para su adorno, que se vistiesen tan ridículamente?

Con esto dijo otras muchas cosas en forma de escarnio, con tan solemnes disparates que á todos hizo reir.

Era D. Alvaro, el sobrino de D. Enrique, caprichoso, y propuso de hacerle una burla; comunicóla con su tío y con los demás caballeros mozos, y para ejecutarla no hallaron otro sujeto más á propósito que su criado, aunque repararon en si lo querría hacer. Don Enrique se ofreció á que lo acabaría con él por intercesión de su hija; para esto se le dió cuenta de la burla y pidieron que mandase al criado de D. Tomé que hiciese un personaje en ella. Llamóle doña Brianda y rogóselo mucho. Poco era menester para que á Trapa-

Y sacando un hacha detrás de un escondrijo, que se había hecho aposta para la burla, la tomó en la mano Trapaza y con ella salió á ser visto de D. Tomé en horrible y espantable figura, porque venía armado de la manera que la figura del sepulcro á lo antiguo, con armas blancas, folladillos ó martingala, su hábito de Santiago en el pecho, cubierto el manto blanco de capítulo, cuya falda le arrastraba gran parte por el suelo, la cabeza descubierta, toda cana, con una cabellera que se le buscó, muy larga y á propósito, y una barba blanca; al rostro traía dado un matiz pálido, de manera que representaba un verdadero difunto.

Con este tan espantoso y horrendo espectáculo quedó D. Tomé casi sin aliento, y más cuando vió que aquella visión se le iba acercando á su cama con graves y pesados pasos. Llegó cosa de tres antes de la cama, y parándose dijo á D. Tomé:

—No temas, que te quiero muy en ti para que me oigas á lo que he venido del otro mundo; pierde el miedo.

Con oirle afablemente, que se lo decía, parece que cobró el afligido algún aliento; lo cual visto por Trapaza, le dijo:

—De católicos pechos es hacer bien por los difuntos, y de cristianísimos el honrarlos. El traje que en mi tiempo truje fué el más lustroso que entonces traía la gente de mi calidad. Si en el presente se usa otro, no debe ser menospreciado el antiguo, pues fué el que honró á los progenitores de los que viven. Culpa, y muy grande, has tenido delante de mi hijo en haber hecho escarnio de mí y él de haberlo consentido. La gracia y el donaire y aun el bufonizar, hablando con más propiedad, tiene dilatados espacios en que se extender sin alargarse á hacerse contra los difuntos. Yo vengo á advertirte esto, y para que otra vez te acuerdes de mí y

que no dijese á nadie nada de lo que había pasado, porque no se escandalizase Sevilla con oirlo. Así se lo prometió D. Tomé, el cual pidió que le llamasen á su criado; detuviéronse en llamarle, porque estaba lavándose del barniz que le habían puesto.

Al fin vino, á quien con grandes lamentaciones contó su amo el trabajo que le había sucedido, cosa á que mostró grande admiración el bellaco de Trapaza, diciéndole que en todo suceso era bien no hacer donaire de los difuntos, sino rogar á Dios por ellos y hacerles decir misas. Así se lo prometió D. Tomé; mas por el molimiento pasado, rogó á Trapaza que le dejase reposar, asistiendo él allí por el temor con que estaba. Hubo de hacerlo, bien contra su voluntad, porque en premio de haber hecho bien el papel del difunto le tenían prevenido un lindo almuerzo. Con todo, no desconfió de no le gozar, y así aguardó á que D. Tomé se durmiese (que con el cansancio fué en breve dormido), y luego le dejó en reposo por entregarse en el almuerzo que le esperaba.

De esta burla de D. Tomé resultaron dos cosas: perderle D. Enrique de su quinta y que Trapaza dejase de servirle, porque no queriendo quedarse el asombrado caballero aquella noche en la quinta temiendo que el padre de D. Enrique le había de hacer otra visita con las circunstancias que la pasada, pidió licencia y se fué á la ciudad con su criado.

En ella se fué divulgando la burla que se le había hecho, subiéndola de punto hasta decir que le habían echado una ayuda de agua de nieve y que su criado había sido el autor; conque sin reparar en las partes de Trapaza le despidió de su servicio.

Poco perdió en perderle, antes granjeó con esto el que sabiéndolo D. Enrique, hizo que un sobrino suyo le recibiese en su casa.

hizo, que puestos después en manos de doña Brianda, eran éstos:

«El tipo de la fealdad,
la suma de la vejez,
en el melindre de Fabia
juntos y unidos se ven.

Egrotante está la niña
de los años ciento y diez
con ciento y diez mil congojas
en enfermedades tres.

Idiota se ha mostrado
la que bachillera fué,
pues del Digesto ha diez días
que ignora la común ley.

Los viajes de glotona
que ha registrado su nuez,
hoy pretende un esculapio
que lo expela un clistel.

De aceites, miel, girapliega,
uncias cuatro y dracmas seis,
recetó el buril de un ganso
en el cándido papel.

El farmacópola, diestro
en repiques de almirez,
calabriando (1) lo aplicado
puso el remedio á cocer.

Ya el latónico instrumento,
florentino ó calabrés,
particular apuntante
de esta fembra quiere ser.

Chopones de aquel brebaje
para vomitarle fiel
con lágrimas de los dos
en el ojo más soez.

---

(1) *Calabriando:* mezclando.

Trasladó el tibio brebaje
del taladrado rabel
al vientre, que, por lo hinchado,
tamboril pudiera ser.

Lo que resultó del caso,
para el que ignorante esté,
le podrá hacer relación
el doctor Caramanchel.»

Mucho celebró doña Brianda la sátira de Trapaza y no paró hasta que él mismo se la cantó á la dueña que había sido la paciente. Estaban presentes D. Enrique, D. Alvaro y otros caballeros, que rieron mucho, así el melindre de la dueña como los versos. Ofendióse la tal satirizada, y juró que se había de vengar de Trapaza, buscando modos desde aquel día para su venganza.

Otra llegó más presto, que le hizo dejar á quien servía; y fué el caso que entre los caballeros que galanteaban á doña Brianda, había uno cuyo nombre era D. Mendo, el apellido se calla. Éste tenía opinión entre los caballeros de miserable, y contábanse de él grandes civilidades, con que había gran fisga en las casas de la conversación.

Las amigas de doña Brianda hacían donaire de ella, de que era servida de este caballero tan misérrimo. Ella le disculpaba cuanto podía, no porque le parecía bien, sino porque era amiga de honrar á todos.

Quisieron, pues, las amigas dar un tiento á este caballero, para probarle en la condición; y así, un día que se halló en la quinta de D. Enrique, le pidieron que para cierto día que le señalaron las diese una merienda. Algo se turbó el tal galán, mudando colores el rostro; mas por no dar nota de lo que tan imputado estaba, se ofreció á servirlas.

Llegóse el día aplazado, y aguardando las damas en

Á demanda merendona
de antuvión (1) luego temí
un cortamiento de brazos
sin poderle resistir.

Durezas tengo de vientre,
señor, desde que nací,
y en esta ocasión se ha puesto
como un tronco de brasil (2).

Jamás clistel de mi bolsa
fué estafante serafín,
que vive con más dureza
que pedernal de Madrid.

Don Civil de Guardiola
he de ser como hasta aquí,
pues nunca llegué á soltar
lo que una vez llegué á asir.

Con empachos de vergüenza,
que pone rojo matiz,
vengo á ser en esta cama
de calenturas faquín.

Advertid, el mi doctor,
(si alguna vez advertís),
si de mal tan incurable
se puede hacer cura en mí.»

Oyó el práctico Avicena
la relación hasta el fin,
y al estríctico egrotante
mesurado dijo así:

«Infiero por las señales
y lo que me referís,
que esta vuestra enfermedad
ha dado muestras de ruin.

De no orinar vuestra bolsa
ó blanco ó pálido orin
indica carnosidades
que impiden el exprimir.

---

(1) *De antuvión:* de repente.
(2) *Brasil:* palo brasil.

guardafiel de su dinero
sin alabarda y mastín;

el que nació en Tenerife
en corto zaquizamí
y aborrece á los paganos
huyendo de ser gentil;

el que admite en su bufete
(si tal vez suele muquir) (1)
á la ganga por ser dura
y aborrece al francolín (2);

el nominativo manco,
que en gramática pueril
su vocativo á demanda
niega como *quis vel quid;*

el que de toda moneda
es corchete y alguacil,
porque á la avaricia triste
conoce por genitriz;

el que á estar en su albedrío
(por lo que son contra sí)
negara los ofertorios
en romance y en latín;

el que á ser marqués del Gasto
jamás pretendió subir,
porque á ser el de la Guardia
sólo endereza su fin;

el que contra los galanes
fulmina sátiras mil,
por tener con los Duranes
amistad hasta morir;

vuestras puertas á Cupido
nunca habéis querido abrir,
que con la mitad del nombre
antipático vivís.

---

(1) *Muquir:* voz de Germ., comer.

(2) *Ganga* y *francolín* son aves semejantes á la perdiz. «Ganga» resulta equívoco por significar también «cosa apreciable que se adquiere á poca costa ó con poco trabajo».

doña Brianda, que sintió que por su causa se aus
Hernando; dióle cincuenta escudos en oro y un
de camino don Enrique.

Con esto partió de Sevilla Hernando en una
acompañado de un estudiante y un mozo de
que iban á Jaén con intento de tomar allí el cam
Granada.

Llegaron á aquella antigua ciudad un domin
la noche, donde posaron en un buen mesón, d
sando del cansancio del camino.

ron en sus mulas, hecha cuenta con el huésped, y marcharon á Sevilla.

Trapaza durmió hasta más de las nueve de esotro día, que el sol le despertó entrando por los resquicios de las ventanas á reirse de verle burlado. Levantóse, abrió la ventana para quererse vestir; mas cuando miró por sus vestidos en la parte donde la noche antes los había dejado, los halló menos con la maletilla y el cojín. Alteróse sumamente, buscándolos por todo el aposento; mas fué sin provecho, porque ojos que los vieron ir, etc.

Dió voces llamando al huésped; preguntóle por el compañero, y díjole cómo antes de amanecer una hora, se había partido en las mulas que habían venido. Comenzó Trapaza á afligirse, maldiciendo la hora en que por compañero lo eligió, y preguntóle el huésped que por qué hacía aquellos extremos. Entonces le contó su robo, cosa que le dejó admirado. Veíase desnudo y sin remedio de poder hacer diligencia alguna.

Acudieron al mesón dos alguaciles; mas como vieran á Trapaza en camisa y sin remedio por entonces de cubrir sus carnes, no se ofrecieron á hacer diligencia de ir á buscar los ladrones. Desdichado del que se ve pobre, todo le falta, nadie se le ofrece; diferente del próspero, que todos le agasajan, le regalan y cortejan.

Viendo el mesonero el trabajo en que estaba su huésped, á quien juzgó por hombre bien nacido, compadeciéndose de él, le dió un vestidillo de color, viejo, que había ya desechado, y esto con salva de que le perdonase el atrevimiento, piedad bien ajena de su oficio; quizá ésta le sacó de mal estado, mas con lo que á unos desollaba, otros se vestían.

Agradeció Trapaza la caridad del huésped, pues veía que se hallaba en tiempos que era de agradecer aquella piadosa acción, y más de mano de quien venía,

Así como entró Trapaza en el aposento de doña Sofía, que así se llamaba la niña de los quince veintes, puso los ojos en él y dijo á su marido:

— Amigo, ¿á qué viene este hombre?

— Tráigole, amores míos — respondió el médico, — para que nos sirva y ande conmigo. Parece en su talle hombre de bien, y creo que nos ha de servir con cuidado.

— No me parece mal su persona — dijo la Matusalena. — ¿Cómo os llamáis? — le preguntó.

— Hernando Robado — dijo Trapaza, que era amigo de aplicarse los apellidos conforme los sucesos.

— Bien conforma con vuestro apellido el traje — dijo ella, — pues parece que os han robado la sanidad del vestido.

— El tiempo — dijo Trapaza — es ladrón universal de lo que más quiere resistírsele; trabajos me han hecho andar así, por no tener la propiedad del fénix, que si lo fuera, me renovara.

— Bachiller es — dijo la señora Sara. — No me descontenta la alusión, quedaos en casa, que me habéis aficionado.

Estimóselo Trapaza, y desde aquel día comenzó á servir á su Avicena con mucho cuidado, de manera que él y su consorte sempiterna se hallaban muy contentos. Tenía en su servicio una negra, que sus celos no consentían otra criada, temerosa de que su marido se la solicitase.

A pocos días que Trapaza estuvo en su servicio, ya servía de montante de sus rencillas, porque cada día las tenían sobre los negros celos. Vino á no lo poder en ninguna suerte sufrir el doctor, y quejábasele á su criado, el cual le dijo un día que él se tenía la culpa en haberse sometido á su obediencia tanto, porque al casarse había estado tan ciego que no vió su mucha edad.

con ella en la cama; subió la negra, desnudóla, y él fué á llamar al doctor, el cual vino con harto miedo que vergüenza; hallóla tal, que no tuvo vigor para reñirle. Trapaza le dijo la caída que había dado, y aunque se sospechó que había andado Trapaza por allí, estaba tan cansado de la vieja que no le dijo nada; antes se holgara de hallarla en el postrer artículo. Con todo la piedad, y ser su mujer, le obligó á hacerle remedios, conque al otro día estaba más esforzada, mas para su mal, porque incorporándose en la cama, le hizo un sermón con tantas infamias y tantas injurias, que á otro irritaran de modo que acabaran con su vida.

Todo esto era indignación para Trapaza, que juraba entre sí de acabar con la vida de aquella mujer, si ya no la tenía para venir á ser atalaya del Anticristo, sino secuaz suya. Tenía siete vidas como gato la caduca señora, y cuando se pensó que no se levantara en quince días de la cama, al tercero ya estaba en pie. Esto era porque se hacía la gran fiesta de la Sacratísima Verónica, tan célebre en Jaén; dichosa ciudad, pues es depósito de tan preciosa reliquia.

Quiso, pues, nuestra anciana ponerse muy bizarra aquel día, sin mirar á la edad que tenía, culpa en que delinquen muchas mujeres viejas que no se conocen que lo son, y así se atreven á traer lo que las niñas, para dar motivo de risa al pueblo, que lo es el mayor ver á un viejo loco.

Tenía una grande amiga esta senectud, de la misma edad, de modo que entre las dos podrían prestar años, cuantos testigos de las montañas han jurado en ejecutoria de nobleza. Esta hacía cierta lejía para las canas, conque se transformaban en el rubio color, que aunque las muchas rugas (1), falta de dientes y estrujadas

(1) *Rugas:* ant., arrugas.

volverse á su primero estado, en los cuales vivieron todos los de la casa en seiscientos infiernos. De esta suerte estaba la sierpe diciéndoles mil injurias.

Sucedió enviar un caballero, que estaba de Jaén tres leguas, por el médico; que se hallaba enfermo. Ofreciále buen partido, y no quiso perderle; lleváronle coche, y por no dejar el médico su casa sola, mandóle á Trapaza quedar sirviendo á su mujer, y él se llevó un practicante consigo. A la partida hubo su poquito de sermón, amonestándole que no la ofendiese, que en esto paraban sus fraternas picada de celos; partió con esto, y Trapaza quedó por guardián de casa; ¡qué de preguntas le hizo á solas aquel montón de siglos para que le dijese á quién galanteaba su marido! Mas Trapaza anduvo tan fino, que desdiciendo de criado no le pudo la tarasca de días sacarle nada, abonando á su amo y reprendiéndola su terribilidad y mala condición.

Era la negra muy devota del dios Baco, como todas las de su nación, y habían traído de presente al médico un pellejo de vino de lo mejor de Lucena, que es lo afamado de la Andalucía, el cual se había bajado á un sótano para que estuviese fresco. Pidió á Trapaza que hurtase la llave á su señora, de aquel sótano, para hurtarla del vino; mas Trapaza la dijo que pues cada día lo abría para dar de beber á la mula, por estar el pozo de casa allí, que entonces era ocasión para hacer el hurto.

Quedó entre los dos concertado que se hiciese esotro día, y así, cuando le dió doña Sofía la llave á Trapaza para sacar agua para la mula, él tomó un caldero en que le daba de beber, y bajando con él donde estaba el oloroso pellejo, le hizo una sangría de aquel precioso licor, llenando el caldero.

Tardóse un poco más de lo acostumbrado y bajó al sótano doña Sofía al tiempo que Trapaza subía con el

dinero, quiso en pedir esto darle autoridad al de se
médico y de albéitar, el cual quiso saber lo que le
bía de dar y dijo que cincuenta reales. Enfadóse de
Trapaza, y apartando á su amo aparte donde pensó
nadie le oía, le contó el caso de la mula sin faltar n
fiado en la merced que le hacía. Acertó á estarles
cuchando doña Sofía; y así como lo hubo entendi
comenzó á voces á llamar al albéitar y á su criado
drones públicos y á jurar que Trapaza no había
quedar en su casa.

El albéitar se fué corrido, doña Sofía hizo cue
con Trapaza, y como era la que mandaba en casa,
bastaron ruegos del médico para que quedase en
servicio; y así, descontándole el caldero del vino, tasa
á un excesivo precio, y lo que había gastado en la cu
le vino Trapaza á alcanzar en cuatro reales. Esos
dió en plata, conque le despidió de su casa, sintien
el médico perder tan buen criado.

—¿Qué la mueve á asistir en esta casa de placer?—dijo al otro.

—No más de huir del enfado de visitas y pasarse allí acompañada de su madre y criados, linda vida con la amenidad de los campos, que casi los más que cercan su casa son suyos, y cuando se ofrece haber alguna fiesta en Úbeda, Baeza ó Jaén, por estar todo tres leguas no más de distancia, se va á verla en su coche con sus criados, tal vez disfrazada en hábito de labradora y tal en el suyo.

—¿Cómo se llama la casa donde está?—dijo el segundo.

—Buenavista—dijo el primero—por la apacible vista que de sus torres se ve, y de aquí aun está más cerca que de Úbeda, pues no hay sino dos leguas cortas.

Hablando en estas y otras pláticas se durmieron los dos que eran criados del caballero que estaba en Sevilla. Viólos sosegados Trapaza, y llegándose bonitamente á ellos, les quitó el retrato y con él una cajuela de plata con que estaba antes guardado.

Alejóse de donde estaba para ver aquel trasunto, y vió la más perfecta hermosura que sus ojos habían visto; de suerte que se la puso despacio á contemplar, que perdió su libertad sin poder resistir los arpones del vendado Dios; tanta era la beldad que tenía.

Con esta nueva pena se volvió á Jaén, entrando en la ciudad algo de noche; bien se fuera á casa del mesonero donde le robaron, que era su amigo de cuando servía al médico; mas no quiso darle á entender que estaba fuera de su casa, y así se quedó por ser apacible la noche (que era cerca de San Juan) en unas gradas de un cementerio de una iglesia con intento de pasar allí la noche.

Con esto y el silencio de ella se durmió hasta que las campanas de los conventos que tocaban á maitines

quedó contento nuestro Trapaza, bien se podrá considerar; pues él, que antes se había visto pobre y necesitado, verse señor de tan linda moneda y de tan ricas joyas, es cierto que no cabría de gozo, como no miraba á los malos medios por donde las poseía.

Miró primero si en aquella soledad había quien le pudiese ver, y visto que no parecía nadie á hora tan exquisita como aquella, que era al amanecer, contó su dinero, que sería cantidad de mil escudos. Hallóse un poco embarazado en el modo de guardar aquel tesoro, é hizo sobre esto varios discursos; mas el último fué no lo apartar de sí. Acomodó el talego de manera que no fuese visto y las joyas metió en el colchado del jubón.

Con esto ejecutó el intento que tenía, que era saber la quinta donde existía la beldad de aquel retrato que había hurtado, y hallándose ciertos hombres del campo que salían á trabajar, les preguntó por la quinta, dándoles las señas de la dama y diciéndoles su nombre. Era muy conocida en aquella tierra por su riqueza, y así le dieron noticia del camino de la quinta, poniéndole en él y diciéndole que lo siguiese sin torcerlo, que él le llevaría derecho adonde deseaba.

Púsose en el camino, y en menos de hora y media descubrió la casa de la quinta, adornada de cuatro torres con lucidos chapiteles, en quien hería el sol entonces, conque hacía la casa vistosa. Miróla en torno toda por si podría acaso ver á la hermosa Serafina, y quiso su dicha que saliese á un balcón que caía al campo, con poco cuidado de su adorno, porque estaba con unas enaguas verdes de lama y flores, pretinilla de lo mismo, el cabello suelto por las espaldas, que aun no se había tocado; valona de puntas, tendida sobre las espaldas. Este descuido con que Trapaza la vió la hacía más hermosa, porque aquella era la hora en que más

puso por testigo al mesonero de su hurto. Con esto pusieron las cabalgaduras en la caballeriza y se entraron á descansar los dos recién venidos donde estaba Trapaza, el cual dió al huésped el dinero bastante para darles de comer regaladamente.

Diéronse cuenta los amigos de sus sucesos hasta aquel día; Pernia venía huyendo de Sevilla por haber herido á un corchete, y el compañero por una cuchillada que había dado á un cochero, que la tendría merecida desde que se puso á aquel oficio. Comieron alegremente y fuéronse á reposar. Con la venida de Pernia dispuso Trapaza su ficción de otro modo, alentándola con verle allí; el modo fué de esta suerte.

Él se vistió muy galán, con el vestido que hizo allí, y habiendo bien instruído á Pernia en lo que había de hacer, tomando un rocín del huésped alquilado, se partieron á la quinta de Serafina, llegando á ella ya de noche; aguardó á que fuese más tarde, y estuviéronse entreteniendo entre unos árboles, de que se encubrieron por no ser vistos de la quinta. Cuando á Trapaza le pareció hora (que sería como á las diez de la noche), salieron de aquel oculto lugar, y emparejando con la quinta, yendo él delante de los dos, le acometieron con las espadas desnudas, y sin sacar Trapaza la suya, se arrojó del rocín en que iba; lo mismo hicieron los dos, y dando sobre él, comenzó Trapaza á dar voces y á pedir socorro. Oyéronle de la quinta la madre de Serafina y ella, y poniéndose á una ventana que salía al campo, vieron con la oscura luz de las estrellas la revuelta de los dos y sintieron las quejas que Trapaza daba, diciendo:

—Viles criados, enemigos encubiertos, ¿es posible que tan mal correspondáis con el amor que me debéis, que así me traten vuestras manos?

Decía á esto Pernia:

primer sueño, por lo cual no fuisteis socorrido como yo quisiera; pero bastaron nuestras voces á estorbar que no acabaran con vuestra vida vuestros enemigos ó ladrones, con la salida de mis criados. Vos estáis donde seréis servido, no con el cuidado que vemos merece vuestra persona, mas con el que fuere posible tenerse con vos hasta veros sano de esa herida, la cual os suplico que os dejéis curar, ó por lo menos tomar la sangre de ella, que es la cura que al presente se os puede hacer por la falta de cirujano. El fingido bellacón agradeció con grandes sumisiones el favor que recibía, y dijo que Dios le diese vida para servirlas, no quitando los ojos de la hermosa Serafina, que con grande piedad ponía los ojos en el herido, al cual, en su concepto, había calificado por un gran caballero, pues las muestras que vió en él se lo aseguraban; porque su buena presencia, lucido adorno, delgada camisa y una sortija de diamantes que le brillaba en la mano izquierda (la cual de propósito se había dejado en ella Trapaza), le hacía creer lo que había presumido de él, y mostrábale aun más que piedad, que eran unos asomos de inclinación. ¡Oh amor, notables son tus secretos! ¿Quién los puede penetrar? Pues en igualdad de conocidas calidades, vemos que una mujer no suele rendirse á finezas, galanteos, regalos y otras cosas con que es servida, que pasaría esto por Serafina, de los muchos que la festejaban, y ahora, de ver á un viandante, con razonable talle, acometido de dos, herido por su capricho, y puesto en su casa, le haya trocado el corazón de modo que esté más que piadosa, que es inclinada.

Tratóse de la cura del herido, y un criado de la dama, que era muy mañoso y se había visto en semejantes cosas, le tomó la sangre y dejó vendada la cabeza y sosegado; diéronle por entonces dos pares de huevos y una conserva, conque le dejaron sosegar y se fueron

Todo esto movía á piedad, la cual se extendía á inclinación para engendrarse de uno y otro amor. Deseaba mucho que el herido estuviese en disposición para saber de él quién era, porque si hallaba ser hombre bien nacido, era sin duda que le amaría. Esto le pasó á la hermosa Serafina aquella noche, que era todo disposición para quererle.

El cuidado que doña Aldonza ponía en que su huésped fuese servido se extendió á mandar se le limpiase el vestido, que venía manchado de la sangre que le había caído de la cabeza. Esto encargó á una criada, que era la que tocaba á su hija, y á la que ella quería más que á todas. Pues como se saliese á una sala de afuera á limpiar ropilla, calzones y jubón de la sangre, después que lo hubo hecho, tuvo curiosidad por ver lo que tenía en las faltriqueras, cosa que Trapaza lo traía dispuesto así por si sucediese. Sacó de ella dos lienzos de puntas muy delgados, unas cartas y una cajuela de plata, en la cual halló el retrato de su ama que había pocos días antes hurtado Trapaza. Apenas le conoció, cuando, llamando á Serafina, le manifestó el trasunto de su hermosura, cosa que la puso en grande admiración, pensar cómo vendría á poder de aquel hombre su retrato; imaginaba si acaso era el que había dado pocos días había á los criados del caballero de Sevilla, y no se certificaba en esto, presumiendo lo que mejor la estaba, que era que no fuese él, porque no se casaba con el sevillano de buena gana, forzándole á ello más el gusto de su padre que el hacerlo de voluntad. Deseosa, pues, de salir de aquella confusión, mandó á la criada que volviese el retrato á su lugar, y quiso ver uno de los papeles, en el cual leyó estas palabras:

«Don Fadrique, mi señor y vuestro padre, ha sentido mucho vuestra determinada resolución, pues no era causa el enojo de vuestro hermano mayor para dejar

róse la anciana doña Aldonza y no pudo dar en qué sería la causa de traer consigo el retrato.

Desde aquella noche le comenzaron á regalar con grandísimo cuidado madre é hija; y viniendo el siguiente día, después de haber comido doña Aldonza y Serafina, acudieron á hacer una visita al herido, cosa que él estimó mucho con grandes encarecimientos. Estuvo allí cosa de media hora doña Aldonza, tratando de varias cosas, y de propósito dejó á su hija con Trapaza, fingiendo ir á ordenar las cosas de su casa. Viéndose, pues, Serafina á solas, con algunos hermosos colores que le salieron al rostro, dijo al herido estas razones:

—Como la piedad las más veces asiste en los pechos donde hay sangre noble, así en los de mi madre y mío se ha visto con más experiencia en vuestra desgracia, pues lo sentimos como si de cada una fuérades hermano. Y al mismo paso nos hemos holgado de la buena relación que el cirujano nos ha hecho, de que no tiene peligro la herida; y así debéis, señor mío, guardar puntualmente su orden en no hacer exceso alguno de levantaros, sino perder todo cuidado, que aquí lo tendremos de vuestra persona, olvidando penas, pues todo lo remedia el tiempo.

Atento miraba Trapaza la gracia con que esto le decía la hermosa dama, pareciéndole cada instante mayor su beldad, de quien estaba bastante enamorado, y así la dijo:

—Nunca el cielo desampara totalmente á quien da trabajos, pues tras ellos envía el consuelo con que se repara la pena. Así me ha sucedido á mí, pues cuando la infidelidad de los criados me puso en el término de perder la vida, fué en parte donde pude ser socorrido á tiempo que no perecí en sus manos; mas cuando allí muriera, llevara el consuelo de haber sido ocasión una belleza.

más cuando supieron que su padre estaría allí muy de asiento. Entre los muchos penantes que tuvo, fuí yo uno, á quien más que á todos favorecía, por haberme visto andar en la plaza alentado como venturoso con los toros. Llegó nuestra comunicación á escribirnos á menudo y á dejarse ella hablar á una reja de noche, conque nuestro amor estaba muy adelante en lo que lícitamente se puede entender. Sucedió que un hermano del padre de esta dama (cuyo nombre es Dorotea) murió en Madrid, á cuya herencia acudió luego D. Carlos, su hermano, y llevóse consigo á su hija, con cuya ausencia quedé como el día faltándole la luz del luminoso planeta. Nuestro consuelo era correspondernos hasta que mi buena dicha ofreció camino para vernos; porque habiéndose hecho llamamiento de Cortes por la majestad de Felipe, nuestro rey, salió en suerte por uno de los procuradores de ellas mi padre, conque hubo de llevar luego toda su casa á Madrid. Eran secretos para todos los amores de Dorotea y míos; é ignorándolos mi padre, cuando hubo de partirse á la Corte, hizo una plática á solas á cada uno de los hermanos, y á D. Sancho, entre otras cosas que le dijo, amonestándole no tratase de los divertimientos que usaba en Pamplona, fué una que en llegando á Madrid comenzase á servir á doña Dorotea. Habíale parecido bien á D. Sancho; mas un tahur pocas veces tiene consistencia en amar, porque sus amores sólo eran para mitigar su apetito, antes que para recreo de su alma.

Con el advertimiento de mi padre comenzó á poner por obra el galantear á Dorotea, cosa que ella y yo sentíamos mucho porque nos embarazaba nuestra comunicación. Hízose muy amigo mi hermano de don Carlos, y con esto tenía entrada muchas veces en su casa, conque yo desesperaba; llegóse el negocio á tratar entre mi padre y D. Carlos; y queriendo él dar

Diera por el retrato todo cuanto me pidieran, según me había dejado rendido la hermosura de él. Lo que hice para poseerle fué convidarles á cenar y mandar que en el vino les echasen cantidad de sal. Regalélos muy bien, que cenaron en mi mesa; los brindis se menudearon, de modo que antes de levantar los manteles ya yo los tenía como los había menester. Enviéles con mis criados á sus camas, y entonces saqué el retrato de una caja en que le traían, y aquella mañana, antes de salir la aurora, partí de allí, vine á Jaén, donde me informé de la quinta, cielo de vuestra bondad, y partíme á ella con intento de sólo ver el dueño de la copia que conmigo traía, que me había enamorado tanto.

Mis dos criados me traían armada la traición para matarme y robarme; dos cosas pensaron que habían conseguido, y salieron con la una que fué el robarme, cosa que yo doy por bien perdido cuanto me llevan, pues me han dejado con la vida, que estimo ahora en más por haber gozado el conocimiento vuestro, aunque sin él me parece que viviera en perpetua pena; tanto habéis robado mi libertad desde que vi vuestro retrato, si bien, cotejado con el original, veo cuánto agravio os hizo el pintor. Él ha sido quien ha borrado las memorias de Dorotea (1), quien consuela mis penas, quien alienta mis esperanzas, y así propongo de merecer con finezas que admitáis mis servicios: esto es lo que puedo deciros de mi patria, sangre, suceso y amor.

Calló con esto, mirando á Serafina, que estaba con la vergüenza de oirle con mayor belleza, la cual dijo al fingido don Fernando:

—Señor mío, á tener yo las partes que habéis licen-

(1) El texto dice aquí «Serafina» en vez de «Dorotea», y poco más abajo «Dorotea» en vez de «Serafina», por indudables errores, que quedan corregidos.

de toda la hacienda de su padre, que era mucha, y no osaba ella disgustarla; y así viéndola inclinada al herido, aprobóla su inclinación, conque ella comenzó á favorecer á Trapaza en lo lícito, viéndole todos los días que estuvo en la cama, dos veces, donde con la comunicación ya sólo se trataba de casamiento, y esto delante de la madre, la cual por cartas dió cuenta de esto á unos deudos que tenía en Úbeda, haciendo un propio para avisarles de este empleo.

Ya Trapaza se levantaba y andaba por la quinta, saliendo algunas tardes por alrededor de ella; en una que vino ya de noche, se encontró con su amigo Pernia, á quien dió cuenta del estado de sus amores y de cómo le iba bien en aquella vida. Mandóle venir la noche siguiente, y habiendo él antes acudido á la parte donde estaba su dinero escondido, sacó de él lo que hubo menester para sí y una joya con una cadena. Apenas había vuelto á cubrir su tesoro, cuando llegó Pernia, el cual acudía allí en figura de pobre mendigo para no dar sospecha alguna; díjole el modo que había de tener é instruyóle en todo bien, y con esto se volvió adonde estaba su Serafina aguardándole, la cual le riñó mucho el detenerse por el campo tanto. Pasaron en gustosa plática aquella noche, siempre favorecido Trapaza y muy querido de su madre, hasta ser hora de retirarse.

Serafina apretaba á su madre que abreviase con aquel casamiento, y ella le decía que hasta tener respuesta de sus deudos no se atrevía á resolverse en nada, conque la dama no lo llevaba bien, que el picarón la había enamorado bastantemente.

Estando los tres á un balcón la tarde de esotro día, vieron venir en un rocín un hombre que pasaba por debajo de donde estaban, que era el camino real de Granada; pues como llegase cerca, conociendo Trapaza ser

Con esto le dijo que le traía una cajuela que le dar, la cual venía en la maleta. Dióle una carta luego, y con esto dió lugar á que se quedasen los tres á solas, y él se fué á descansar y á comer una sazonada comida que ya le tenían prevenida.

De nuevo quedaron hablando en su casamiento doña Aldonza, Trapaza y Serafina, aguardando solamente la venida de sus deudos para con su consentimiento efectuarlo; tan embelesadas las tenía Trapaza y á Serafina enamorada de manera que ella era quien más fuego ponía en el negocio para que se concluyese.

Acabó Pernia de comer, y viéndose con él Trapaza á solas, le dió nuevas instrucciones, fingiendo haberle traído una carta de su padre con una joya y letras para Sevilla. Se lo mostró todo á las muy engañadas señoras, conque se certificaron que Trapaza les decía verdad. Dióle á Serafina la joya, que era una firmeza (1) de diamantes, muy bien labrada y de valor, cosa que ella estimó mucho por ser dádiva de quien tanto quería.

Al otro día determinó Trapaza ir á Jaén á sacar un par de vestidos, que acudiendo la noche antes al erario donde tenía su tesoro, sacó lo necesario para esto.

Llegó á Jaén, y por mano de Pernia (que él no quiso parecer por temor de ser conocido), se sacaron los vestidos, y dentro de dos días se hicieron, conque volvió á la quinta, siendo bien deseado de su Serafina, porque habían llegado de Ubeda dos tíos suyos y un primo á esto del casamiento.

Recibieron á Trapaza con mucho gusto, contentándoles la persona del novio, el cual estaba con un desenfado y una osadía como si todo lo que había dicho de sí fuera verdad.

Cenaron todos con mucho contento y retiráronse

(1) *Firmeza:* joya ó dije de figura triangular.

hasta allí había sido con pretexto de ampararle en aquella desgracia y curarle; pero pues ya estaba con salud, sería mal juzgado que hasta hacer la boda él fuese huésped, y que así, el mismo que daba este consejo, se le quería llevar á Úbeda, donde en su casa le tendría hasta tener respuesta de Madrid. Este fué para Serafina muy mal acuerdo, pues le quitaban el gozar de la presencia de su amante.

Advirtió el anciano tío que á D. Fernando no se le dijese que aquel casamiento se dilataba por hacer nueva información de su persona, porque no se disgustase, viendo que no se le había dado crédito, sino que se le diese salida á que estaban aguardando á otro tío suyo que había venido de Jerez, que en llegando se daría conclusión al negocio.

Con esto se retiraron á dormir, llevando otra advertencia de paso doña Aldonza, que era no decir nada de esto tratado á Serafina, porque ella no lo revelase á su galán, y así lo prometió. Con esto, pues, se fué cada uno á su aposento, donde les tenía regaladas camas. Quienes lo pasaron mal aquella noche fueron Trapaza y su dama: él deseando saber qué se había tratado en la junta en su favor ó contra, y Serafina, procurando saber luego de mañana lo mismo de su madre, que no veía la hora de verse esposa del mentido D. Fernando de Peralta.

nuestro embustero, sin caer en lo que se le trazaba.

Fuése con ellos á Úbeda, adonde era estimado entre toda la gente principal, porque el picarón, con su buen despejo, labia y graciosos dichos, ganaba la voluntad de todos, y más esto, cayendo en presunción de que era quien él había publicado, que todo era oro sobre azul.

Llegaron las cartas de los tíos de Serafina á Madrid, y á manos de uno de los procuradores de Cortes de Sevilla, el cual, aunque conocía no haber de Pamplona procurador de Cortes que se llamase D. Fadrique de Peralta, hizo diligencia por todo Madrid, por saber si tal caballero había, ó D. Sancho de Peralta, su hijo; mas ninguna persona hubo que le diese nuevas de él, ni menos los procuradores de Pamplona, diciéndole que, aunque en aquella ciudad había muchos caballeros de aquel apellido, de los nombres de don Fadrique, D. Sancho y D. Fernando, ninguno se hallaba en toda Navarra.

Esto escribieron luego á los tíos de Serafina, conque confirmó el estudiante ser el contenido Trapaza en su sospecha.

Consultaron el modo que tendrían para castigarle; y fué que en el mismo lugar adonde cometió el delito se le debía dar la pena, que era en la quinta de doña Aldonza.

Allá le llevaron, bien descuidado de lo que se le apercibía, diciéndole cómo el siguiente día esperaba doña Aldonza á su primo, el caballero de Jerez, con cuyo voto se efectuaría el casamiento de Serafina.

Estaba Trapaza el hombre más contento del mundo, faltándole en aquella ocasión el discurso, pues no le dilató á echar de ver que aquella ficción no se podía lograr.

Llegaron aquella tarde á la quinta, donde fueron todos recibidos con mucho gusto de doña Aldonza, y

—De esa persona—dijo Trapaza—no me p
venir á mí sino cosas de gusto, y así las espero.
—Cuanto á lo primero—replicó D. Esteban, -
porta que v. m. lea esa carta.

Tomóla Trapaza muy alborozado y leyó en el
siguientes razones:

«En cumplimiento de lo que v. m. me orden
sepa en orden á la persona de D. Fernando de Pe
caballero de Pamplona, puedo decir que tal caba
como D. Fadrique de Peralta, no es procurador de
tes por aquella ciudad, sino D. Francés de Beau
y D. Carlos de Ripalda, y he averiguado que tal c
llero no sólo no le hay en Madrid, pero ni en toda
varra. Aviso luego de esto con el mismo correo, qu
á tôda diligencia, porque no haya sucedido algo
después no se pueda remediar.»

Suspenso y mudado de color quedó Trapaza co
carta, sin hablar palabra; pero D. Esteban acudió lu
á decirle:

—Mucho me espanto, señor hidalgo, que con ta
despejo y osadía v. m. emprenda con mentirosas re
ciones de su persona engañar á estas señoras para
gar á dar la mano á quien muchos no la alcanzan,
ser despreciados de su belleza, si bien la igualan en
calidad. Estas señoras están muy sentidas de su ruin
mino, y aunque pudieran quitarle aquí la vida sin c
tarles nada, lo dejan de hacer por no ensuciar sus ma
en un vil sujeto como el suyo, que sabemos que
embustero le han desterrado de Salamanca, do
campaba con el nombre del bachiller Trapaza, de q
yo soy buen testigo, que le traté y conocí en aque
Universidad ser el autor de cualquier enredo y el i
ventor de cualquier embuste; y esto no hay nega
lo, que desde que le vi, luego le conocí por el mism
Trapaza, que no pudo sufrir aquella Universidad, pu

—Atrevido pícaro, aunque vuestros atrevimientos merecían daros la muerte, conténtome con ese castigo que os he mandado dar; vuestros vestidos son éstos, que no quiero nada de vos. No me paréis más aquí donde yo os vea, que podrá ser que os cueste la vida. Una joya que tiene Serafina, porque presumo que la habéis hurtado, haré que se dé para rescate de cautivos, que será allí más bien empleada que volvérosla, porque no engañéis á otra con ella.

Cerró con esto la ventana y dejó al pobre azotado maldiciendo la hora en que había intentado aquella empresa con tan mentirosos fundamentos.

Vistióse lo mejor que pudo á la luz de la hermana de Febo, que salió á ver su trabajo; entróse en una alameda allí cerca, donde pasó la noche muy desacomodado, por el gran dolor de las heridas que tenía en las posterioridades, de los crueles azotes que había recibido.

De esta manera pasó hasta venida el alba, que salió riendo, como dicen los poetas, y aquí debió de hacerlo, de ver al pobre Trapaza vapulado hasta más no poder, á cuya luz se fué derecho donde estaba su tesoro, y sacándole de las entrañas de la tierra, donde le tenía escondido, se lo guardó de modo que no fuese visto de nadie.

De esta suerte se puso en camino á pie, hasta que en el primer lugar halló un arriero que caminaba hasta Andújar, ciudad de la Andalucía; concertóse con él, y puesto sobre un macho, de ocho que llevaba la recua, sufrió por sus jornadas la flema de su caminar, que no es poca.

Llegaron á Andújar, y apeándose en un mesón donde era continuo huésped el arriero; de allí se mudó á otro Trapaza, porque con el capricho que llevaba de parecer más de lo que era, no le estaba bien que se

abundancia en la memoria, entremetiendo algunas sátiras que él había hecho, no vendiéndolas por suyas por no desacreditar la opinión de prudente que entre ellos había cobrado con lo entendido de sus discursos.

Una tarde que iban medio dormidos, Lorenzo Antonio (que así se llamaba el poeta) les dijo que hacía el día pesado, que no se durmiesen, que les quería leer un entremés que había hecho y pensaba dar á la mejor compañía que hubiese en Madrid.

Despertaron todos y rogáronle que se les leyese, que gustarían mucho de oirle. Primero dijo el poeta:

—Tengo de referirles á vuesas mercedes el motivo que tuve para escribirle, que fué haber salido de Ecija una moza que vendía castañas, de buena cara, para Sevilla, llevada de un mercader que se aficionó á ella y la puso en paños mayores. Habiéndola este personaje dejado, volvió á Ecija, tan dama, que no la conocíamos, donde se casó, escogiendo á uno de muchos pretendientes que tenía. Este es el asunto. Los versos del entremés son estos:

ENTREMÉS DE "LA CASTAÑERA"

FIGURAS DE ÉL

JUANA	LACAYO	ZAPATERO
LUCÍA	SASTRE	BOTICARIO
	MÚSICOS	

Salen LUCÍA *y* JUANA.

LUCÍA. Seas, Juana, á la Corte bien venida.
JUANA. Y tú, amiga Lucía, bien hallada,
que me verás de estado mejorada.
LUCÍA. Admirada me tiene en gran manera
verte ya dama, si antes castañera.

JUANA. ¿No vengo muy en ello?
LUCÍA. Y tan jarifa (1)
que el despejo á la vista satisface.
JUANA. Estos milagros el amor los hace.
Este palmo de cara, amiga mía,
dió á un mercader tal guerra y batería (2),
que, apoderado amor de sus entrañas,
pudo sacarme de vender castañas.
Díjome su pasión, su amor, creíle;
brindóme con Sevilla, y yo seguíle;
llevóme, y al pasar Sierra Morena
troqué la Juana en doña Magdalena.
Dióme vestidos, joyas y dineros,
finezas de galanes verdaderos,
que dama que se paga de parola
vivirá triste, sin dinero y sola.
Yo, que supe llevarme con mi amante,
rompí galas, campé de lo brillante,
no perdí la ocasión, logré las uñas,
que fueron de su hacienda las garduñas.
LUCÍA. Y ¿en qué paró el empleo?
JUANA. ¿En qué? Embarcóse
á las Indias, dejóme, y acabóse;
pero con gentil mosca.
LUCÍA. Eso me agrada.
JUANA. Quiso gozo, estaféle, y no fué nada.
Heme vuelto á Madrid desconocida,
de castañera en dama convertida,
que por amores no soy la primera
que de baja subió á mayor esfera;
tengo mi casa así bien alhajada,
soy bien vista, aplaudida y visitada,
y porque de casarme tengo intentos,
llueven en esta casa casamientos,
y éstos de todo género de gentes.
LUCÍA. No hay duda que te sobren pretendientes.
JUANA. Hoy estoy para cuatro apercibida,
de quien soy con cautela pretendida;
un boticario, un sastre, un zapatero
y un lacayo apetecen mi dinero;

(1) *Jarifa:* rozagante, vistosa, bien compuesta ó adornada.
(2) *Batería:* algo que produce grande impresión en el ánimo.

mas todos sus oficios me han negado
y que tienen hacienda han publicado.

LUCÍA. Gatazo quieren darte.

JUANA. No en mis días.
Hoy he de contrastar sus fullerías,
y en la proposición del casamiento
verás que, sin salirme del intento,
les declaro su estado y ejercicio,
con más los adherentes del oficio,
hasta salir con mi intención al cabo.

LUCÍA. Tu ingenio admiro; tu despejo alabo.

Sale el BOTICARIO.

BOTIC. ¿Está en casa la luz que el orbe dora,
que es, en su parangón, fea la aurora?

JUANA. Sea vuesa merced muy bien venido.

BOTIC. A mis dos ojos las albricias pido,
pues llegan á mirar tanta hermosura.
¿Vivo en vuestra memoria, por ventura?
¿Merezco ser consorte en este empleo,
dedicado á las aras de Himeneo?

JUANA. Señor Gandul, ya es tanta su frecuencia,
que ha venido á apurarme la paciencia,
y á que llegue á decirle que es mi intento
que hable en su sazón del casamiento,
que estar tratando de él tarde y mañana
á la más inclinada la desgana.
No en moler y molerme se desvele,
que parece almirez en lo que muele.

BOTIC. (¿Qué es esto de almirez? Si lo ha entendido...
Pero el símil sin duda lo ha traído.)

JUANA. Amor, señor Gandul, es como píldora.

BOTIC. (Esto es peor.)

JUANA. Que anima al desganado
á que la tome viendo lo dorado.

BOTIC. (Mucho toca en botica aquesta moza;
en balde ya mi calidad se emboza.
Mas pienso que, sin duda, se ha sentido
de que yo alguna joya no he ofrecido.)
Señora, ya he entendido lo dorado;
me pesa de no haber[me] adelantado.
Una joya os ofrezco.

JUANA. ¡Bien lo entiende!

Mil veces esta calle me pespunta,
y es porque vuesarced está con gana
de verme como en percha á la ventana;
pero yo con clausura recogida
quisiera estar en un dedal metida,
porque tengo vecinas tan parleras
que cortan más que pueden sus tijeras.
Deje este casamiento, por su vida,
ó se le hará dejar un sastricida.

SASTRE. (¡Vive Dios, que es bellaca socarrona!
Ya tiene conocida mi persona.)
Aquí no hay más que hacer. Licencia pido.

JUANA. ¿Váse?

SASTRE. Sí; porque ya me han conocido.

Vase y sale el ZAPATERO.

ZAPAT. Prospere y guarde el cielo esa belleza,
admiración de la naturaleza.

JUANA. Sea vuesa merced muy bien llegado.

ZAPAT. ¿Vuesa merced de mí no se ha acordado?
¿Háse resuelto en este casamiento?

JUANA. Diréle á vuesarced mi pensamiento.
Cualquier mujer que aspira á este contrato
anda á buscar la horma á su zapato.

ZAPAT. (¿Horma dijo y zapato? Soy perdido;
sin duda que mi oficio le ha sabido.)

JUANA. Y yo le busco, porque tengo estima,
en un novio sin serlo de obra prima,
que si veo mozuelas baladíes
que se quieren alzar en ponlevíes (1),
mejor podré emplearme en un velado,
que esté en groserías desvirado,
que la naturaleza (no se inquiete)
también desvira sin tener trinchete;
y así, señor Galván, busco marido
de solar, no solar tan conocido
como el de vuesarced, que tengo dote,
para que no ande oliéndome á cerote.

ZAPAT. (Por Dios, que me sacude y que es discreta.)

---

(1) *Ponlevíes:* tacones de madera que antiguamente llevaban las mujeres en los zapatos.

sufre de amor tal fuego, que se abrasa,
y este tormento por amante pasa,
mas fijo siempre en esta pena fiera
que en una esquina está una castañera.

JUAÑA. Lucía, amiga, aquesto va perdido.
LUCÍA. ¿Cómo?
JUANA. Que el socarrón me ha conocido.
LACAYO. (Piquéla y repiquéla.)
JUANA. (¡Oh, picarote!)
LACAYO. (Y este pique y repique traen capote.)
¿Ya vuesarced, señora, me ha entendido?
El camino difícil ¿está llano?
JUANA. Digo que eres mi esposo; esta es mi mano.
LUCÍA. Bueno lo vas parando, por mi vida.
JUANA. Pues ¿qué he de hacer, si soy ya conocida?
LACAYO. Los músicos traía prevenidos,
con tres lacayos, todos conocidos.
LUCÍA. Salgan con las vecinas y bailemos,
y estas alegres bodas celebremos.

BAILE

Una niña hermosa,
que subió el amor
de tostar castañas
á más presunción,
para casamiento
galanes juntó,
y entre cuatro amantes
escogió el peor.

Oigan, tengan, paren, escuchen y den atención,
que hoy se juntan la almohaza y el tostador.

La que con donaire
de los tres fisgó,
en el cuarto halla
tretas de fisgón.
Lacayo profeso
por marido halló,
la que para dama
hace aprobación.

Oigan, tengan, paren, escuchen y den atención,
que hoy se juntan la almohaza y el tostador.

berla tratado bien y que con esto sale realzada de versos, ajustándolos á los sujetos de cada personaje, de manera que el galán enamore fino, la dama le escuche tierna, el competidor lo oiga celoso, el padre aconseje prudente, el gracioso diga donaires y algunos cuentos donosos á propósito, sin traerlos por los cabellos como vemos que hacen algunos; que, acabada de poner en limpio, la muestro á dos amigos de quien tenga satisfacción que no me han de adular, sino decirme las verdades desnudamente, como lo deben hacer los tales, que éstos me la aprueban y dicen que la puedo dar á que se represente. Conseguido todo esto, falta ahora la mayor dificultad, que, como cortesano antiguo en Madrid, puedo saber, y esta es que la llevo á uno de los dos autores (1) que allí asisten siempre, al que me parece en su aspecto más jovial de fachada. Dígole cómo tengo escrita una comedia, que la quiero dar á que me la honre, con todas aquellas razones que para captarse la benevolencia son necesarias. Pregúntame mi nombre, dígoselo; recorre su memoria y hállame no ser de los de su catálogo; mírame con un modo de desprecio, y al cabo dice:

«Señor mío; bien creo que será la comedia como de su ingenio de v. m. (cosa que diciéndola no miente); mas hállome tan persuadido de estos señores poetas de que abunda esta Corte, que no sé cuándo tendré lugar para que v. m. lea.» Y no es poca dicha que entonces señale día á largo plazo. Señálale; acudo con mayor puntualidad que á cumplir con la parroquia. Hállole una vez ensayando; otra haciendo alguna cuenta con alguno de sus compañeros, que habiéndome visto dilata porque de cansado me vaya; otra vez, si me ha visto antes, niégase. Échole algún amigo poderoso, y á

(1) *Autores:* empresarios, directores de compañías.

mandado poner dos comedias y es forzoso por esto no la poder representar, que se holgara. Si ha conocido que la comedia merece hacerse, haciéndose muy de rogar la toma, encareciendo que sólo por el amigo que le ha rogado la oiga, lo hace. Pónese la comedia; aciertan á saberlo los poetas que se hallaron presentes, y cuando ven que no ha aprovechado su malicia á estorbar el ponerla, válense de la mosquetería, á quien tienen sobornada, y suele malograrse una comedia aunque sea la más perfecta cosa del mundo. Cuando hay desapasionados oyentes que atajan el tumulto de los mosqueteros, acábase y contínuase otros días, conque, aunque cobre fama el poeta, se le queda la dificultad para con otros autores cuando les quiere dar otras. Esta es la causa, señores, por que no me pongo á escribir comedias, como conozco que hay mucho para llegar á alcanzar que sea oído un poeta novel.

Mucho agradó á todos el discurso del poeta y la cordura con que se abstenía de no escribir comedias. Díjole Trapaza:

—Pues si v. m., con la experiencia que tiene, le parece que tiene dificultad el ser oído, ¿cómo quiere dar ese entremés á un autor de los que estuvieren en Madrid?

—Porque como cosa breve—dijo él,—es admitida, y si no le quiere representar, rómpele en su presencia, que tal vez es esto darle un bofetón cuando él conoce que es bueno; pero las más veces le admiten, aunque se queden con él y le pongan con los otros papeles, que es para no salir más á luz.

Discurrieron sobre esto los compañeros en cuán admitida estaba la comedia y cuáles eran las que se debían dejar representar dignas de alabarse; encarecieron los ingenios que ahora lucen, como son: un fénix de la poesía, Frey Lope de Vega Carpio, D. Mescua, don

de sacramentos, y por las oraciones y santos ejercicios de estos buenos, no castiga Dios á los malos. Volviendo, pues, á nuestro propósito, digo, señor D. Vasco, que hay en Madrid mucha cantidad de caballeros que, portándose lucidamente, se comunican familiares con títulos y grandes con quien andan. De estos se dividen conforme á las edades é inclinaciones: unos se inclinan á los ejercicios bélicos, y tratando de la destreza de las armas, de torear, de justar y torneos; otros, más pacíficos, tratan de oir comedias, acudir á la calle Mayor, á su cotidiano paseo, no olvidando el del Prado, galantear y servir damas; otros acuden á casas de juego, donde, siendo perpetuos tahures, no dejan alhaja que no jueguen, y hoy se ven prósperos, y mañana sin qué gastar. Bajemos el punto. Hay cierto género de gente, que llaman hijos de vecino. Estos andan tan al uso que no perdonan al estío, primavera ni invierno. Son los que primero estrenan los trajes, y con desproporción usan de ellos; los que inventaron en cimentar los mostachos con cabello de las mejillas, los que subieron las ligas á las rodillas, ajustaron las mangas, acortaron las faldillas de las ropillas. Estos, pecan los más en valientes y hablan grueso. Desdichada de la moza que se someta á su voluntad, que, á título de lindos, ayuna todo el año y viste de memoria; tendrá defensor en la persona de un hijo de vecino, mas no lo será de la escarcha del invierno, dándola que se vista; mantendrá cualquiera pendencia por ella, pero no le dará mantenimiento; lo que suelen dar á menudo son bofetadas y coces, que es moneda que corre en éstos para con ellas, porque la que tiene las armas del rey es para sus galas y para su juego, al que también son inclinados. Son los perpetuos cursantes de la comedia, no porque la penetren, sino por seguir el uso de sus mayores; y si uno de éstos es caudillo de

luego, volviéndose sobre sí, comenzó á ganarles á todos de suerte que antes que fuese media noche ya les tenía pescados más de dos mil escudos en oro, plata y joyas. Bien quisiera levantarse por consejo de Lorenzo Antonio, que le tiraba de la capa; mas como estaba de dicha no quiso perderla, y así les sustentó el juego hasta las tres de la mañana, acompañándole D. Lorenzo Antonio, y vino al cabo á ganarles más de cuatro mil escudos, los más en moneda.

Con esto se dejó el juego, retirándose Trapaza á su aposento con su compañero, á quien dió cincuenta escudos de barato, conque le dejó muy contento. Á la mañana, curado el cochero, vieron no ser la herida de consideración para que le estorbase caminar; y así, acabando con la justicia le diesen libertad, partieron de allí á Madrid, llegando á aquella insigne villa á medio día, donde acomodándose cada uno en la parte que más á propósito le pareció posar, se dividieron. Trapaza se fué con Lorenzo Antonio á la calle de Silva y tomaron una posada muy buena, si bien el de Écija por pocos días, pues no pasaron de tres los que estuvo en Madrid, partiéndose á Navarra, donde tenía un pleito. Los demás compañeros del coche también pasaban adelante, y así sólo Trapaza se vino á quedar solo en la Corte, cosa que él deseaba mucho por ejecutar el capricho que tenía pensado.

que no le faltase gente en ella, le ofreció buscarle d
criados á propósito de como los pedía; y así los tra
esotro día, con las fianzas necesarias para que Trapa
estuviese seguro de que no le faltaría nada de su h
cienda.

Fundó el hacerse portugués Trapaza en saber bi
la lengua portuguesa por haber comunicado much
con un estudiante de aquella nación en Salamanca;
así de propósito hablando castellano tenía acentos d
portugués, que parecía haber nacido en Lisboa.

Lo primero que hizo fué vestirse muy al uso de l
Corte, sin afectar como figura los trajes, sino mu
ajustado á lo de Palacio. Procuró tener un macho e
que andar, con muy buen aderezo; y con esto fué ne
cesario tener otra boca más, que fué un lacayo, par
que cuidase así del macho como de un caballo que des
pués compró para salir en él al Prado y á la calle Ma
yor, en tanto que tenía amigos que le llevasen en su
coches.

En cuanto á mostrar gravedad y tenerse en estima
no fué necesario instrucciones para ello, porque él sa-
bía bien fingir lo caballeroso, y con los ejemplares qu
tenía se habilitaba más.

Comenzó á acudir á la comedia, á las casas de jue
go, donde presto vino á tener amigos, y más ofrecien-
do dineros para jugar, cosa con que presto cegamos la
voluntades. Anduvo siempre en aviso en no acudi
adonde había caballeros portugueses; que como er
fuerza ser notado por el hábito de Cristo, quitósele d
la capa y ropilla, andando en esto muy al uso (aunqu
ya lo ha remediado su Consejo de órdenes); de est
suerte se ocultaba más de los caballeros portugueses

Un día, que fué de los célebres de Madrid, por se
de San Blas, á cuya ermita, que está fuera de sus mu
ros, acude todo lo noble y plebeyo de la Corte y es d

ni tampoco los adornos de las galas, porque ya que no los llevase en el vestido, que era de una sedilla lustrosa, las muchas sortijas de las manos y lo oculto era para competir con la más bizarra, porque en enaguas y manteo llevaba más gala que la más compuesta dama de la Corte.

Dieron, pues, lugar á conversación. D. Álvaro, que así se llamaba el del hábito de Santiago, quiso la plática singular, por estar aficionado á aquella dama; Trapaza la hubo de tener general con todas, no dejando menos admirada á la viuda, que dudaba si era Hernando Trapaza, su primer amor, porque le veía tan bizarro, con un hábito de Cristo en una venera de diamantes, ir acompañando á otro caballero con otro hábito. La habla le aseguraba ser Trapaza, y la insignia y traer anteojos le desvanecía la presunción de tenerle por él. Esto mismo pasaba por el fingido D. Vasco de Mascareñas, el cual, por si era Estefanía la que pensaba, procuró hablar, como que era descuido, algo portugués en los agudos dichos que decía, conque le cayó á una de aquellas damas en gracia, de modo que se le inclinó, y de esto dió demostraciones de querer hablar á solas con él.

Siempre quiso bien Estefanía á Trapaza, y si se vino de su compañía fué por ver que la desestimó en poner las manos en ella en presencia de otros, y aquel enojo le obligó á ejecutar lo que después sintió haber hecho. No sentía menos ahora que aquella dama manifestase en sus acciones parecerle bien aquel fingido caballero, que á ella la enamoraba, por parecerse á quien tanto había querido, y también de su parte procuraba meterse en toda la plática, sin dejar hacer baza á la aficionada dama, la cual era doncella é hija de un hidalgo honrado de la Montaña, que poco había saliera con un gran pleito en Madrid, y tenía para su hija más

veinte y cuatro almohadas de terciopelo negro, que estaban sobre una alfombra de buen tamaño, blanca, parda y negra; á los lados dos bufetillos de ébano y marfil, muy curiosos, y en el que la viuda tenía á su lado estaba un pequeño contador de las mismas maderas. A un lado estaba una criada con medias tocas de viuda, de buena persona.

Recibió la viuda al esperado galán con muestras de mucho gusto; preguntáronse por sus saludes, y después fueron entablando su conversación con tratar de la fiesta pasada. Quiso la viuda saber el pecho del galán, y así le dijo:

—Señor don Vasco, que no entendimos tener tan buena tarde ayer, y que el remate de ella fué quien nos dejó muy deseosas de ocupar otras así, si lo permitiese la soledad; pero en Madrid es dificultoso. Y esto os dijera mejor una dama de las que venían conmigo, que después que os ausentasteis, todo fué exagerar en *vos* vuestra cortesía, vuestro talle, vuestra agudeza de entendimiento, partes porque debéis dar muchas *gracias* á Dios, que os adornó de ellas para enamorar á las damas, como lo quedó aquélla, según colegimos de la pasión con que os alabó, aunque confieso que quedó corta para lo mucho que se debe decir.

—No sé con qué palabras —dijo Trapaza— estime y agradezca tan colmados favores, viniendo sobrados á mis merecimientos; pero sé os decir que si me conociese el pensamiento, no ponderara de mí lo que oisteis á esa dama, por deberme menos inclinaciones de cuantas iban en el coche.

—Eso es pagar con ingratitud —dijo la viuda,— pues sus conocidos afectos, aun á uno de muy corta vista, pudieran ser intérpretes de su afición.

—Yo advertí poco en ellos —dijo Trapaza.

—Pues ¿qué fué la causa? —replicó ella.

— El tener más atención á otra que á esa dama, en quien me holgara hallar ese agasajo que significáis de esa señora — dijo él.

— Y ¿no podré saber quién es? — dijo ella.

Reparó en la presencia de la criada Trapaza, y la viuda, conociéndolo, la mandó que los dejase á solas. Hízolo con una grande reverencia, y viendo la ocasión Trapaza, prosiguió diciendo á la dama:

—Quien mis ojos dirigieron la inclinación sois vos, así por la parte de hermosura y entendimiento que en vos descubrí, como por pareceros á una dama á quien yo quise mucho.

Esto deseaba saber la viuda, y así le dijo:

—De manera, señor mío, que si algún favor me habéis hecho ha sido en conmemoración de la que estimasteis, por la similitud. Pues no me habéis obligado en nada, que con ese recuerdo diérades más estimación á esa inclinación; y así fuera bueno haberlo callado, conque me obligárades más. Con todo, os agradezco el favor; pero no tenéis buen gusto en dejar lo más por lo menos, aunque muchas elecciones de amor no se fundan en razón.

—Aquí no milita esa regla—dijo Trapaza,—y así yo la he hecho de lo que pedía mi gusto, conociendo cuán bien le empleo, pues hallo que no le aventaja al objeto de mi afición otro alguno.

—Bésoos las manos por eso—dijo ella;—pero porque quedemos iguales, os quiero decir que también me habéis consolado con vuestra presencia, porque os parecéis notablemente á un caballero á quien yo quise mucho; y así, os quiero preguntar si habéis tenido algún hermano de vuestra tierra en Salamanca.

Quiso declararse tanto Estefanía para dar pie á Trapaza que si era él se declarase; y así la dijo:

—Un hermano mío fué allí á estudiar, que se llama-

ba D. Fernando, y cuando le llevé á aquella insigne Universidad fué allí donde conocí esta dama á quien vos os parecéis tanto.

—Declarémonos más — dijo ella, — señor D. Fernando.

—Sea en buena hora, señora doña Estefanía—replicó Trapaza;—que tanto me admiro de veros cuanto vos lo estaréis de mí en el estado en que me veis.

Levantóse Estefanía del estrado y él de la silla, y con dos abrazos muy apretados que se dieron confirmaron haberse conocido. Con esto, pues, se tornaron á sentar, y muy despacio se dió cuenta el uno al otro de sus vidas.

Estefanía comenzó primero la suya, siendo su principio la acción de haberle dejado por el mal tratamiento que la hizo, cosa que ella refirió con vergüenza por estar á los ojos de quien vió aquella ingratitud. En efecto, ella dijo que fué persuadida de Varguillas para hacer aquella fuga. Claro estaba; alguna disculpa había de dar, y más estando Varguillas ausente, á quien hizo cargo de su huída. Dijo, pues, que en su compañía había llegado á Madrid, donde la primera casa en que quiso entrar á servir fué en la de un cajero de un rico genovés, adonde procuró dar gusto á sus señores, de modo que, por hacerle lisonja el cajero á su dueño, viéndole falto de una criada para el gobierno de su casa, le dió á Estefanía. Allí mejoró de dicha, porque todos la querían y estimaban.

Murió la mujer del genovés, por lo cual le fué forzoso á él, de allí á dos meses, ir á Génova á hacer ciertas comparticiones con un paisano que había quebrado su crédito y le quedaban debiendo algunas personas cantidad de ducados. Llevóse á Varguillas á Génova á intercesión de Estefanía, que, por hacerle bien, había dicho ser su hermano. Allá estuvo medio año, en el

el juzgarlo; lo que resultó fué que las cuentas se acabaron, y, pagado el alcance de lo que le tocaba al difunto por su parte, quedó Estefanía señora de más de quince mil ducados en muy lindos juros, joyas y menaje de casa; menos mal, pues esta hacienda la ayudaron á enjugar las lágrimas de la pérdida del viejo, con esperanza de hallar otro, y así, pasado el año de la viudez, se ostentó con aligerado luto, á fuer de las medio viudas del siglo, y campaba con esto por la Corte, no perdiendo comedia, calle Mayor, Prado y cualquiera pública fiesta que se hiciese.

Esta relación le hizo á nuestro Trapaza Estefanía, dejándole no poco gustoso de verla tan de buena dicha. Quiso darle cuenta de la suya, y, como era tan pronto en mentir, la dijo que luego que se ausentó de él, se había partido despechado á Sevilla buscándola, y que como no la hallase en aquella gran ciudad, se determinó irse á Lisboa, adonde le fué la suerte tan favorable que, habiendo librado á un caballero de aquella ciudad, de lo más noble de ella, de que no le matasen sus enemigos, agradecido de esto, le tuvo en su casa por camarada suyo, y de allí se le llevó á Tánger, donde en aquel presidio aprobó también, en las ocasiones que se ofrecieron con los moros de Africa, que ganó mucha opinión, y por consejo de este caballero (que se llamaba D. Jorge Mascareñas) mudó el nombre de Hernando en D. Vasco Mascareñas, gustando el caballero que se honrase con su apellido, y que éste había dado tanto en favorecerle, que, por sus servicios, le pidió un hábito en Consejo de Portugal, el cual traía en el pecho.

Díjola cómo D. Jorge había muerto en Africa y le había dejado tres mil ducados y heredero de sus servicios, con lo cual se había venido á la Corte á pretender un oficio para la India de Portugal.

Aunque Estefanía tenía buen entendimiento y cono-

la conquista de aquella dama; conformáronse en venir juntos á visitarlas, y con esto cada uno se dividió, yéndose á su posada.

Estefanía y su vecina se vieron aquella noche, y también trataron de sus galanes, huyendo Estefanía de darle cuenta de su antiguo empleo, como lo hizo Trapaza con D. Alvaro; concertaron de sus sálidas á solas para verse con ellos y de sus venidas á su casa á las horas que menos nota diesen.

Finalmente, estos dos empleos se hicieron habiendo precedido muchas finezas de ambos galanes, que por desmentir el antiguo conocimiento, quiso Estefanía que se hiciese con ella lo que D. Alvaro con su amiga, por lo cual pasó Trapaza con mucho gusto, teniendo dispuesto entre él y su viuda de casarse para adelante, porque en dos meses que duraba la frecuencia de verse, ese tiempo se hallaba Estefanía con sospechas de preñada, por lo cual le instaba cada día que se hiciese el consorcio.

Una de las cosas que se lo estorbaban á Trapaza era haberse puesto en astillero de tan gran caballero en Madrid, huyendo no poco de verse donde estuvieren portugueses; porque como la Corte es grande, érale fácil excusar las ocasiones de encontrarlos, por obviar el que se quisiesen informar de su persona, de quien había de dar mala relación si le preguntaban cosas de Africa.

En este tiempo que Trapaza era absoluto dueño de su Estefanía, y ella estaba muy contenta con su empleo, sucedió que aquella dama que hallaron en el coche, cuando las encontraron el día de San Blas, y se apasionó por Trapaza, habiendo estado ausente, volvió á la Corte. Pues como comunicase á sus amigas, en dos ocasiones de fiesta que tuvieron en sus casas, sucedió hallarse en ellas Trapaza y D. Alvaro, no porque presu-

Muy descuidado Trapaza de que fuese doña María la que le escribió, se puso en el coche, pensando en el camino quién podría ser la dama del papel, y en cuantos discursos hacía no daba en lo cierto. Pasaron calles, y de unas en otras vinieron á dar en la del León, donde en una casa, á la malicia hecha (1), paró el coche: apeáronse de él Trapaza y el escudero, y entrando en la primera sala hallaron en ella una mujer anciana sentada en un estrado negro, por quien mostraba tener el estado de viuda. Levantóse para recibir á Trapaza, y él la saludó cortésmente, tomó asiento, y, habiéndose preguntado por sus saludes, dijo la anciana de esta suerte:

—Yo he sido, señor D. Vasco, quien os ha escrito el papel que poco há habéis recibido, consiguiendo con vuestra venida el intento de haber venido aquí; gracias que doy á vuestra cortesía, pues en esto habéis andado tan puntual, cosa que me da premisas lo seréis más en lo que os tengo de proponer. Una dama, amiga y señora mía, me mandó os diese este aviso; quiere que yo sepa en su nombre quién sois, vuestra patria y á qué asistís en esta Corte, reservando otra que os tengo de hacer para cuando esté satisfecha de esto.

Admiróse Trapaza del modo con que vino allí para saber su origen, y aunque pudo temer por lo pasado no se le hiciese algún pesar, en esta ocasión se animó á responder en orden á la quimera que había fabricado de su calidad. Y así la dijo de esta suerte:

—Digo, señora mía, que satisfagáis á esa dama con decirla que yo me llamo D. Vasco Mascareñas, apellido bien conocido en Portugal por noble; mi patria es Lisboa, mi profesión ser soldado; y así por mis servi-

(1) *Casa á la malicia:* en la Corte la casa que no tiene piso principal, reduciéndose su vivienda sólo al primer piso.

hora de volverse doña María á su casa, cor
sentimiento suyo, porque le quería bien; y
quedó tan obligado á la fineza suya, que des
día comenzó á olvidar á Estefanía en cuanto á
bien; mas en cuanto á comunicar con ella, por
Estado, lo conservó hasta que se descubrió este
como adelante se dirá. Con saber Trapaza que
era amiga de aquella señora anciana, no había
no la viese.

Acudían á su casa otros caballeros mozos, y
sa era que esta señora era algebrista de volun
zurcidora de amores, cosa que corre en los gran
gares como la Corte y de que deben andar adve
los casados, pues de un enemigo encubierto con n
ra de amistad es de quien se debe más guard
honor.

Con este trato que usaba esta anciana señora
regalada, servida y festejada de todos sus parroq
nos. Pues como un día acudiesen Trapaza, su a
D. Alvaro y otros cuatro caballeros á visitar la an
na, ella les dijo:

—Señores míos, una hermana mía, monja de Pi
me ha enviado unos curiosos lienzos, que le haga ri
tres docenas son y cosa necesaria para caballeros m
zos, que carecen de quien les haga ropa blanca. A
los tengo; vuestras mercedes me los han de rifar
como quisieren, porque mi hermana despache esta ro
blanca.

Todos dijeron que eran contentos de rifar l
lienzos.

Trujeron naipes y ganó la rifa D. Alvaro; picóse u
caballero andaluz de haberla él sólo pagado, y quedán
dose con los naipes en las manos sacó un bolsillo co
más de doscientos doblones que derramó en la mesa,
conque convidó á jugar unas pintas á los otros. Eran

Yepes, fué fuerza pasar con unos pobres alimentos q
me daba mi hermano mayor, tan cortos que no pu
estudiar con ellos más de tres años en Salamanca. V
to esto, determinéme venir á esta Corte con ánimo
procurar entrar en servicio del primero obispo que
liese electo para Indias. Con este presupuesto lleg
aquí, donde paso bien pobremente, que si no fuese p
algunos caritativos caballeros que me conocen y
dan su mesa, no sé qué fuera de mí. En este tiem
me he valido de mi ingenio, porque soy inclinado á
poesía; he escrito muchas comedias, que se me han
presentado con aplauso de los oyentes, que no es po
cuando el poder de los mayores ingenios que lucen
esta Corte tratan de que no haya más número de po
tas cómicos porque estimen sus obras, y así se valen
la crueldad de la plebe; pues no está en más que su v
luntad parecer bien las cosas del tablado ó que la de
tierren á silbos de él. Yo, habiendo pasado por algun
lances de estos, ha mudado rumbo mi ingenio, y a
me doy á escribir libros; he impreso algunos en pros
y otros en verso, y ahora, habiendo acabado uno qu
intitulo *Los mal intencionados de estos tiempos,* ju
guete cortesano y obra de divertimiento, me ha pare
cido ofrecerle á vuesa merced para que me lo patro
cine. Dígnese v. m. de aceptar su dirección, premian
do esta voluntad de hacerle este servicio, para que m
buena elección tenga en esto el premio que se esper

Con esto sacó el libro, que si bien estaba manuscr
to, la encuadernación era curiosa.

No se había visto nuestro Trapaza en tales honra
y así con esto echó de ver las obligaciones en que s
ponían los caballeros, pues por serlo les ofrecían esto
trabajos.

Estimó Trapaza el que se hubiese acordado de é
antes que de otro, y así le remitió la respuesta de la

de las insignes de España, y cuando pensó qu
bajo tendría estimaciones y agradecimiento, l
mitido; mas lo que resultó fué poco conocimie
obra y menos logro de su estudio, dictamen que
aquellos á quienes tocaba el conservar la auto
su república, por parecerle que el ahorrar aque
tivo era el total desempeño suyo; conque rec
autor su libro, proponiendo hacer empleo de él e

Continuó Trapaza la correspondencia con do
ría, y con las nuevas que de su liberalidad le d
tercera de estos amores, le mostró querer con
Sintió Estefanía esto y verle tan frío en su amo
dilataba el casarse con ella, y así quiso saber de r
qué procedía esto, andando de allí adelante con u
de cuidado por saber adónde acudía.

En este tiempo se ofreció que el padre de doña M
se la llevó á Alcalá de Henares para que allí la c
ciesen sus deudos y se holgase con ellos. Viéronse
tes de la partida los dos amantes; hubo lágrimas e
dama, suspiros en el galán; había de ser la ause
por tiempo de quince días, que exageró Trapaza qu
le había de hacer quince años; partió la dama,
quedó sintiendo su partida tiernísimamente.

Acudió en el tiempo que duró esta ausencia á c
de Estefanía, mas tan melancólico, que ella extraña
esta mudanza; algunas veces le preguntaba qué era
que tenía, hallando en él esta novedad; mas Trapa
suspirando, no sabía responderla, sino sólo decirla q
padecía una grande aflicción que le causaba aque
tristeza. No era Estefanía tan lerda que no sospecha
ser la causa algún nuevo accidente de afición que d
pocos días á aquella parte tenía: disimuló con él, pro
curando con su conversación divertirle, y con sus do-
naires alegrarle, no obstante que la basca de los celos
ya comenzaba á alborotarla el pecho.

faroles que al sol deslumbran;
si miras en tus mejillas
que para rendir se aunan
roja púrpura nevada
y blanca nieve purpúrea;
si atiendes en un clavel
(que es de perfecciones suma)
primor que hechiza elocuente,
beldad que aficiona muda;
con más cierta confianza,
con fe más firme y segura
puedes perder en la ausencia
temores que te disgustan.
Considera que á mi amor
fuertes lazos le vinculan
por elección que fué mía
más que por violencia tuya.
Pecho que de veras ama
no le inquietan hermosuras,
que es su libertad muy poca
cuando la afición es mucha.
¿Cómo ofender á quien sabe
que la opinión más augusta
la facilidad la postra
y la fineza la encumbra?
Firme en amar persevero,
no tus temores presuman
que solicito tu agrado
cuando te forjo la injuria.
Si ausencia, crisol de amantes,
su misma opinión perturba,
aquel que lo cierto pierde
por lo dudoso, ¿qué busca?
Ley de mi amor es amarte;
si la observo en mi Instituta,
¿cómo romperá esta ley
el mismo que la promulga?
Cesen tus temores vanos,
huyan de tu pecho, huyan;
no legítima afición
la intentes hacer espúrea,
cuando el veloz pensamiento
continuamente se ocupa

me imitarás en esto, porque los hombres tienen los corazones muy anchos, y así temo que en esta ausencia te consueles con otra hermosura; mas aunque en ella me exceda, no lo hará en amor. De hoy jueves en ocho días estaré en esa Corte; el viernes acudirás á casa de doña Eufrasia, donde nos veremos, que hasta entonces viviré tan recelosa como soy amante. El cielo te me guarde para mi esposo. De Alcalá, hoy jueves. Tuya siempre.»

Con esta carta acabó de confirmar Estefanía ser doña María la dama que amaba Trapaza, admirándose mucho de ver cuán adelante estaban estos amores, porque conocía bien á la doña Eufrasia, cuya casa era receptáculo de aficiones, y en ella se había visto más de dos veces. Sintió mucho que doña María le hubiese salteado el galán, y desde entonces toda cuanta afición le tenía se le convirtió en odio, aborreciéndole, que ya se le hacía cada instante siglos de años por volver á su casa.

Procuró Trapaza concluir con D. Alvaro para que se fuese de allí, y así le dijo que le aguardase en una casa de juego, que luego acudía á ella, porque por entonces tenía cierta ocupación; hízolo D. Alvaro y despejó la sala, dando lugar á que Trapaza se volviese á ver con Estefanía, la cual, por entonces, quiso disimular su enojo y hacer otra prueba del galán, que fué decir:

—Fernando mío, ¿cuándo este amor ha de tener el último vínculo de su seguridad con el santo himeneo? No estorban tus pretensiones el que nos casemos, pues lo que tú pretendes, que es oficio de asiento, no le negarán porque te cases; aun si volvieras á Africa á verte con los moros, creyera que dudaran darte cargo en la guerra, dejando en España mujer moza. Acaba ya con estas largas y vea yo cumplidos mis deseos.

cesen vuestras melancolías; yo llevo de ella el desengaño bastante para conocer la falsedad de los hombres y el doblez de las amigas.

Con esto les volvió las espaldas, dejándoles no poco disgustados con lo que hizo, y á Trapaza con mucho cuidado de que su enojo no descubriese quién era y se diese con toda la pretensión y martelo en el suelo.

Aseguróle doña Eufrasia que ella apaciguaría la cólera á doña Andrea, que esto era para con ellas, aunque la acción declaró que Trapaza era cosa suya. Lo que confesó fué que antes de conocer á doña María, la servía, pero que no había habido cosa entre los dos para estar con raíces de este amor.

Estuviéronse allí hasta la tarde comiendo Trapaza con ellas, y más valiera que no; porque Estefanía, con la cólera de celosa y con la envidia que de doña María tuvo de que la sirviese su galán, se fué á verse con los Consejeros del Real Consejo de Portugal y les dijo cómo un embustero engañador, con fingirse caballero, se había atrevido á hurtar el apellido de los Mascareñas de Portugal y á ponerse un hábito de Cristo; dijo dónde estaba y también su posada. Enviaron allá un alguacil, el cual le halló en la misma visita y le prendió, diciéndole la causa por que le prendía, conque le vieron mudado de semblante, indicio de su culpa.

Pareció luego ante el presidente de aquel Real Consejo, y por las preguntas que le hizo vió ni ser caballero ni traer legítimamente como tal aquel hábito. Amenazóle con tormento si no contestaba lo que le preguntaba, y él, temiendo ser jinete de un potro nunca domado, dijo todo su embuste y ficción. Lleváronle á la cárcel, embargáronle cuanto tenía, y substanciado el proceso dentro de quince días, fué condenado á doscientos azotes y seis años de galeras.

Hubo algunos intercesores para que los azotes no se